

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA
CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

**NIVELES: ESPACIO, FRAGMENTOS, IDENTIDAD.
CARTOGRAFÍA DE LA CALLE.**

TESINA QUE PRESENTA:

IVONNE VILLALPANDO LUNA

PARA OBTENER EL TÍTULO EN PSICOLOGÍA SOCIAL.

ASESOR



CÉSAR CISNEROS PUEBLA.

LECTOR

PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB

LECTOR



MIGUEL ÁNGEL AGUILAR DÍAZ

MÉXICO, DF.
OCTUBRE, 1996.

Sabiéndome espacio y por tanto fragmentada, celebrando la alteridad:

A mi madre, origen y presencia constante e infinita de mi espacio.

A mi padre, que motivó y, en el recuerdo, es motivo de mi viaje.

A mis hermanas, lugares permanentes y ciertos de mi estar.

A lo que amo y deseo, que permite me mueva por sueños, afectos
y racionalidad hasta llegar al descubrimiento.

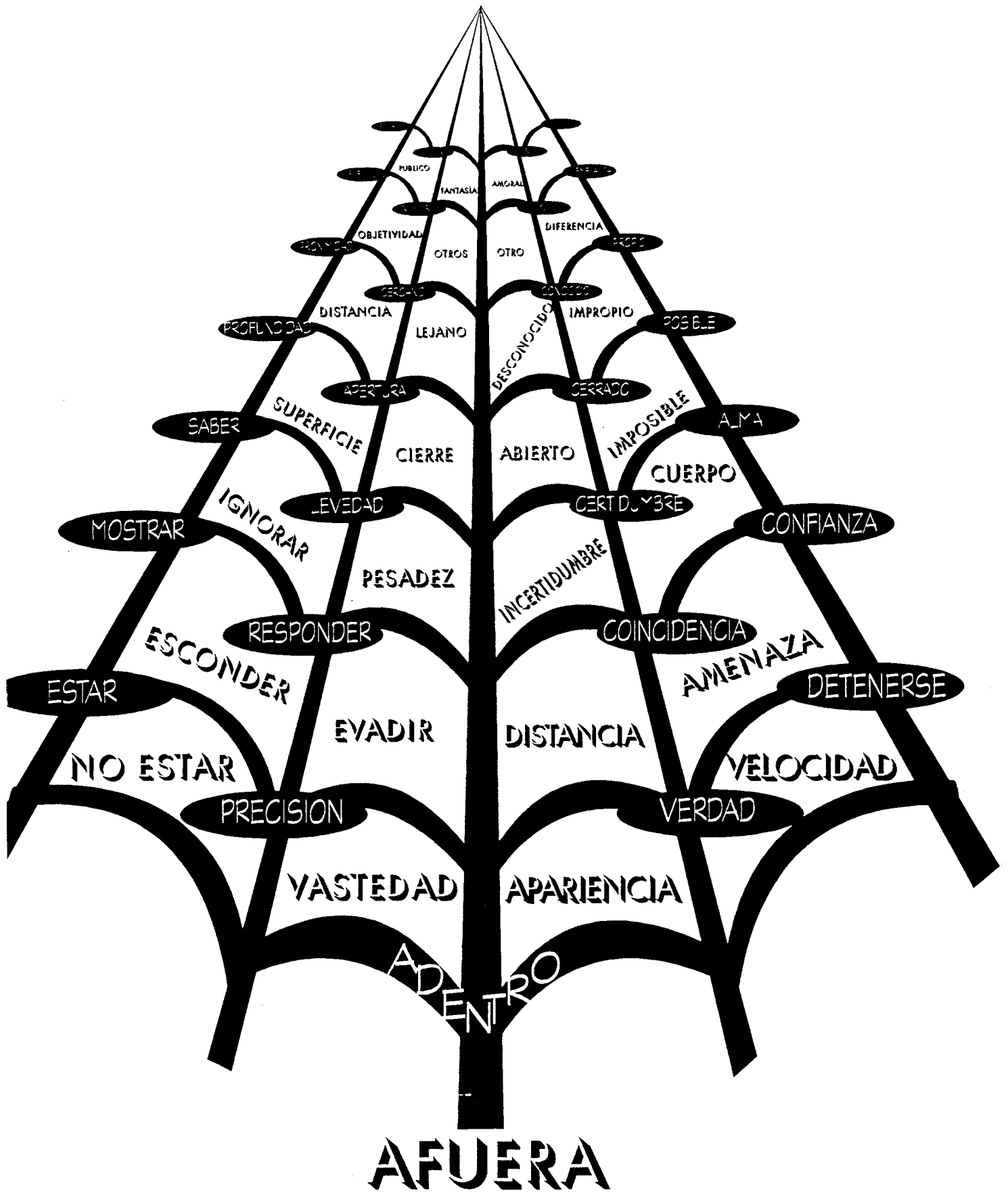
A las encrucijadas que me llevan a la calle y a los que la habitan, a ellos.

A quienes compartieron conmigo esas encrucijadas.

A la posibilidad de explorar y construir caminos.

A todos como lugares desde y por los que me constituyo.

Los argumentos de esta investigación bien pueden ser imágenes. El espacio es imagen, una red que define y se construye de puntos, filamentos, vacíos, límites; derivando en un movimiento constante entre lo de adentro y lo de afuera a partir de nuestro estar ahí.



ÍNDICE.

Origen. A manera de presentación.	VII
Introducción	i
I. Espacio y fragmentos	1
1. Espacio	1
1.1 Tiempo-espacio	1
1.2 Todo es el espacio el espacio es todo.		
Niveles de la totalidad.	4
1.3 Formas de abstracción.	7
2. Fragmentos	12
2.1 Espacio-lugar	13
2.2 Límites y accesos	14
2.3 La identidad: lugares del espacio colectivo.....		20
II. El adentro-afuera. Primer nivel.	29
III. La ciudad. Segundo nivel.	44
1. La ciudad toda como adentro	45
2. Adentro de la ciudad: sus fragmentos interiores.	50

2.1 Público y privado	55
3. Adentro-afuera en el espacio urbano.	64
IV. El afuera de la ciudad dentro. Tercer nivel.	67
1. Calle=afuera, sus adentros o calle=dentro, sus afueras.....		69
2. Niveles del afuera de la ciudad. Fragmentos.	77
V. Formas de habitar la calle. Fragmentación del tercer nivel.....		79
1. Lugar del movimiento de salida.	81
2. Niveles de otredad, de exceso y posibilidad.	84
2.1 Por la calle	85
2.2 En la calle	90
2.2.1 La espera	91
2.2.2 Plazas y parques	91
2.2.3 Marchas y plantones	92
2.2.4 Comercio semifijo	94
2.2.5 Vendedores de Crucero	100
2.2.6 Limpiaparabrisas	102
2.2.7 Chavos de esquina	106
2.3 De la calle.	107
2.3.1 Niños de la calle	117
2.3.2 Indigencia	125

Conclusión. 135

Bibliografía 138

ORIGEN.

A MANERA DE PRESENTACIÓN.

Lo que continua lo realice y lo presento como el trabajo con el cual concluyo la Licenciatura en Psicología Social, sabiendo que la formación como tal no concluye y que representa un momento.

Hay situaciones, encuentros, desencuentros, que permiten antes de comenzarlos planear el cómo hacerlo, definir de antemano los objetivos, la manera de cumplirlos y lo que se va a lograr con ello. Lo hacemos a pesar de saber que además de nosotros mismos y nuestros planes están o estarán otros con sus experiencias, formas y planes propios; a pesar de saber que para cada cosa que conocemos con certeza a cerca de nosotros mismos y de los demás hay efectos que dudan, contradicen, sorprenden.

La investigación es una situación de éstas, planeamos, estructuramos, definimos; afortunadamente permite mantenerse abiertos y reconocer a los otros, observar el movimiento, mover los límites propios, cuestionarnos las certezas propias, sobre todo cuando con quienes trabajamos son personas con experiencias y formas de interpretación propias. Es por ello que al comenzar este trabajo tenía claro que sobre lo que quería hablar era del espacio y la identidad (porque durante mi formación han sido los temas que me han interesado), tenía claro también que mi pretexto, es decir lo que motiva a hacerlo, era mi experiencia de trabajo en la calle y con los de la calle; sabía también que no quería, de hecho no podía pues tenía ya trabajo de campo, construir un marco teórico, luego un instrumento que aplicaría a una población ejemplificando una pequeña parte del marco teórico. Mi experiencia en calle me había mostrado la forma común de acercarse y trabajar con los de la calle, lo que siempre se dice y la forma de siempre hacerlo, no me interesaba repetirlo. Es así que me aparece esta forma: que el trabajo mismo fuera una metáfora de lo que plantea. Me planteaba un trabajo que fluyera

teniendo movimiento continuo sin necesidad de limitarlo con formas ya conocidas por mi, esta me aparece nueva y la voy construyendo, que me permitiera hacer y deshacer, avanzar y retroceder, poner al final lo que sucedió al inicio sin necesidad de que una parte sea más importante que otra.

Lo hago celebrando y convencida de lo siguiente:

La elección de un método particular para estudiar tal o cual objeto sociológico no tiene nada de anodino. Compromete a la persona que hará la investigación a una determinada relación de campo, a ciertas prácticas existenciales, contiene en filigrana ciertas formas de pensamiento y excluye otras. En resumen, lo que está en juego en realidad son algunos años de la vida de un(a) sociólogo(a). En la medida en que él/ella controle la elección de su método, la decisión será tomada mucho más en función de inclinaciones profundas que de consideraciones racionales. Y está bien que sea así, porque para hacer un buen trabajo de investigación es necesario en principio desear hacerlo. La pasión es el motor del descubrimiento. (Bertaux en Aceves:1993:136).

Así es que cuando uno escribe se descubre ante sus lectores, pues sea explícita o implícitamente está su método (prefiero dejarlo implícito) y con el sus inclinaciones profundas. Así me descubro, sabía que esto pasa por eso intente cuidar el modo de presentarlo, no afirmo que mi trabajo sea bueno por ello, como afirma la cita, me importaba hacerlo así, tengo mi propia opinión, ahora lo dejo a su lectura.

La calle es en gran parte lo que me da la pasión para realizarlo, sus formas, sus habitantes, mi encuentro con ellos; mis inquietudes teóricas y académicas lo son también, por ello gran parte del trabajo es una reflexión teórica; y por supuesto mis inquietudes personales (pensamientos, sentimientos, creencias, valores, encuentros) me permiten hacerlo. Estos son mis motivos, ninguno más importante que otro, en relación me permitieron realizar el trabajo.

INTRODUCCIÓN.

Vivimos en y frente al fluir de múltiples torrentes que se mueven en distintas lógicas de ritmos, inicios, resonancias y concreciones. En el torrente propio buscamos que el 'desorden' quede fuera, si entra vuelve incierto nuestro estar. La búsqueda encuentra su objetivo limitando el movimiento propio. Sin embargo nada sucede como unidades continuas hacia dentro, el estar del hombre en el mundo tiene al desorden como entidad creadora; no es el desorden que vuelve todo imposible, sino que, por el contrario, permite el fluir de nuestra acción.

Fluir no significa continuidades con un orden oculto o manifiesto, se trata de un ir y venir, por momentos de una forma conocida y por tanto continua y en otros resultado de cortes, de discontinuidades. En medio de ese fluir está cada una de las regiones que forman las maneras de habitar el mundo. Así es que existe la realidad, lo hace al modo de geografías, de límites, de barreras, de accesos y relaciones.

Es posible observar ese fluir atendiendo a las geografías y barreras constituidas por la cultura, la moral, la comunicación, la normatividad, el momento. Atender, entonces, a la separación y la proximidad, al adentro y al afuera que construyen geografías. La humanidad se ha querido explicar a sí misma a través de dualidades: racionalidad-subjetividad, consciente-inconsciente, objetivo-subjetivo, individual-social, privado-público; es posible hacerlo pues existen geografías de los límites humanos definidas espacialmente, física y simbólicamente, llamadas adentro-afuera, interior-exterior, público-privado. Para habitarlas o para analizarlas o interpretarlas tienen el mejor método en la cartografía, es decir la ubicación e inscripción de las formas sociales en regiones limitadas de modos diversos según la dimensiones por las que se constituyan. Todo lo que pensamos, sentimos, compartimos, ignoramos, comprendemos, deseamos, todo lo que hace

nuestra identidad, sucede negociando estos espacios, negociación que permite el intercambio y el camuflaje, la apropiación y el paso. Aquellas dualidades es posible pensarlas en estos términos, con distintos sentidos: lo racional es público, participa del afuera, y lo subjetivo, está dentro; lo consciente es lo que funciona afuera y lo inconsciente, dentro; lo social es diverso, está afuera, es público, lo individual es concreto, está dentro, es privado. Afuera y adentro en distintos niveles que tienen que ver con la construcción, percepción, experiencias, apropiación y uso del espacio físico y con la construcción, percepción, experiencias, sentimientos, intenciones, atribuciones del espacio simbólico, sabiendo cada uno que no existe sin el otro.

Si hablo de geografías, de límites, de dualidades, de dimensiones; se trata de atender a las diferencias, a la formación de partes, de relaciones. Es atender a la espacialidad de la acción. Las dimensiones por las que se diferencian las partes y lo que forman en relación se distinguen por niveles; el movimiento es en este sentido: el todo, dimensiones, diferencias, similitudes, partes. Aquí las dos formas que tiene el espacio de existir: constituido como un todo hacia dentro y hacia fuera, y fragmentado al interior, teniendo adentros y afueras dentro de sí mismo.

Cualquier cosa, situación, evento, relación que podamos pensar o vivir es un espacio: suceden como un todo en el cruce de diversas dimensiones, se fragmentan en una relación de resonancias entre el adentro más profundo y el afuera más superficial, pasando por múltiples espacios intermedios; estas resonancias no logran, no es su forma, hacer a un extremo dominante y a otro subordinado, lo que hacen es constituir niveles que van de lo general a lo específico, de lo abstracto a lo concreto, de la vastedad a la precisión, definiendo extremos e intermedios que a su vez se constituyen y se afirman como espacios con características propias, o sea, con un modo propio y particular de vivir las características del todo y de las partes: lo general tiene su modo de especificarse y en esas especificaciones se reproduce; lo concreto tiene un modo de ser

générico para sus partes; las distancias, los ritmos, las semejanzas, el caos, el orden, los valores, las normas, los usos están en cualquiera de los niveles, se distinguen uno de otro por el modo propio de significarlos y practicarlos.

Son estos también los modos de realizar la cartografía que permita analizar e interpretar la realidad o una región de ella: se hace en niveles de físico a abstracto, de general a particular, de la vastedad a lo preciso. Esta cartografía es una imagen formada de puntos, de filamentos que los unen, de vacíos entre ellos, donde cada punto es de la misma forma que la imagen completa, es decir, se forma a su vez de puntos, filamentos y vacíos.

“La realidad, el mundo [como el nivel más general del espacio del hombre, afuera hay nada] es una estructura de niveles tal que todo lo existente pertenece, al menos, a uno de sus niveles.” (Lancelot:1973:29). El pluralismo en las posibilidades de esta estructura hace parecer tautológico definir al espacio como un juego de niveles a la vez que estos son espacios, es decir, son también delimitaciones generales a la vez que delimitaciones fragmentadas en relación a su existencia material, temporal, cultural, social, imaginaria o simbólica; entre estas formas existen interconexiones que las pueden hacer participar del todo y de la parte que determinan.

Sigo con la tautología. Este trabajo es sobre el espacio, mientras sucede se constituye él mismo en espacio, presento, a manera de introducción, su forma; forma que permite ver el movimiento de cualquier espacio. Así como aquí llego al espacio, a la ciudad, a la calle y a sus identidades; podemos aprehender cualquier región física o de pensamiento o de ideas o de relaciones. El cuerpo, la casa, la familia, un amigo, el amor, la democracia, la rebeldía, la sobrevivencia, un barrio urbano, la identidad en tanto espacios, tienen la forma de este trabajo: moverse de afuera hacia dentro, precisarse, descomponiendo el todo en fragmentos, haciéndolo por niveles, formando espacios intermedios, con formas

de reproducirse, lugares que se definen de tantas formas como maneras de ver y actuar existen. Finalmente

“La manera de descomponer en subcomponentes un organismo o una estructura compleja es arbitraria: con un escalpelo en la sala de disección o con la cuchilla del intelecto puro, el que descompone tiene libertad para aislar muchos subagrupamientos distintos posibles.”
(Wilson, en Lancelot:1973: 73).

Este trabajo es espacio, por tanto existe de las dos formas que tiene éste de suceder, su movimiento es como sigue: tiene una generalidad que lo hace ser una realidad completa en sí misma, a la vez que pasa de ella para descomponerse en subcomponentes, en fragmentos relacionados como niveles.

Comienzo desde fuera, desde la superficie de su cuerpo, es decir, de la definición general de espacio; ahí anuncio, sin entrar, sus dimensiones, su posibilidad material que tiene como condición lo simbólico del habitarlo.

Entrando un poco, haciendo caso a ese anuncio, muestro la forma de su fragmentación: el espacio se separa en lugares, define límites y con esto motivos e intenciones de acceder, es decir, la acción social comienza a concretarse. El primer nivel de este espacio se constituye al atender a la primer separación que produce esos límites: la formación del adentro-afuera; las regiones que como materialidades, imágenes, imaginarios, valores, significados y símbolos forman en relación al espacio.

Más al interior, aparece un adentro, un lugar limitado con precisión, lo está en su forma y en su contenido, como un modo que tiene el espíritu colectivo de habitar. Una forma construida de la vida urbana, que responde a las lógicas de civilización y avance de la cultura, una realidad fundada (la fundación es la primer manera y básica de construir un espacio), garantizando su reproducción y relaciones al exterior y al interior. Primero como una entidad particular y completa y luego

atendiendo a sus distancias interiores, a sus lugares, a lo público y lo privado; es la ciudad el segundo nivel de este trabajo.

He dicho que mi movimiento es de entrada, de ir particularizando en algún lugar, el objetivo es encontrar en la verdad y precisión de éste la forma del espacio social. El lugar que escojo es la calle, lo observo como espacio y después atiendo a sus fragmentos; entro en esa región específica para ahí mostrar las maneras de la acción social, hacerlo a partir de la diferenciación de motivos e intenciones en aquellos que la practican. Elijo el lugar de afuera, la calle como el afuera de la ciudad dentro; así es que entrando me voy saliendo. Es este el tercer nivel.

La calle no es sólo una excusa para hablar del espacio, se convierte en el texto y en pretexto de mi investigación en distintos niveles: es parte de los motivos e intenciones de la ciudad, de la ciudad primera, la de los griegos, y de la ciudad última, la que construye la modernidad (la diferencia en estos motivos construye entre ellas otras ciudades); la calle anuncia a la ciudad, la forma, la comunica, la fragmenta; ahí es donde se nos permite, como habitantes de una ciudad particular, reproducirnos y afirmarnos, es parte de nuestros motivos como ciudadanos; es en ella donde caben todas las posibilidades de estar, donde el ser entreabierto del hombre se manifiesta de la mejor manera; tiene que ver además con mis propios motivos y propósitos como ciudadana, como usuaria diaria, como parte de la investigación social que pretende explicarla y atender a sus contenidos.

Una vez que he aprehendido a la calle en sus límites externos, atiendo a sus límites internos: las formas de estar en ella, de usarla; cada una con sus propias normas y significados. Los que la usan como medio, como superficie, para ir de paso, salen a ella para acceder a otro adentro, salen a la vastedad casi infinita que permite su vacío de no pertenecer a nadie a la vez que todos pueden estar. Otros ven en la calle un espacio posible para detenerse, ya no es sólo un medios,

hasta cierto punto se convierte en fin, medio y fin se mezclan no para quedarse sino como un alternativa momentánea de algún adentro, estos comienzan a quedarse fuera, permiten con ello ser reconocidos y definidos, dejan de ser parte de los otros difuminados que forman el pasar; con su detención se entra a la demarcación de lugares como fragmentos del estar en la calle, es este un segundo nivel al interior del tercer nivel del espacio de este trabajo. Al último espacio que entro, donde termina mi movimiento, es al que forma la permanencia en la calle, aquellos actores que salieron al afuera más radical: vivir de lo que les da la calle (de la generalidad formada de la relación entre las partes) y en la que ellos se construyen (su fragmento).

Buscando en la unidad de este ligar, en el de la calle, la forma del espacio social, participan procesos de diferencias y semejanzas, por tanto, de relación. La identidad, como los lugares del espacio colectivo, es lo que se vive en este proceso; la identidad como un asunto de estar o no, de relacionarse en movimiento, de compartir, formando miembros de ese espacio, formas particulares de pasar, de estar dentro, de relacionarse con lo de afuera, de valorar, afirmar y reproducir estos extremos. Cada nivel, el espacio, la ciudad, el espacio público, la calle, los que van por la calle, los que están en ella y los que permanecen, tienen un modo particular de vivir este proceso, lo hacen en los mismos términos con los que se forman.

Espacio, fragmentos, identidad son los tres niveles que construyen cada nivel general de este trabajo; en ese orden de lo general a lo preciso, aparecen.

Así como el espacio tiene dos formas de suceder, hay las mismas opciones para acceder a él: lo hacemos por su generalidad o por su fragmentación; la segunda requiere de atender a la primera, entrar de afuera hacia adentro; la segunda no necesariamente nos lleva a la primera. Podemos quedarnos en la unidad de lo vasto y lo diferente sin puntualizar en los lugares que le dan esas características.

Esas dos opciones hay para este espacio: este trabajo puede leerse y acceder a él desde sus límites exteriores, empezar en el primer apartado, atender a los avisos de fragmentación y conducirse hacia los fragmentos; puede también leerse como fragmentos, ver en cada parte un espacio con la misma forma de las demás partes y de la generalidad. Cada parte es un espacio acabado en sí misma, sin perder de vista que no puede serlo si no está en relación con el resto, la identidad y la alteridad son la lógica de su estado acabado. Así con todos los fragmentos que se forman.

El movimiento que he descrito para definir la forma y el contenido de este trabajo, es también el movimiento de la investigación social; tiene ésta, para cumplir su objetivo, las dos opciones: la generalidad o la fragmentación. Al interior de este caso particular y de cualquier otro existe la conjunción, en relación de qué se construye el contenido es lo que le da el modo general al exterior.

Es, entonces, todo, un juego de relaciones; cada espacio tiene limitado su adentro y con ello lo que queda fuera. Hacia fuera la vastedad, la vorágine de la diferencia múltiple que lo hace parecer inacabado y lo deja abierto. Hacia dentro la precisión, el orden de la identidad que lo hace cierto y posible y lo mantiene cerrado. Para que cada uno, en sí mismo, suceda de esta forma requiere de la contraparte, no existe adentro si el afuera se cierra, todo es afuera si el adentro es incierto. La forma del juego, es decir, la disposición de los elementos propios de cada extremo y de los filamentos que los unen y del movimiento de esta unión, dibujan así la fragmentación y su articulación; es pues un juego de niveles que forma escenarios, actores, reglas, tiempos.

El escenario que escojo es la ciudad, observémosla con su multiplicidad de espacios, culturas, identidades, tolerancias, relaciones; se podría hacer el juego, hasta cansarnos, de buscar barreras que delimiten adentros y afueras, el juego

podría comenzar proponiendo en función de qué o desde dónde se iban a pensar esas barreras. Si atendemos a aquello que definía Walter Benjamin como la ambigüedad temporal y espacial de los umbrales, ese juego se podría hacer de diversas maneras y desde distintos puntos de vista. Ahora decidí jugar a esto, lo decidí jugar en y con la calle, ese gran espacio público el afuera de la ciudad, lleno de adentros y privados; así el juego me aparece caótico, estoy en búsqueda de conocer y elaborar sus reglas.

El juego es el siguiente: el escenario la calle, ese entorno físico urbano que puede pensarse como categoría social, la calle como tiempo, un entorno con historia, con públicos y privados (que derivan de esa historia), con adentros y afueras, la calle con espíritu, con símbolos y significados. Ese espacio por el que se puede transitar o habitarlo, las imágenes, pensamientos, van a su lugar físico, tocable, transitable, esa que está ahí - afuera o adentro, depende desde dónde miremos -, ahí donde encontramos gente, automóviles, lugares, situaciones; las imágenes y pensamientos van también a la calle simbólica, lo que de ella se dice y decimos, esa que no sólo permite transitar, sino detenerse, mirar, hacer y decir. El escenario es la calle de la ciudad, es su afuera; así como cada casa tiene un patio, un pasillo, un jardín como su afuera inmediato y la calle como el que le sigue, la ciudad tiene su patio y otro afuera que le sigue, ese es el escenario de este juego. Allí donde la ciudad controla, desaparece, motiva el movimiento. Los participantes aquellos que construyen ese escenario, quienes su identidad social se construye en su relación con las características físicas, temporales y simbólicas de ese espacio; algunos deciden definirla con su paso, en el movimiento; otros deciden hacerlo deteniéndose por momentos; otros más llegan a ella como una alternativa para permanecer y ahí construir todas sus formas de estar: pobres, mendigos, vagabundos, drogadictos, niños de la calle, chavos de esquina, vendedores callejeros; yo participo tratando de conocer y comprender ese escenario que se construye por los participantes, por sus formas de

comportamiento, formas de vida, prácticas, apropiaciones, intercambios, ausencias, símbolos, significados, cotidiano.

No se trata de un estudio de estereotipos y prejuicios con su necesaria categorización y atribución reconociendo diferencias y competencias para entender actitudes de rechazo, marginación y búsqueda de identidad por pertenecer a una categoría social, con un intento implícito de reivindicar aquel grupo que por algún componente de su identidad es descalificado e incluso maltratado a partir del prejuicio, criticando a los que rechazan y juzgan. Lo que busco es interpretar, inscribiéndolo en una temporalidad, la apropiación simbólica o construcción de un espacio, la calle, como proceso identitario que involucra una subjetividad, construye una normatividad negando otra y compone una cultura. Para ello hablo necesariamente de categorías sociales su construcción y relación, desde la distinción y referente espacial de públicos y privados limitados por barreras simbólicas que define la cultura, la normatividad social, los usos.

La calle de la que hablo es, entonces, ese espacio de la ciudad donde puede estar quien así lo decida, esa calle que no se cierra físicamente, donde pueden aparecer todo tipo de gente, situaciones, miradas; existe el supuesto de que por ser público "podemos decir cualquier cosa, vestir como nos de la gana, silbar, masticar chicle y sólo Dios sabe cuantas cosas más. Lo peor que puede suceder es una mirada de enojo momentáneo u otra expresión pasajera de disgusto." (Schwartz y Jacobs:1984:244); esas miradas de disgusto involucran valoraciones y juicios tomados desde lo que se puede hacer y lo que no, para los distintos actores de la calle la duración de esos momentos es también distinta, para los de paso es un momento de paso, para los que se detienen el momento es más largo pero termina, para los de la calle su momento es la permanencia, porque ante los ojos de los otros abusan cínicamente de ese poder decir y hacer cualquier cosa, se muestran como un otro radical. En la calle, por ser pública, la imposición de reserva de la sociedad cambia sus términos, pues ahí la mirada no la detiene

nada, la apariencia es asequible para quien decida detenerse, el anonimato de quienes deambulan y se pierden, aquellos que buscan comprar, que se detienen en el puesto de periódicos, la fila del micro, esta en otros términos que el anonimato que se construye en otros espacios, en los lugares públicos con mirar el movimiento de otro obtenemos cierta información que él no controla, aunque puede simular. Esto sucede en la calle, algunos conservan al menos de modo sutil el anonimato; sin embargo hay otros que, si bien están en la calle porque su falta aparente de restricciones se los permite y por los cambios de la imposición de reserva, no conservan su anonimato o se construye en otros términos, pues se les reconoce como "de la calle" y en ello está contenido, desde la percepción y atribución de los que compramos, esperamos el micro o transitamos, lo que son, su identidad se construye en lo público. Marcan la superficie de la ciudad a la vez que ellos son marcados por ella. En la calle se rompen las reglas, es otro tiempo, existe una realidad aparte que se rompe cuando se le quieren imponer las normatividades de la otra realidad que se construye en privado, finalmente por ser pública coinciden estas dos realidades, coinciden evadiéndose, criticando, exigiendo, atribuyendo, envidiando.

Hay quienes son más capaces de notar y vivir las dos realidades, quizá por que se han detenido en ambas, su movimiento no sólo transita en el afuera para llegar a detenerse al adentro de un espacio, ellos habitan en el afuera y desde ahí miran, niegan, juzgan, culpan, desean el adentro.

"Una de las paradojas de los lugares públicos es que tal vez en ningún otro lugar el hecho de no exhibir un frente de gracias sociales y de simplemente 'ser nosotros mismos' tenga menores consecuencias; sin embargo, en ninguna parte nuestro comportamiento con respecto a las demás personas está tan restringido ni tan estrictamente controlado" (ibídem).

En la calle puede andar todo el mundo, pero no todos andan igual ni para lo mismo, se puede ser miembro, como lo define Garfinkel, de los transeúntes, de las filas del micro, de los compradores, de las marchas, de los vendedores de

crucero, de los indigentes, de los teporochos, del proceso de la calle; me detengo en esos que se les reconoce como “de la calle”, al interior y la exterior, y que por serlo desarrollan competencias comunes que les permiten usar la calle, habitarla, construirla y obtener de ella eso que les permite continuar, competencias comunes en circunstancias de la calle que se definen por la apropiación y uso que de ella se hace, por el reconocimiento de sus barreras simbólicas, competencias que les permiten llenar ese espacio y sostener de ahí su identidad, les permiten reconocer y negociar las normas de este espacio simbólico y subjetivo. Pueden estar a pesar de la mirada y juicio de los otros, juicios y miradas que no rompen con la posibilidad de todos poseer la calle. Entonces hay que tener ciertas competencias para ser miembro de la calle, poseer esa identidad y participar de su cultura: poder ser miembro y saber ser vagabundo, niño de la calle, chavo de esquina; esos que dan vida a lo que Sennet llama espacio muerto, pues ve a la calle, al espacio público únicamente como “...un medio de acceder al interior.” (Sennet:1978:22), hay algunos que hacen de ese público su interior y por tanto no es un espacio muerto. Tampoco ha sido ese sitio de la ciudad transitorio e indiferente, al que se dice ahora es habitado y se hace interesante, además de porque le da movimiento funcional a la ciudad, porque la sociedad civil la ha tomado para juntarse, exigir y tomar la ciudad; no lo son si así se generaliza, tienen esas cualidades si se ven como fragmentos, como distintas formas de estar. Están los que la han habitado y permanecen, se la han apropiado sin importar que sea de todos y de nadie, la han significado; la calle existe como espacio vivo desde que alguien la hizo su lugar, como medio para entrar a algún espacio, para exigir y manifestarse, con el objetivo de ser vistos, con el objetivo continuo, sin necesidad de manifestarlo y hacerlo evidente, de vivir y mantenerse.

Esta es la forma y el contenido de este espacio que pretende observar e interpretar la forma del espacio social, a partir de su fragmentación en distintas dimensiones, *construyendo su cartografía como una estrategia metodológica para la investigación social y para la vida cotidiana que permite acceder a ella en*

distintas dimensiones, por diversas entradas, con distintos modos de detenerse, observar, relacionarse, habitar el espacio que se ha constituido como propio.

I. ESPACIO Y FRAGMENTOS.

1. ESPACIO.

El mundo que habitamos, nos construye y lo construimos de diversas y complejas relaciones entre formas, sustancias, tiempos, lugares, movimientos, presencias; vivimos esclareciéndolas y buscando armonía entre ellas para armar nuestra existencia, la manera de hacerlo nos la da el lugar al que pertenecemos y hemos apropiado. Un lugar formado de espacio y tiempo, dimensiones que nos guían y hacen ser, no son sólo las circunstancias de nuestro habitar como sujetos inmóviles, sino que nos forman y dan movimiento, garantizan la reproducción, la afirmación de nosotros mismos, del lugar y de los otros con los que nos relacionamos.

1.1 Tiempo-espacio.

Las dimensiones de los encuentros, de las situaciones, de los momentos, de los pensamientos, de las emociones, de los lugares: tiempo y espacio. Construyen y se construyen ; nos permiten ser y continuar, ver y actuar, construir y desaparecer, valorar y contextualizar. Lo hacen en múltiples dimensiones que entrecruzadas garantizan el estar práctico y funcional que nos exige la vida cotidiana, el resto de las dimensiones no moldean contenidos evidentes y accesibles a todos o no de la misma forma; existen y suceden, por distintos mecanismos se muestran y se reservan ante nuestro estar y el de otros. Lo cercano, los umbrales, las rupturas, la velocidad, las distancias, el afuera, suceden en lo físico y simbólico social del tiempo y el espacio. En el tiempo vivimos épocas, intervalos y momentos, en el espacio vivimos lugares, sitios y encuentros. Se distinguen sólo en nombre: los lugares tienen épocas, los encuentros tienen momentos, a la par suceden. De ahí que si aquí lo que pretendo es exponer a qué me refiero con "espacio" y cuál es su significado en el

contexto de las relaciones, de la identidad, de la cultura; no quede de lado hablar del tiempo, están contenidos.

Se trata de un juego de dimensiones en las que existen el tiempo y el espacio en conjunción, juego que pareciera hace ocultas algunas formas de nuestro estar y actuar en ellas, digo oculto como sinónimo de que no es accesible a la materialidad y objetividad de los sentidos sino a su sensibilidad. De otra forma no suceden ni se accede a los espacios construidos por las vivencias personales y colectivas, las vivencias del pasado, las de ahora, las que se planean, suponen, temen, los recuerdos de una persona, la memoria de un pueblo, sus deseos y sus expectativas.

Para que lo único que quede oculto al mirar e interpretar el espacio o un espacio, sea lo propio de cada uno de ellos y no lo que aquí los define, antes de definir en sí al espacio quisiera aclarar su relación con el tiempo para no tener que distinguirlo a cada momento. A través del lenguaje es posible conocer cómo se vive y percibe el espacio en esta relación con el tiempo; así nosotros los distinguimos en su existencia material, para medirlos, llamamos tiempo al conteo y pasar de las horas y espacio a las regiones definidas en metros, en la vida cotidiana las practicamos en conjunción y es con la práctica que existen construyendo las demás dimensiones que trascienden y filtran la materialidad.

Gran parte de nuestro pensamiento, de la interpretación que hacemos de la realidad, de cómo nos vinculamos con ella, del contenido o contenidos de los símbolos transmitidos en palabras que dan sentido a las imágenes, a los sentimientos y a las interpretaciones, tienen formas espaciales, la imprecisión o precisión del sentido, significado e imagen que pretenden comunicar está en su relación con el tiempo y a las dimensiones que de esa relación se forman: lejos, junto, distante, arriba, cercano, encerrado, abierto, avanzar, contener, distribución, límite, aquí, remotamente, próximo, recorrer, ventaja, traslado,

rebasar, progreso, superior, inmovilizar, dividir, aislado, oculto, estático; significan en un contexto, él les da su totalidad y fragmentación, los dos modos que tiene el espacio de suceder. Se trata del movimiento que construye situaciones y circunstancias, pueden ser momentos pasajeros, experiencias, permanencias, conciencias, reconocimientos, valoraciones, recuerdos.

El significado de las palabras enlistadas es compartido según el espacio en que suceden, nos mantienen objetiva y subjetivamente en él, nos orientan; de quién afirmo que está lejos o inmóvil con respecto a mi, en qué sentido, si mi espacio es un salón de clases o una montaña o una religión o la añoranza o el olvido o la huida, la lejanía y la inmovilidad se modifican, significan en imagen y en sentimiento algo distinto. Por tanto el término espacio no puede reducirse sólo a su sentido físico y geográfico, como "el continente de todos los objetos sensibles que existen a la vez" (Gran Diccionario Enciclopédico Visual:1995), como magnitud física contenedora de objetos o personas. Entendido así es importante pues es la parte material indispensable de toda actividad y relación humana; sin embargo es limitado, no nos dice nada de las relaciones, de lo que forma y lo forma, si nos quedamos con esa definición entonces sí, la lejanía, la inmovilidad, serían constantes, su conjunción con el tiempo no sería más que medir esa constancia; por fortuna no existe así, se llena y limita de la actividad y relación que produce, además de la constancia, movimiento, formas, diferencias. El espacio existe en estas dos dimensiones, como región física y como región simbólica sin ninguna posibilidad de independencia: una calle es ancha o angosta, tiene salidas y entradas, y significa algo distinto para cada transeúnte, caminan por la misma anchura o la misma salida de diferente manera, "...son los lugares mismos al ser caminados por diversas personas." (Del Águila:1995:557); aquél salón de clases, la montaña, la religión, la añoranza se viven de modo particular según el momento de cada persona, si se comparte están en el mismo lugar, si no es así, están construyéndose como otro dentro del mismo espacio general.

1.2 Todo es espacio o el espacio es todo. Niveles de la totalidad.

Decir espacio, entonces, es decir todo, por eso lo adjetivamos, para especificar el contenido y significado, no sólo como un calificativo; se hace desde la realidad material hasta lo simbólico y subjetivo, puede especificarse diciendo espacio y luego el adjetivo o solo el adjetivo: espacio urbano, espacio cultural, espacio privado, espacio fantástico, espacio político, espacio cerrado, mi espacio, yo, otro, espacio temporal, momento, próximo, espacio social, moral, espacio propio, espacio intelectual, imaginación, espacio cotidiano, espacio familiar, sobrevivencia, superior, afuera, adentro, razón, alma... Todos en términos de continentes y extensiones limitadas, pero no de objetos materiales y con límites igualmente materiales sino definidos y contruidos cultural, social, simbólica y subjetivamente. Contienen y se forman de estilos de vida, normas, imaginarios, objetivos, tiempo, relaciones, apropiaciones, imágenes, sonidos, defensas, olores, usos, normas e identidades, es decir el espacio es la cultura y está en ella.

Finitar el concepto de espacio en la definición es posible fijando con cierta claridad su significado general como una dimensión donde se construyen, contienen y suceden ámbitos de interacción; una dimensión que puede ser vivida y percibida física y simbólicamente a la vez, en el contexto de las interacciones, nunca separadas. Sin embargo no es posible finitarlo con una clara y resuelta delimitación de todos los contenidos específicos que definen y limitan los espacios particulares.

En la vivencia subjetiva¹ del espacio, como experiencia de lo vivido en el espacio que se ve y mide, se han diferenciado niveles definidos por el grado y capacidad (no como capacidad física o genética, más como capacidad cultural) de abstracción, en el pensamiento y en el sentimiento, que es posible formularse.

¹Podría dejarlo en vivencia, sin embargo lo aclaro para quienes distinguen, buscan, viven o creen vivir experiencias objetivas.

Léanse así como los vivimos, no como jerarquías en una lógica de menos a más ni como ámbitos autónomos en sí mismos y excluyentes, sino como formas entrelazadas de construir, asumir y habitar el espacio. Un nivel o forma es la que se refiere al espacio limitado a lo concreto, con límites físicos definidos; así podemos percibir y pensar los metros cuadrados que ocupa nuestra casa, la extensión del territorio mexicano, el volumen de nuestro cuerpo, la distancia entre la casa y la oficina. Por el grado de abstracción continua el espacio imaginado, el que permite la formulación o representación de abstracciones a partir de lo concreto, puede ir desde imaginar (con carácter de expectativa, esperanza, deseo) mejorada nuestra casa, una mejor fachada, mejorada la ciudad, hasta prometer y esperar, si se nos ha prometido, un lugar mejor sea en su aspecto físico o en relación a lo que construye y su contenido. Finalmente el espacio abstracto sin ninguna vinculación a lo concreto, como producción de factores espirituales o fuerzas psicológicas, como lo llama Simmel:

“Lo que tiene importancia social no es el espacio, sino el eslabonamiento y conexión de las partes del espacio, producidos por factores espirituales ... el espacio no es más que una actividad del alma, la manera que tienen los hombres de reunir, en intuiciones unitarias, los efectos sensoriales que en sí no poseen lazo alguno” (Simmel:1986:645).

Hay espacios que existen sólo como imágenes, la imagen como aquella parte de lo pensado que no tiene palabras, que se sabe pero no se explica, sus argumentos son la misma imagen, se ven, se oyen, se experimentan, se sienten, esto se sugiere de formas sutiles, en la intensidad de la mirada, el tono de lo que se dice, las distancias que se toman; significan en la intersubjetividad, en la construcción social de la vida cotidiana, donde se comparten ideas, creencias, valores, normas, actitudes, comportamientos, historia.

Que exista la dimensión concreta del espacio, la que lo define en su materialidad, no significa que éste y lo que pensamos, decimos y sentimos de él sean igualmente materiales y físicos, el espacio es totalmente simbólico; puede llegar a poseer una multiplicidad de significados y sentidos a partir de la cultura, el contexto y el grupo social en que exista, su contenido y su sentido dan una visión del mundo y una forma de vincularse a él. Lo simbólico no está sólo en lo que comúnmente se considera abstracto, también lo que se incluye en la realidad concreta, física, se vive y se interpreta, con distintos intereses, subjetivamente; así los metros cuadrados de nuestra casa significan las condiciones y posibilidades de nuestro estar ahí, de reservar, de poseer, de negar o invitar.

En el contexto de las presencias y relaciones sociales no es posible hablar del espacio como dimensión física, como tal deja de existir, pues en sí mismo no produce nada "... Una extensión geográfica de tantos miles de millas cuadradas no basta para constituir un gran imperio; este depende de las fuerzas psicológicas que mantienen políticamente unidos a los habitantes de este territorio..." (Simmel:op.cit.:644).

Para lograr claridad en la definición de espacio es necesario tener claro que su existencia se da en la transposición de diferentes dimensiones (por lo que la teoría del espacio tiene múltiples vertientes). Ya las señale en relación a su grado de abstracción, quisiera insistir presentándolo de esta forma en relación sobre todo a la actividad práctica y simbólica del estar en él. El espacio como región física fija donde se ubica el acontecer y movimiento de las personas, cada persona, significado y práctica representa una posición, es el espacio un conjunto de estas posiciones; aquí se refiere a espacios con existencia material: escuela, casa, cine, calle. El espacio como una región limitada según la perspectiva, los motivos e intenciones de quienes lo practican y significan en relación con otros, este espacio o esta dimensión es móvil: estudiante, familia, amigos, diversión, negocios, transeúnte. El espacio como una región del pensamiento, del

acontecer, de los motivos e intenciones de las personas, existe en una dimensión totalmente abstracta sin dejar de expresarse de alguna forma en lo que se percibe: filosofía, religión, ideología, sentido común, vida cotidiana. El espacio como una región imaginaria de las interacciones que se delimita por los elementos simbólicos: culturas, etnias, identidades, personas. En todas estas dimensiones está presente una forma de limitar el espacio, una forma de vincularse a él, de pertenecer, de normar el uso. Estas formas no son excluyentes están a la vez construyendo el espacio colectivo, la conjunción de esas dimensiones lo construyen.

1.3 Formas de abstracción.

Lo abstracto del espacio también se asume y explica en distintos niveles, las diferentes culturas vivimos en distintos espacios, las ciencias y sus corrientes atienden y definen también distintos espacios.

En relación a las culturas.

Desde qué sentido es importante para percibir el espacio aparecen las diferencias: algunos vivimos en espacios visuales, lo que alcanzo con mi vista define los límites y por tanto el espacio; otros vivimos en espacios auditivos, lo que oigo, la intensidad de los sonidos, su distancia, definen los límites; también existen espacios definidos por el olfato. Estos como sentidos de percepción física, material; existen, en conjunción los espacios que además de verlos, oírlos, olerlos, los miramos, escuchamos, sentimos. La mirada, el escuchar, los sentimientos se construyen desde y de nuestra cultura, desde las intenciones, intereses, atribuciones, certezas y dudas.

Imaginar espacios no sucede en todas las culturas:

“El mundo mental hopi - ... - no tiene un espacio imaginario ... no puede ubicar el pensamiento relacionado con el espacio real sino en el espacio real, y no puede aislar el espacio de los efectos del pensamiento. Es decir: el hopi no puede, como nosotros, imaginar un lugar en el cielo o el infierno ... No parece tener espacio abstracto que llenar con los objetos. Tampoco entiende de imágenes espaciales como 'agarrar la onda' o 'coger la delantera' o 'caer en la cuenta' ... ” (Hall:1972:115).

Para los aztecas y en lo que ahora se retoma de ese tiempo prehispánico, existen espacios abstractos simbólicos que llevan a actos cotidianos, el espacio-tiempo sucede como un todo con un fuerte sentido mítico: crean míticamente como espacios rituales los cuatro puntos cardinales cada uno con su propio Dios y simbolizado con un color, “... ya que el universo azteca ... era concebido en un sentido religioso, más que geográfico.” (de Vaillant en Von Hagen:175). Concebían tres niveles verticales del espacio que habitaban, además de los cuatro puntos cardinales y el centro: el cielo, la tierra y la dimensión infraterrenal, *Ilhucatl*, *Tlalticpac* y *Mictlan*; todos significados en el pensamiento religioso. En cambio el espacio de la cultura occidental se define como “...espacio euclidiano homogéneo y del tiempo lineal continuo...” (Johansson:1996), no existe la misma forma del sentido mítico, el pensamiento religioso es otro, los católicos de la actualidad llenan el cielo de almas buenas o arrepentidas y temen al infierno. Estas connotaciones religiosas dan o exigen, con distintos grados de práctica real, una manera de habitar el espacio terrenal; las formas del espacio - físico, imaginario, abstracto, simbólico - no existen con independencia, si concebimos alguno se continua en el otro, la forma de cada cultura es distinta.

Ese espacio terrenal no significa ni es el mismo en la cultura urbana que en la cultura rural. Las distancias no son las mismas, por lo tanto tampoco la movilidad, la velocidad. Las interacciones y sus mecanismos como contenido y constructores definen realidades distintas.

En la historia del pensamiento humano ha habido una evolución o cambio en la forma de concebir el espacio: en el Renacimiento, por ejemplo, las imágenes espaciales eran geométricas con acentuación de la "sensación" - impresión a través de los sentidos -. Ahora en la idea del espacio se emplea más el movimiento y se considera mucho más que la sensación objetiva.

En relación a las ciencias y sus corrientes.

¿A quién le interesa y atiende el espacio?: le da forma y lo construye la Arquitectura; lo planea e interpreta la Sociología, la Psicología, el Urbanismo, la Antropología; el arte juega con él, lo llena, lo representa, lo difumina; la Filosofía lo transforma por medio de la política (política como procurar el bien a la humanidad), lo hace objeto de estudio; la Psicología y la Filosofía nos dicen como lo percibimos e interpretamos. En cada una de estas formas de aproximarse hay diferencias, en común tienen que se aproximan al espacio atendiendo a la actividad humana. El espacio material donde ésta sucede, la dimensión objetiva, es lo básico y entonces, con distintas concepciones de esa objetividad, de ahí parten. Existe la otra parte: lo importante y básico es lo que llena el espacio, lo subjetivo, igualmente con distintas concepciones de subjetividad, las relaciones, las intenciones. En el desarrollo y fundamentación de estas concepciones se basan las construcciones teóricas, es decir, la concepción de la realidad que subyace. Surgen al centrar el interés en los términos incluidos en esta dimensión.

La arquitectura que se define como arte, una corriente de la arquitectura moderna (Aldo Rossi uno de sus representantes), parte de la unidad dialéctica de la subjetividad y la objetividad, define al espacio como creación de una realidad y como expresión de ella, por lo tanto lo expresa al mismo tiempo que lo crea; su definición es a partir de una apreciación cualitativa de la arquitectura: el espacio no tiene existencia autónoma, existe por su interacción con el sujeto productor y sensible (Rossi:1982). Así la construcción como obra de la arquitectura, la ciudad

como una de ellas, tiene capacidad polivalente de contenidos, es decir no significa sólo una cosa, no se usa de una sola manera, reconoce que el espacio, más allá de su existencia material, está en la gente. Este espacio además tiene significado por expandirse en el tiempo y en cada momento ser vivido a partir de distintas interpretaciones. Existe otra forma de la arquitectura que si bien considera la acción del hombre para definir el espacio no es en una relación dialéctica, sino que aprecia el espacio como dimensión objetiva y así la construyen. Trabajo con la primera apreciación en su concepción de realidad dialéctica.

En la sociología urbana, Castells (Castells:1976) aclara que el espacio no es un objeto teórico sino un objeto real, un elemento material sobre o a partir del que se ejercen actividades humanas, lo concibe en el primer sentido que he descrito, como una región física donde se ubica el acontecer y movimiento de las personas; es cierto que todo lo que existe y sucede es porque tiene un espacio, está en un lugar; sin embargo no es sólo en su dimensión física, puede ser un camino, una opción para el análisis del espacio, sin embargo quedan fuera las maneras que tiene el hombre de vincularse y de construir el mundo. Atender dimensiones que no tienen referente inmediato con lo físico permite, en este caso, dentro del marco de la espacialidad, si refiriéndome a su materialidad, pero no sólo a ella, pues el espacio es un ser con cuerpo, con mente, con moral, con personalidad, con identidad. En el proceso de definir esta dimensión, Castells atiende a la relación entre el proceso social y el espacio tratando de especificar ésta, pero siempre concibe al espacio "...como una realidad material, como un contenedor de la actividad humana, reduciendo el concepto a la imagen de un recipiente material y físico, ajeno al ordenamiento significativo de las prácticas sociales." (Aguado y Portal:1991:37). Esta manera limita, reduce, pues no importa tanto el contenedor, en sí mismo no da nada, importa y existe por el contenido que a su vez define a quien lo contiene. El espacio es totalmente simbólico, esta concepción destruye cualquier otra que se refiera al espacio únicamente como

lugar geográficamente señalado, que existe únicamente como realidad material donde se distribuyen los objetos físicos y la actividad humana.

Cómo vivir la espacialidad de mi entorno, de mi calle, de la ciudad, de mi tiempo, de mi cuerpo, de mis expectativas o la de cualquier otro en términos únicamente materiales, sólo puedo hacerlo refiriéndome a su significado simbólico intersubjetivo, pues es este quien construye el movimiento que permite establecer límites, relaciones, encuentros y diferencias. Hay dos elementos que rescato del planteamiento de Castells: el espacio es importante para la sociología en tanto se define históricamente, evoluciona en relación de dependencia con la evolución social; y porque es construido y practicado por las relaciones sociales; siempre y cuando no se observen como ámbitos separados.

En el contexto de la sociología formal, Simmel en el estudio de las formas sociales incluye al espacio, considerando de él las condiciones objetivas, las formas de actividad y tipos de relaciones y los motivos, intereses que se expresan en ellas. El espacio es una forma que existe en tanto permite la actividad social, importa atenderlo no como una forma en sí misma, sino por lo que la produce, por "... el eslabonamiento y conexión de las partes del espacio, producidos por factores espirituales." (Simmel:op. cit.:644). Es una forma que se llena con la acción y sustancia de las interacciones, el espacio que existe entre una persona y otra es espacio vacío si éstas no tienen algún tipo de relación; si existen e interactúan el espacio se llena y anima, disponen, ordenan, construyen un espacio particular único y existe dentro del espacio general que a su vez se llena de asociaciones mutuamente permeables.

La conjunción de la Psicología Social y de la Psicología Ambiental atiende al espacio diferenciando la existencia de sus dimensiones, pero no las concibe separadas. Considera que el entorno físico de una persona significa un entorno social, si bien se pueden ubicar los límites del primero no puede analizarse más

que como un producto social antes que como una realidad física, el espacio existe, entonces, como “un diálogo simbólico en el cual el espacio transmite a los individuos unos determinados significados socialmente elaborados” (Valera y Pol:1994:7).

Las relaciones, sus motivos, su forma, su lógica no llenan o construyen sólo espacios físicos, existen como realidades limitadas que se manifiestan en las presencias y sus modos. Tienen una forma de comunicación, de pensar y de sentir. Se limitan en nombre, de manera menos específica en contenido. Son reales al ocurrir y verificarse en un espacio-tiempo. Para la Psicología Colectiva este es su objeto de estudio “...considerado como una entidad psíquica, es decir, que vive por la comunicación, no importa si tal espacio-tiempo sea un individuo, un día, una casa, un año, una escuela, un siglo, una ciudad, una historia, etc..” (Fernández:1994:317). No como “cosas vistas”, sino como procesos, así las definiciones que presento, hay que tomarlas como definiciones de un proceso: la ciudad, la calle, sus lugares, me importan como espacios en este sentido, procesos con génesis, estructura y dinámica. En todas sus dimensiones, o al menos a las que yo puedo acceder como observadora, como practicante, como miembro, como extraño: física, objetiva, simbólica, social, temporal, como corriente cultural, con comunicación, sentimientos y pensamientos, por la relación dialéctica de éstas. Como espacios con una construcción subjetiva inicial y que después en y por sí mismos y en función de la forma de lo que en ellos sucede, las actividades y los actores, obtienen un contenido, una condición, una cualidad simbólicos propios. Es así que la calle no sólo es una vía o un camino por el que nos trasladamos y accedemos a los espacios cerrados, implica actitudes y normas que tienen que ver con la forma y el uso del espacio público de la ciudad, implica una tipología, un tiempo.

El espacio existe entonces como una construcción simbólica que se da por las relaciones intersubjetivas entre los actores, entre los miembros de un grupo, que

comparten un discurso, un lenguaje, una forma de ver, de pensar, de sentir y de relacionarse con la realidad.

2. FRAGMENTOS.

La existencia del espacio en distintas dimensiones, en relación al tiempo, a las prácticas, a las relaciones, a los motivos, a los significados, define o limita partes diferenciadas al interior de él. Partes que son fragmentos en relación a la generalidad del espacio y espacios en relación a sí mismos. El espacio en su generalidad es el primer modo que tiene de estar, un primer nivel; la fragmentación es su segundo modo, un segundo nivel a partir del cual su existencia es de esa forma, fragmentada, nunca de manera estática y definitiva, pues cada fragmento es también espacio, por lo tanto también se construye de movimiento al interior y al exterior.

2.1 Espacio-lugar.

Los lugares son la forma que tiene el espacio de producirse y concretarse, el lugar es parte de un espacio, de la superficie simbólica practicada. Es común que lugar y espacio se ocupen como sinónimos, existe también una discusión teórica del por qué no lo son y lo que implica que no lo sean; si aquí ha quedado claro que el espacio es todo, todo lo que tiene forma y contenido definidos de pensamientos, sentimientos y conductas sean de naturaleza física o material, subjetiva o simbólica, no corro ya el riesgo al que teme Marc Augé cuando define los "no lugares" (Augé:1994), de al decir espacio pueda significar también las superficies no simbolizadas, si queda claro que esto no es así, que el espacio existe en diversas dimensiones siempre simbolizadas y que se fragmenta por esos símbolos sin existir como región uniforme y continua, entonces puede entenderse que el espacio se forma de los lugares que produce y que se constituyen al interior como espacios, como regiones físicas o imaginarias simbolizadas:

“También puede reproducirse -el espacio-, pero hacia adentro, y de hecho lo hace; en efecto, el espacio produce lugares: un lugar es un espacio dentro del espacio, por ejemplo, una plaza dentro de la ciudad, una cocina dentro de la casa,...,un hermanito dentro de la familia, un nombre dentro del directorio..., un lugares un sitio complejo, porque no se trata de una escenografía fija, sino de un campo de juego, cargado de avatares, lleno de ritmos y armonías, reglamentos y enjundias, fuerzas y resistencias, imprevistos y genialidades, lo cual es finalmente la pequeña definición de un universo.” (Fernández: 1994bis:58).

Hacia dentro los lugares son un espacio completo, hacia fuera, partes de un espacio más general.

Hay quienes a los lugares se refieren como los espacios físicos, por ejemplo Michel de Certeau define el espacio como un “lugar practicado”, haciendo referencia al lugar físico, sin embargo tanto en los espacios como en sus lugares están contenidas las dos dimensiones, la material y la simbólica; la distinción entre lugar y espacio no está en que dimensión existan, sino en que uno produce al otro, es parte y producto. El lugar se limita dentro de un espacio, es una parte de la totalidad que se encierra en la realidad completa que significa para sí mismo cada espacio.

Un lugar es también un espacio, por tanto puede fragmentarse al interior en multiplicidad de ellos, su relación con los límites del todo y la parcialidad es lo que lo hace ser espacio o lugar: una persona es un lugar respecto a un grupo, es un espacio respecto a sí misma, su espacio se forma de sus ideas, sentimientos, motivos, cuando los comparte con los demás son un lugar del todo que define el grupo que a su vez es un lugar de una religión o un grupo étnico o una clase social; una esquina es un lugar de una calle de las calles de la ciudad, a su vez la ciudad es una forma, un lugar, del espacio colectivo.

Los lugares y los espacios, las personas y su grupo, los grupos y sus identidades, la calle y la ciudad son espacios con lugares, cada uno contiene y se forma de procesos, sustancias, relaciones, movimiento, valores, lenguaje, normas, luces, figuras, presencias, encrucijadas, colores, ritmos, fantasmas, realidades, sueños, símbolos, historia, identidad y cultura.

2.2 Límites y accesos.

Los espacios existen porque se distinguen de otros, la existencia del otro es su condición, mantienen una distancia respecto a lo que no está incluido, los límites son un índice de su existencia. Los espacios son mundos aparte con mecanismos propios de cierre y apertura, mecanismos que deben permanecer claros para que éstos sean realidades completas, para que reconozcan sus distancias, sus condiciones de contacto y no contacto, sus posibilidades de compartir o rechazar, sus alternativas y sus encrucijadas al interior y al exterior.

Para que podamos referirnos a un espacio hay que atender a sus límites, pasar las fronteras es conocer mucho de su contenido, la forma de un límite y la manera de abordarlo es en mucho la forma del espacio al que le dan vida. Cualquier espacio, una persona, una nación, un amigo, necesita fronteras, es una forma de emplearlo. Necesita para ser y distinguirse, también un espacio intermedio, a veces neutral, por mínimo que éste sea.

No por nada a lo largo de la historia del hombre, en todas las dimensiones que lo hacen ser, se ha dedicado tanto a establecer y esclarecer límites y con ellos distancias:

"¿Qué es la distancia? No sé de nada que verdaderamente interese al hombre que sea calculable, pesable, medible. -Sin embargo- La verdadera distancia no le interesa a la vista; solamente le es dada al espíritu." (de Saint-Exupéry en Hall:1972:116).

Un espacio en su dimensión física o material requiere de límites físicos, un espacio en su dimensión subjetiva o simbólica requiere de límites subjetivos o simbólicos, sin olvidar que no son excluyentes, suceden a la par. Un límite físico, un muro, una pared, una reja, el vestir, puede ser la representación explícita de lo simbólico de un espacio; así el muro de Berlín nunca significó sólo la división del territorio de las dos Alemanias, la puerta de un templo no sólo señala un lugar, es la distinción de lo profano con lo sagrado, una serpiente es el límite que separa el centro ceremonial del espacio profano en el mundo náhuatl. El cuerpo no define en su totalidad la extensión de la individualidad, qué nos pertenece y puede marcar nuestro principio-fin, afuera-dentro, cómo nos penetran: nuestra sombra, las huellas que dejamos al caminar, lo que decimos, el modo de mirar, lo que hacemos. Las fronteras de nuestro ser se señalan de otras múltiples formas:

“A unas treinta pulgadas de mi nariz está la frontera de mi persona,
y todo aire intacto que hay en medio es mi privado... Extraño,
a menos que con ojos íntimos te haga yo señas fraternales,
cuidado, no lo pases rudamente: que no tengo cañón, pero
si escupo.” (de Auden en Hall:1972)

La distancia a la que ponemos la frontera de nuestra persona, para Auden treinta pulgadas, no es una distancia que se mide en metros o pulgadas como medidas oficiales, se mide en intenciones, miradas, valores, juicios, creencias, intereses, medidas que son oficiales sólo para la intersubjetividad del espacio en el que significan; por eso hay que tener cuidado cuando se busca que esas distancias signifiquen en y para otros. Esto que digo del espacio personal sucede también con el espacio colectivo. Los límites comunican contenidos muy distintos según el espacio en que estén y quien los mire, para que la intersubjetividad (léase ésta también como un límite) sea posible es necesario conocer qué y dónde es lo compartido, conocer el marco simbólico de referencia e interpretación.

Los límites funcionan como metáforas del espacio, pues ayudan a entender e interpretar los símbolos que son su contenido traduciéndolos en una representación, en la que se encuentra incluido lo visual, lo emotivo, lo conceptual, lo imaginado. La naturaleza de los espacios es la naturaleza de los límites, ambos se modelan. El material del límite es parte de lo que representa la metáfora: los muros que separan las naciones se construyen de concreto, un material infranqueable; la serpiente del muro del centro ceremonial náhuatl "...representa para los pueblos mesoamericanos la potencialidad misma de la manifestación vegetal, modelo de todos los nacimientos, de todos los cambios. Es por tanto permeable a toda expansión o regresión." (Johansson:op.cit.), las ventanas son de vidrio permiten que entre la mirada.

Hay lugares que se limitan sólo indicando el lugar de paso sin necesidad de que haya un elemento ya reconocido como límite: un muro, una puerta, una valla. Hay algo que los indica, un elemento que demarca la frontera y anuncia el paso, anuncia la forma y el contenido simbólico del lugar. Juan Villoro hablando de las vulcanizadoras de la Ciudad (en Florescano:1995) dice:

"La entrada suele ser irregular, como si la hubieran excavado. Algunas disponen de una contundente cortina de metal, pero la mayoría se protege con una lámina y un mecate que sugieren que todo zaguán es imposible. El perro es como la puerta, no defiende pero da la idea de que eso es un lugar." (Villoro:1995:306).

Los límites también pueden utilizarse como camuflaje, para aparentar o disfrazar un contenido y la importancia o significado de la separación; simulan otro espacio: "Vagando por las tortuosas callejuelas árabes, llenas de recodos y pasadizos, nunca sabemos si bordeamos los muros de un gran palacio o la casa miserable donde se hacían los desheredados." (Chueca:1985:12) Así podemos vestirnos al modo que no somos y actuar una personalidad que no nos pertenece y engañar a

cualquiera que no nos conociera de antes en nuestra verdadera o al menos común apariencia.

El pasar es una ceremonia, en los límites se vive el ritual de entrar y salir, cada frontera tiene la propia: un saludo, un trámite legal, modificar la apariencia, ir huyendo, una sonrisa, entender una idea, compartir un gusto; pueden durar un momento casi imperceptible o lo suficiente para conocer e incluso quedarse en el umbral, es necesario cumplir los requisitos que cada espacio establece para acceder. Aquí es donde la relación con el exterior es importante, cómo se valora el umbral de la entrada o la salida, depende de la relación con el exterior. Reconocer un límite no siempre supone tener o saber la manera de pasarlo, se percibe la separación, pero por el contenido del espacio desde el que se percibe no se tiene posibilidades (materiales, morales, sociales) de entrar o salir o no se conocen los rituales del paso o se conocen y están muy lejos de poder practicarse.

Salir es entrar a otro espacio, se puede hacer para dejar de pertenecer o se continua y sólo se sale por momentos, o se esta en espíritu en varios fragmentos del espacio colectivo, este movimiento requiere de conocer los límites de donde se sale y de donde se entra al menos con los que se relacionan ambos espacios al exterior; el paso no siempre es inmediato, se permanece en algún espacio intermedio que permita aclarar el interior y el exterior y quizá hacer una selección, la estancia en el intermedio puede hacerse permanente y ser este el espacio al que se entro y no sólo el paso. Así los límites nos relacionan con el exterior: los conocemos para pasarlos, para vigilar el interior y tenerlo claro, para movernos sin riesgos de no saber en qué lugar estamos.

El adentro afuera que forman los límites se vive en relación a otro espacio y en relación al espacio propio, es decir los límites existen al interior y al exterior, tiene el mismo límite dos caras. En la relación de estos dos lugares se construyen

espacios intermedios que funcionan como separación y hacen pensar que sólo se está en ellos de paso y no se ha terminado de entrar o de salir, sin embargo pueden ser un lugar completo.

El límite o la frontera más que dividir espacios son lugares de transformación en las que se permanece, al pasar, unos momentos para llegar a otra forma y condiciones de estar. Continuamente vivimos estas transformaciones, pasamos por múltiples fronteras sin darnos cuenta por lo común de este paso o por lo sutil del cambio, tiene que ver con un cambio de circunstancias, pero va más allá, implica entrar a otro espacio a otra realidad completa a la que llegamos por una o más encrucijadas. Así pasamos del espacio privado al espacio público, del espacio imaginado al espacio real, del pasado al presente, de la aceptación al rechazo, de lo impropio a lo propio, de vivir a sobrevivir; pasamos ante nuestra propia mirada y la de los otros, para ambos es un cambio, pero no siempre en el mismo sentido, para unos es avanzar para otros retroceder. Para pasar, entrar, salir, regresar, pertenecer o dejar de hacerlo, es necesario llevar con sigo las herramientas que garanticen nuestra estancia y sus objetivos en el espacio al que pretendemos acceder, la cultura, las normas, la historia de éstos son los que definen y nos proveen de esas herramientas.

Los límites no siempre son muros herméticos que aíslan o protegen, esa es una de sus funciones (como la de indicar la naturaleza, el espacio mismo decide cual es la función de los límites para cada situación), función, que como las otras adquiere distintos grados de imprecisión en relación al grado en que se comparta el significado de lo que simboliza. Su calidad de símbolo, no olvidemos que los símbolos no solo existen en la dimensión abstracta, es lo que los hace ambiguos, forman desde las distintas miradas e intenciones un conjunto impreciso de significados e imágenes, sin embargo como ya mencione la cultura, las normas se encargan de hacer el enlace de sus múltiples significados para que cada vez que nos enfrentemos a ellos no sea necesario buscar lo que significa en cada

situación; esto no significa que solo se puede hacer una interpretación, por eso la importancia de atender a qué espacio es el que limita y para qué, a partir de la experiencia y de la memoria esto se pone de un modo manejable que posibilite la interpretación intersubjetiva. Los límites van cambiando, se transforman a la par de los cambios culturales de cada espacio, es necesario que estos cambios se comuniquen, se conozcan para seguir habitando el espacio y mantener la lógica en las distancias, en el contacto, en las posibilidades de actuar y que no sólo sea interpretable de manera unívoca, pues el espacio deja de existir, un límite que se interpreta de esa manera no existe, su condición es la existencia de un otro aunque éste no de la misma interpretación que se busca desde el interior del espacio.

Continuamente vivimos encontrando nuevos límites o revalorando los ya conocidos, esta experiencia es a veces tan común o sutil que no nos damos cuenta. Los espacios se mueven, cambian, pasa el tiempo, por lo tanto también la posición, la importancia, el significado de los límites cambia, algunas veces el mismo cambio nos da las nuevas formas de vivirlos, en otras lleva tiempo porque de entrada es impreciso solo sugiere pero no define, al menos en los mismos términos. Los límites, la distancia entre lo público y lo privado, entre lo urbano y lo rural, entre lo aceptado y lo inaceptado, entre la tolerancia y el rechazo, entre lo radical y lo convencional, entre el tercer mundo y el primer mundo, no siempre han sido los mismos, se transforma el espacio y nuestro lugar en él.

Los límites se ven o se sienten o se imaginan o se saben, estas formas se mezclan y modelan la percepción de ellos, constituyen estrategias de nuestro estar en cada espacio.

2.3 La identidad: lugares del espacio colectivo.

Qué lugar de qué espacio ocupó, con qué lugares de qué espacios me relacionó, qué lugares de qué espacios construyo y me construyen, cómo lo hago, qué me lo

permite, cómo y desde dónde estoy ahí, cuál es mi espacio-tiempo; de qué espacio estoy dentro y cuáles excluyo. La respuesta a estas preguntas son las que definen eso que se llama identidad, es un espacio que produce y se forma de lugares: prácticas simbólicas, relaciones sociales, discursos, valores, creencias, normas; son estas el movimiento del que esta hecho el espacio de la identidad, siendo a su vez lugares del espacio colectivo.

Existen múltiples formas de interpretar y analizar el tema de la identidad, parece que decirlo es decir todo lo referente a las personas y grupos, por ello con mucha facilidad podemos afirmar y delimitar (en nuestras interacciones cotidianas o en el análisis de algún fragmento de la realidad social) de cualquier persona, grupo, región de pensamiento o interacciones su pertenencia, sin necesidad de explicitar los contextos, las relaciones y el contenido con el que se dice; se le reduce a una mera definición estática de lo que hace pertenecer y no. La identidad no es el mero proceso de categorización con el que la más de las veces se le ha definido; Allport (en Echabarría:1991) en relación a la identidad formada a partir de la categorización define:

«Forma grandes clases y agrupamientos para guiar nuestras adaptaciones diarias». «La categoría nos permite identificar rápidamente un objeto relacionado». «La categoría satura todo lo que contiene con el mismo sabor ideológico o emocional». «Las categoría pueden ser más o menos racionales»." (Echabarría:1991:287).

No es así como sucede la fragmentación del espacio, las categorías sociales son lugares del espacio colectivo, pueden definirse con ese sentido estático sólo en circunstancias y situaciones precisas, la categorización es relacional se da en movimiento, es por ello que para hablar de identidad no utilizo este termino ni los relacionados con este tipo de análisis, por parecerme estáticos y artificiales.

Cuando estudiamos el tema de la identidad hay mucho en relación a la categorización y diferenciación social, la mayoría a partir de estudios experimentales. De ellos ha derivado gran parte de la teoría que la Psicología Social tienen al respecto (Sherif, Allport, Tajfel, Turner, Moscovici), sin embargo me parece que este modo reduce en mucho los significados cotidianos de la identidad; si bien ésta se construye a partir de pertenecer a una categoría social específica que les da a sus miembros una forma de percibir y ordenar el mundo y por tanto diferenciarse de los otros, no se puede, en el contexto de la espacialidad simbólica de la acción dejar de esta manera, pues se corre el riesgo de negar el movimiento constante del que se construyen los espacios y las múltiples dimensiones en que este sucede. La identidad es un proceso al modo de filamentos que conducen de niveles de generalidad y apariencia hasta los niveles más precisos de la acción.

Qué contenido pretendo que tenga aquí: la identidad existe a partir del movimiento, de las relaciones entre los espacios que forma y la forman, la identidad está hecha de lugares, es una construcción que sucede en todas las dimensiones que existe un espacio: física, material, subjetiva, simbólica, cultural; tiene forma, límites, fronteras, cualidades, naturaleza propia, se forma de elementos dispuestos con cierta lógica, se practica, se comunica, se pertenece, se comparte. Es una realidad completa que se forma de discursos, lenguaje, formas de ver, interpretar, sentir.

Los lugares del espacio social son las identidades, que a su vez son espacios donde los sujetos reconocen en los demás y en ellos mismos el sistema de significados, valores, creencias, conocimientos que le dan sentido a su espacio, es decir a su realidad. Cada uno de nosotros llena un espacio, es una imagen, una emoción, un símbolo. La identidad tiene una afectividad, se expresa, tiene límites, fronteras, centro, periferia, dentro, fuera, todo esto como nociones construidas, igual que el espacio que son, subjetivamente. Los actores sociales

en su actividad intersubjetiva tienen al espacio como un medio donde existen y se comparte un discurso, historia e interpretación del mundo. Los espacios y las identidades con que los habitamos y construimos, comprometen nuestra visión del mundo y la forma de vincularnos a él. Es la relación material y simbólica de estos lugares lo que forma el espacio colectivo.

Es por ello que la identidad es sobre todo una construcción de sentido social, es decir, una construcción simbólica. La identidad es el lugar donde se concreta la cultura, el movimiento de nuestra historia y nuestros productos, el sentido colectivo que éstos tienen son los que nos hacen ser. La permanencia, la existencia de otro (s), la separación que ésta supone y la relación de semejanza y de compartir son las condiciones del espacio y de su reproducción, constituyen las identidades y sus encrucijadas como un ordenamiento simbólico del espacio (un ordenamiento de la historia, de la cultura, de los significados colectivos, de los usos, de las apropiaciones).

Cada identidad representa un lugar desde el cual se reproduce el espacio colectivo, cada persona, cada grupo, cada cultura tiene formas particulares de hacerlo a partir de su historia, de sus normas, de sus intereses, de sus valores. De tal suerte que tener identidad es ocupar un lugar, de no ser así no existimos en los significados de la colectividad, sea éste valorado en cualquier sentido, se ponga fuera o dentro, arriba o abajo; para estar, relacionarse y garantizar la continuidad es necesario pertenecer, ser reconocido y apropiarse de un lugar desde el que se perciba, ordene, clasifique y valore, la práctica individual y colectiva, implica entonces reconocer los propios límites y los del otro. Límites del espacio físico y del espacio simbólico con que habitamos y límites en la forma de hacerlo. Hablo de usos y normas. Un mismo espacio físico puede filtrarse con distintos espacios simbólicos que pueden convivir con relativa armonía o en constante conflicto a partir de las formas de uso, de significados y de apropiación. Identificar las diferencias, las semejanzas, las distancias y las proximidades,

implica movimiento, es decir, relación de adentro hacia afuera (según mi propia identificación en ese sentido se da el movimiento, cuando yo soy el otro y me perciben como tal el movimiento viene de fuera hacia dentro), un movimiento que no siempre se materializa, se supone su lógica y se ve en otros, sin embargo puede no vivirse; se imagina, se desea, se censura, se evade, porque dentro de cada espacio se interpretan de manera distinta los significados que se viven fuera, estas interpretaciones pueden basarse en creencias, en imaginarios o en la evidencia material con el significado cultural que se le da a ésta.

Los lugares que hacen cada identidad y la relación entre ellos no son fijos, sus límites, su contenido, sus significados se modifican por la continua producción de sentido. Un espacio es siempre lo mismo a la vez que nunca se mantiene inmóvil; una persona, un grupo, una religión, una ciudad, una ideología se mueven a través del tiempo, pero en ningún momento este movimiento (cambios) les hace perder su mismidad, no pierden sus límites hasta confundirse con algún otro, si así fuera, si se pierde referencia, si se pierden los límites, dejan de ser totalmente lo que eran, se aniquilan dando lugar a un espacio diferente. De ahí que la memoria sea un elemento de permanencia y continuidad en la existencia de un espacio, el movimiento del que hablaba y la memoria de él garantizan que no se reproduzca en serie y que se conserven los límites por los cuales se define, es decir se conserve su mismidad y su relación con otros, ambas en movimiento. El espacio colectivo, su forma y contenido, es por mucho la historia de estos movimientos: pérdida, imposición, conquista, sincretismo, memoria, coincidencias, democracia, autoritarismo, multiculturalidad, masas, minorías, movimientos alternativos, conservación. Aunque cada uno de estos movimientos ha sido referido a un ámbito específico, como democracia por ejemplo ha tenido un uso político sobre de otros, bien pueden leerse, pues así se viven, como relaciones sociales que pueden ir desde una interacción de dos, cara a cara o en el recuerdo, o de más en la apariencia o en lo más profundo del lugar con el que se encuentran. La pérdida sucede entre enamorados y entre ideologías, el

sincretismo se da entre las fantasías de dos desconocidos y entre la cultura occidental y la oriental, la multiculturalidad se da en un salón de clases o en una conferencia mundial de la ONU, una familia lucha por la conservación de su prestigio social y un pueblo lucha por la conservación de la ideología que ha guiado su lucha, mi alternativa es recurrir a una práctica cultural pasada (cuando la alternativa de esta cultura era avanzar en la producción de nuevas explicaciones) y la tuya participar en las manifestaciones públicas.

Hay espacios que desean una forma permanente, sin embargo en su permanencia participan otros que no permanecen, no pueden evadirse del todo que se hace en y de movimiento, de un permanente subir y bajar, de una continua prolongación o acortamiento de sus límites, de un juego constante de los opuestos. El movimiento de cada espacio sigue ritmos distintos, con intención o sin ella, los cambios y transformaciones son particularidades de cada realidad. Particularidades siempre en relación.

El espacio físico, localizable, que ocupamos se filtra con el espacio simbólico, definen así nuestras formas de habitarlo, nuestros pensamientos, sentimientos, prácticas. Nuestras relaciones, actividades, interacciones, podemos distinguirlas en dos ámbitos nunca excluyentes: las que suceden con el objetivo de relacionarnos con el mundo material, orientan y reproducen las condiciones igualmente materiales de nuestra existencia, es decir los espacios físicos de los que es posible utilizar sus recursos, manipularlos; para esto se ha moldeado una estructura racional propia de cada lugar del espacio colectivo. Otras cuya finalidad es dar y construir sentido y significado a los espacios a través de la intersubjetividad; éstas buscan explicaciones, interpretaciones sobre la realidad material y social a la vez que definen los espacios formulando las condiciones colectivas, sus límites en forma de normas, historia, tradiciones, prácticas simbólicas de cada uno de sus lugares: las identidades. La identidad posee,

entonces, estas dos cualidades, es un objeto que construimos y utilizamos con distintos fines y funciones en distintos grados de materialidad y subjetividad.

El espacio necesario para las relaciones materiales, la parte funcional de nuestro estar, es lineal: tiene un orden y forma establecidos, hay caminos y objetivos definidos. En cambio las relaciones simbólicas necesitan de un espacio con múltiples dimensiones, dimensiones que se definen por la existencia de diferentes caminos y direcciones, es decir el espacio que se produce y produce las identidades. La convivencia de estos dos tipos de relaciones y de los espacios que requieren y construyen es lo que modela el espacio social, las particularidades de esta convivencia son las que adjetivan (en relación a adjetivar no se entienda sólo como un calificativo que atiende a alguna característica porque entonces se corre el riesgo de lo superficial) el espacio: urbano, público, privado, propio, reservado, conservador, extremo. Cada uno es un lugar y tiene los propios: sus identidades; sus límites y accesos tienen nexos y formas de contacto, el movimiento de éstos define las llamadas categorías sociales, permite establecer las distancias, la pertenencia, la exclusión, la tolerancia, el rechazo. Los adjetivos que se le dan al espacio para particularizar y definir su forma y su contenido los toman sus lugares, así las identidades se adjetivan: identidad urbana, social, personal, política, privada, pública.

Los límites de los espacios y como se significan son las fronteras de los distintos grupos sociales, existen para y por la categorización que forma y simplifica el espacio social. Esos límites ordenan y orientan nuestras relaciones y movimiento, nuestros rituales de paso o permanencia. Cuando perciben nuestro espacio y sus límites saben cuales son nuestras características, no en una relación de reflejo, sino en una relación dialéctica, esta relación con el exterior es lo que permite la existencia al interior en un juego constante de intersubjetividad y alteridad, en donde se establecen distancias, comparaciones, condiciones, imágenes y posibilidades de nosotros mismos y del otro. El espacio nos da posibilidades

materiales y simbólicas para habitarlo y tener referencias que definan ese juego y orienten en el movimiento del que esta hecho nuestro espacio.

El entorno donde nos desarrollamos no es sólo un escenario físico. En la práctica de la vida cotidiana no se distingue -quizá sólo en nombre- el espacio físico del significado de ese espacio. Los significados, el referente físico cuando existe, las relaciones y sus elementos (personas, valores, intenciones, duración, normas), constituyen el medio, el espacio con el que nos identificamos, nos identifica e identificamos; son estos tres procesos los que hacen la identidad. De quién se dice que pertenece a un espacio, quién es llamado ciudadano en una ciudad, urbano en un país, normal en un grupo, aquéllos que son miembros de cada espacio particular, que saben cuáles son y reconocen las prácticas pueden resolverlo. De qué lugar se dice que es un espacio, cuáles son las condiciones, por ejemplo "para Ortega, la ciudad por excelencia es la ciudad clásica y mediterránea donde el elemento fundamental es la plaza." (Chueca:1985:9).

Es necesario aclarar que la identificación no es sólo en términos físicos, pues se da en todo el espacio. La experiencia de la igualdad y la diferencia, de lo lejano y lo cercano, del adentro-afuera; no tienen una estructura sólo material y objetiva, de ahí que sean experiencias, se definen intersubjetivamente. Si son las similitudes físicas y funcionales un referente para la identificación, sin embargo, insisto, el significado de estas está moldeado por elementos culturales.

El espacio es un medio y un fin; es una entidad que existe cuando se le da un uso para lograr un fin a la vez que en el usarlo se construye nuestro estar, sea de paso o deteniéndonos. Puede ser un uso material establecido y normado o un uso simbólico establecido y normado con otra lógica. En estos dos ámbitos puede existir un uso alternativo, un nuevo movimiento del que se forma cada espacio, se realiza una nueva categorización que implica establecer nuevos límites a partir de las normas y valores ya aceptadas y practicadas, límites que significan el umbral

entre lo aceptado y lo inaceptado, lo normal y lo diferente, lo continuo y lo discontinuo, lo propio y lo impropio, la seguridad y el riesgo.

Nuestra existencia se construye, entonces de lugares en el espacio colectivo; se da a partir de límites y formas de habitarlos sin dejarnos posibilidad alguna de negar al otro, de ser sólo en sí mismos sin relación. El sí mismo existe porque podemos enfrentarnos y compartir con otros. Somos un juego de cierres y aberturas condicionadas y aprendidas. Analizar la realidad social es entonces hacer la cartografía de los límites humanos, de su estar, hacerla con la misma solemnidad con la que se viven. Voy por ese camino, intentando la cartografía de un pequeño fragmento, llego a uno, pudo ser cualquiera, finalmente no somos más que espacio.

II. EL AFUERA-ADENTRO. PRIMER NIVEL.

“El horrible adentro-afuera que es el verdadero espacio.”

Michaux.

Continuo en mi entrada al espacio, lo hago ahora explicitando la construcción de sus fragmentos. Entro al verdadero espacio, horrible para Michaux, más no lo es como aquello que puede o deba evitarse sino como lo que es a pesar o favor de nosotros, aunque no siempre lo vivamos como inexplicable o aterrador existe en movimiento que puede llevarnos a estar o a dejar de existir en los lugares que nos construyen, vamos intentando hacerlo fácil y claro. El espacio se forma de dos extremos, de dos formas distintas de ser y estar, hay que decidir, vigilar, estar alerta, construir, adaptarse, sobrevivir, desafiar a cada uno y hacer al espacio propio dentro, sin olvidar la constante e indestructible presencia de lo de fuera.

Basta poner un poco de atención para notar los múltiples juegos de entrar y salir, de abrir y cerrar, de mostrar (se) o esconder (se), de acercar (se) o alejar (se), de los que se forma nuestro estar: estamos dentro o fuera, cerca o lejos, aquí o allá, entramos o salimos. Juegos todos del adentro-afuera del que se construye el espacio en sus diversas, algunas veces contrapuestas y otras entetejidas, dimensiones: lo que se ve, lo que se oye, lo que se huele, lo que se toca, lo que se imagina, lo que se desea, lo que se recuerda, lo que se atribuye, lo que se valora, lo que se usa, lo que se norma, lo que se identifica.

Puedo desear estar dentro de un museo cuando estoy fuera de mi casa; puedo oír el ruido de la calle estando dentro de un cine; puedo explicarme el por qué de tu expresión² atribuyendo, desde lo que muestras en ese exterior, el contenido de tu interior, lo que piensas y sientes, puedo incluso tener certezas sobre tus motivos

²Tu eres cualquiera que pudiera encontrarme en la calle, en el pasillo de la universidad, en un cine, en la fila de algún trámite, y por alguna razón mi mirada se detuvo en tu expresión y se interesa en tener un por qué.

e intenciones, todo esto estando fuera de ti y ante los cierres que supone el no haberte visto antes y no interactuar más que con la mirada; puedo censurar, estando dentro de las normas, una conducta que según éstas, está fuera; caminamos la ciudad dentro de ella, dentro de su espacio público, de su exterior, lo hacemos estando fuera del campo, fuera del espacio doméstico, manteniéndonos en nosotros mismos intentando controlar accesos, distancias, escondites, cierres; estamos dentro del movimiento de una calle cuando caminamos en ella al ritmo y dirección más o menos señaladas, están fuera los que no siguen el mismo ritmo y dirección y no son más que uno o unos pocos, aun estando en la misma calle. Pensemos en las múltiples formas de estar que hacen posible esto, puedo ver algo y escuchar otra cosa o desear algo y estar en lo contrario o identificarme contigo cuando otro distinto a ti se identifica conmigo, es posible, entonces, estar donde no estamos.

En estos juegos no siempre es posible tener claro el adentro y el afuera, pues ni siquiera hemos esclarecido los límites de los fragmentos (por tanto, tampoco los fragmentos) de los que se construye el espacio que habitamos y vivimos. Hay dimensiones en las que es sencillo distinguirlo, en su existencia material las fronteras están claramente señaladas, sabemos que entramos cuando pasamos una puerta, aunque accedamos a la parte externa de ahí a donde entramos. No es sencillo saberlo cuando el espacio que vivimos es el de la interacción o el del pensamiento o el de la identidad, cómo saber con claridad cuándo habla la razón o con razón y cuándo habla el o con sentimiento, a partir de qué punto soy una o ya no lo soy, cuándo atribuyo y cuándo tengo certeza de lo que veo, cómo saber el momento en que alguien deja de ser para mi parte de los hombres sin cantidad para ser parte de los que sí cuento ocupando un lugar con contenido y forma específicos, dentro de mi espacio.

Es pues el espacio un laberinto formado de linealidades, curvas, esquinas, rincones, sub y supra, fondos y superficies; por él fluimos resolviendo las trampas

del pasar que nos abren o cierran sus accesos, la experiencia del pasar y el movimiento son lo que garantizan su existencia.

Estos juegos de afuera dentro son también los que definen los sentimientos del estar, algunos juegos espantan, otros alegran, otros confunden, finalmente no es más que el estar y el no estar. Existe, por tanto, lo propio y lo impropio, lo bueno y lo malo, lo aceptado y lo rechazado, los submundos y los supramundos, lo lento y lo rápido, lo viejo y lo nuevo, y entre cada una de estas dualidades el necesario espacio neutral que permite convivir los dos extremos. Sabemos que gran parte de nuestro habitar el mundo se da a partir de dualidades o dicotomías, la mayoría, si no es que todas, una de sus partes está dentro y la otra fuera, qué lugar ocupen depende del contexto, pueden los extremos invertir su posición, lo que para unos es estar fuera para otros es estar muy adentro y viceversa, juegan también en relación a lo general y lo particular, lo que para un espacio es general para otro es particular.

Presento en la siguiente tabla, imaginémoslo en una presentación circular en forma de telaraña con movimiento de centro y periferia, de profundidad y superficie, como sucede en la vida cotidiana, todos los adentro afuera que ahora puedo formular en relación al espacio colectivo. Centro y periferia, profundo y superficial son parte del juego que construye los extremos, es el paso o relación de general y particular, del todo y los fragmentos, de ser contenido o continente; es la relación de jerarquías en las dimensiones que cada cultura, cada tiempo, cada espacio, cada identidad habitan. Los extremos contenidos dentro o fuera, en la tabla, en la vida cotidiana, en el análisis, funcionan de distintas formas a la vez, para el mismo espacio o para espacios distintos; para algunos son condiciones de existencia o pueden ser formas de ésta, son cualidades que hacen ser a un espacio adentro o afuera. En lo que sigue muestro, pasando por cada una de las dualidades formuladas, entrecruzadas o a parte, como es que funcionan en calidad de condición, de cualidad, de formas de contener, de formas de limitarse o

mostrarse. No es posible cuando se habla de espacio, sigo insistiendo, separar o hacer ajenas sus dimensiones.

En relación a las culturas, por ejemplo los griegos definen la ciudad a partir de la comunicación y el pensamiento, así para estar dentro hay que participar de la vida fuera, de la plaza pública; en la Edad Media el adentro se vuelve duro y obsesivo, pues se define por una lógica de defensa y ensimismamiento, estar dentro es mantenerse en el mismo lugar reconocido por todos, salir es perder ese reconocimiento y ganar el descrédito; con la modernidad y el surgimiento del individualismo y de la razón, la persona y el pensamiento son lo que definen los espacios; así a través de la historia en sus distintos espacios, vistos como culturas, se da la lucha de los extremos, se reconoce su existencia y se definen las condiciones de relación a partir de jerarquías para las regiones imaginarias de la interacción, del pensamiento y de las emociones.

En los lugares del ahora del espacio colectivo el movimiento entre el adentro afuera podemos verlo en un espacio religioso, donde están fuera todos los que no cumplan los estatutos éticos establecidos; en las identidades el adentro se define por el compartir o no los significados valorativos y emocionales, compartir o no las mismas prácticas e imaginarios, es decir estar dentro es participar de los mismos discursos, lenguajes, formas de ver, interpretar, actuar y sentir. Se nota pues, como los extremos de la dicotomía que nos hace ser son móviles e intercambiables, ya decía, a veces a pesar y otras a favor de nosotros. Vayamos a la tabla.

ADENTRO	AFUERA
Estar	No estar
Precisión	Vastedad
Verdad	Apariencia
Detenerse	Velocidad
Mostrar	Esconder

Responder	Evadir
Identidad	Alteidad
Coincidencia	Distancia
Confianza	Amenaza
Saber	Ignorar
Levedad	Pesadez
Certidumbre	Incertidumbre
Alma	Cuerpo
Profundidad	Superficie
Apertura	Cierre
Cerrado	Abierto
Posible	Imposible
Posible	Imposible
Proximidad	Distancia
Cercano	Lejano
Conocido	Desconocido
Propio	Impropio
Subjetividad	Objetividad
Nosotros	Otros
Yo	Otro
Semejanza	Diferencia
Privado	Público
Razón	Fantasia
Moral	Amoral

Estas dualidades invertidas también suceden, incluso cualquiera puede decirme que en varias si no es que en todas hay error de precisión, yo misma dudo en ponerlas en ese orden, mi duda se resuelve pues por suerte los extremos son intercambiables según el espacio donde signifiquen. Una característica del espacio es justo su ambigüedad en forma y en contenido. Así colocados el afuera vale para cada uno de los adentros con que se corresponde, el afuera del estar es el no estar y a su vez el afuera del no estar es el estar, entonces el no estar puede ser adentro; lo mismo con lo público y lo privado, con la razón y la fantasía, etc.

El adentro puede llevarse afuera con un ejercicio hábil de cierres, lo privado cabe dentro de lo público, lo moral dentro de lo amoral, siempre y cuando no se pierda de vista cuales son los adentros con los que salimos; para que el afuera esté dentro requiere de una mayor simulación y juego de apariencias, conocer un poco, por lo menos del contenido dentro, de sus significados, condiciones y posibilidades, para entonces manejar nuestras apariencias, pues adentro se conocen con mayor precisión las diferencias, se detecta fácilmente a cualquier intruso; de esto no nos preocupemos o preocupémonos mucho, ya nuestra cultura nos ha dicho que *las apariencias engañan*, el engaño nos sirve para lograr nuestros objetivos o para nunca hacerlo.

•

¿Por qué hablo del engaño o de la simulación?, hay quienes pueden actuar lo suficientemente bien, ante otros o ante sí mismos, para convencer o convencerse de que en realidad están dentro de algún lugar (habría que establecer primero que es estar realmente dentro y para quien lo es), depende de los tiempos de éste, por eso es simulación, quizá accedamos a la superficie y ahí es donde engañamos y nos engañamos, pero nunca entraremos a lo más profundo. En esta lógica entramos, conocemos en y a los otros, a las identidades, a los afueras.

Sí logramos conocer en qué sentido significan estas dualidades para alguien (persona, grupo, identidad, calle, ciudad, cultura, época) o cómo se mueven por ellas, estamos muy cerca de saber quién es. Pues esta significación y movimiento responde a la normatividad que construye el espacio. A la ciudad, a una cultura, a un grupo, lo conocemos por los motivos que tuvimos al pasar por sus límites mientras pasamos, respondiendo a lo que de alguna forma está establecido; si conocemos la historia de la construcción de éstos y de las partes que distinguen, por qué el adentro y lo de afuera lo son, en función de qué se definen los contenidos, qué ha sido siempre del interior, qué se ha sacado, qué se ha metido; estamos en posibilidades de entrar tan profundo como queramos, si ya se nos

mostró todo esto, significa que estamos dentro y podemos avanzar. Avanzar en cualquier sentido y especificidad, se hace con interés prácticos como tener mayor movilidad en un espacio y lograr los objetivos, con intereses emotivos como tener certezas del y en el espacio que habito (yo misma, mi familia, mi escuela, mi ciudad), con intereses científicos de investigación como interpretar la construcción, relación y diferenciación de identidades. Conocer un espacio es conocer lo que niega, es sabe qué queda fuera; sin embargo no es suficiente con eso, definir un espacio sólo como negatividad, por lo que no es, resulta incompleto, la definición debe incluir lo que es y su relación con lo que excluye y niega. Conocer lo que niega nos puede dar una idea del interior, siempre y cuando tengamos claro el contenido de la relación, nos acerca a sus límites, pero si no hemos accedido al adentro que pretendemos conocer no podemos tener certeza de él, afirmar algo sería mera especulación. Es verdad que se puede conocer algo por lo que no es, sin olvidar la relación con lo positivo, conocer, entonces, significa contemplar el afuera y el adentro.

Muchas de las metáforas de la vida cotidiana tienen que ver con estar dentro y estar fuera. Cuántas veces en una plática o discusión decimos o se nos dice que *entremos en razón*, la razón es, según la norma, el adentro que debemos habitar y desde el cual debemos mostrarnos y relacionarnos; qué queda fuera de la razón, la imaginación, la fantasía, las utopías, la incoherencia, la insensatez, la ingenuidad, las ilusiones, los caprichos, de todo esto puede ser juzgado algo que no sea razonable, por tanto no cabe en todos los espacios, la cultura también nos enseña en donde si caben esas prácticas, es decir en donde y cuando no causa problema que sean adentros. Cuando alguien está lejos o fuera de las normas es necesario *meterlo en cintura* porque se *está saliendo del huacal*, la cintura y el huacal ya están limitados y pueden resultar para algunos muy estrechos, para otros más allá de estrecha o ancha es lo que debe ser y a quien se salga se le mete *a como de lugar*. “Una de las máximas de educación práctica que han dominado mi infancia: *no comas con la boca abierta*.” (Colette, en

Bachelard:1974:250, el subrayado es mío.), hay cosas que se deben mantener cerradas, es de mal gusto mostrar el interior aun la facilidad de abrirlo. Para permanecer dentro de la moral o al menos de las reglas del decoro, hay cosas que no deben hacerse afuera; para los romanos del siglo IV d.C. era inmoral comer fuera de casa, ahora la cultura coreana censura que las parejas (novios, esposos) muestren su atracción o aprecio en público, siendo el público desde la presencia de una tercera persona, nosotros sabemos que *la ropa sucia se lava en casa*. Estas frases representan mi planteamiento, aparece el significado normativo del abrir y cerrar y los usos y formas de los espacios.

Podemos decidir o interesarnos o desear o imaginar o engañar o simular... (aquí todas las formas en las que se define un espacio) donde estar, fuera o dentro de donde, podemos estar en múltiples lugares definidos por distintas dimensiones, constituyendo cada uno los fragmentos de los que se forma el espacio que habitamos. Hay quienes logran establecer los lugares en los que estos fragmentos se entrecruzan y en cuales se excluyen, por lo que les es posible aclarar sus normas y la relación entre el afuera y el adentro y las posibilidades de entrar y salir, para esto deben tener claro en qué dimensión así sucede. No estoy hablando más que de la cartografía del espacio que habitamos; podría hacerla desde una perspectiva física, sin embargo en sí misma no es la que me interesa, me interesa en relación a otra perspectiva: hacer la cartografía del espacio desde los lugares construidos por la forma, los intereses, los motivos, los significados, los símbolos, los pensamientos, los sentimientos, los valores, las normas, los usos, la cultura, es decir, las identidades; hablo de una cartografía de los límites humanos, de los diferentes estados del espíritu colectivo, sea que se expresen de cualquier forma. Por supuesto que aquí no haré la cartografía de todo el espacio que lo anterior define, particularizo en uno de sus lugares, desde él podemos pensar y sentir, creo yo, cualquiera de los juegos del adentro-afuera del que se forma el espacio.

La cartografía que realizo es del estar del espíritu colectivo y de sus fragmentos, veamos entonces la espacialidad del estar o el espacio del estar. Estar tiene como condición un lugar, no puedo decir³ que estoy sin decir donde, estoy bien o mal, aquí o allá, adentro o afuera; cualquiera que interactue con nosotros en una mirada, en un trámite, en una identidad, necesita saber, lo mismo que nosotros, dónde estamos. Quién define a quién, el estar al donde o el donde al estar; respuesta: ambos se definen, suceden a la par. Ser parte del espacio de la interacción, del espíritu colectivo, es ocupar un lugar, es decir, tener identidad. La relación entre las distintas identidades, coloca el donde sobre el estar, pues éste existe de por sí, importa saber donde, fijar y establecer los límites, los accesos, las condiciones y las posibilidades de la relación; para ello cada identidad recurre a todo lo que pueda dar información sobre el otro y entonces establecer desde el sí mismo qué procede, "...designar al ser por un *estar-allí*, es erigir un índice vigoroso que colocaría fácilmente al ser íntimo en un lugar exteriorizado." (Bachelard:1975:252). La determinación que implica ser señalado con el estar allí, cada identidad debe vigilarla hasta donde sus intereses en cada interacción específica lo necesiten. Esa fijación y establecimiento se da sólo momentánea, pues una misma persona está en distintos lugares; aunque muchos insistimos en la vida cotidiana en decir *ahí* categóricamente y no permitir el movimiento⁴, pues muchas veces confunde y espanta. Puede significar vacilación en el otro o en sí mismo que es peor, pues en la relación de nuestro adentro y nuestro afuera es indispensable hacer preciso lo de dentro sabiendo que lo de fuera es inalcanzablemente extenso, no se puede dejar entrar a los caprichos dentro de la razón, por ejemplo.

Hay espacios en donde no hay tiempo para reflexionar antes de decir está ahí o para desconfiar de las primeras evidencias y entonces recurrimos a la atribución y lo establecemos, la vista está formada (tenemos un acervo para encuadrar y guiar

³El decir como expresión del vivir y actuar.

⁴Quizá sea este el motivo por el que el estudio y definición teórica de la identidad se haga en los estudios clásicos desde categorías sociales delimitadas de tal forma que pareciera que el movimiento no existe.

lo que vemos) y nos dice varias cosas a la vez, seleccionamos y fijamos, si hay algo que nos haga detenernos, que nos admire, entonces existe la posibilidad de profundizar y aquellas impresiones pueden confirmarse o llevarnos a la decepción; hay otros en los que tenemos tiempo suficiente para detenernos antes de fijar un estar, ahí si desconfiamos de lo que se ve, ahí sabemos que lo esencial del otro y de nosotros mismos no podemos confiarlo a las primeras evidencias, pues sufriríamos continuas decepciones, no podemos quedarnos con admiraciones falsas, esperamos a escuchar, a sentir, a pensar, aunque no se descarta la información que obtenemos de las primeras impresiones, por lo tanto tampoco se excluye que puedan surgir dudas, confusiones o desconcierto. Me refiero al adentro y al afuera, al espacio público y al espacio privado, respectivamente. El adentro requiere para ser preciso de este detenerse y desconfiar, la vastedad del afuera no lo permite en él, de este modo cada uno garantiza la armonía en su movimiento, armonía que puede construirse de continuidades y constancias o del mayor caos y todas las discontinuidades.

Vemos que si bien el adentro y el afuera no siempre son claros por el tejido de los fragmentos, sí se trata de dos espacios distintos, la forma de sus límites y de sus contenidos no se confunde, entre lo preciso y lo extenso hay distancia, uno se hace cerrado y otro abierto, en uno nos cerramos y en otro nos abrimos; en cada ámbito las experiencias significan algo diferente; por ejemplo las exigencias de reserva o decoro se dan de un modo particular en cada uno. Lo preciso vive a su modo lo extenso, las fronteras dejan ahí de existir, imaginemos entonces la extensión del adentro una vez que se ha hecho cerrado al interior no hay cierres, no es necesario esconderse. Las fronteras están construidas en y para el exterior, pueden algunas acercarnos un poco al interior poniendo atención a los niveles que dibujan, siendo sensibles a la cartografía de los momentos y los significados del entrar y salir, del avanzar o retroceder y en que dirección se hace. Las fronteras del interior hacia el exterior, pueden muchas veces erigirse como barreras infranqueables, sin embargo el exterior tiene modos de acceder o de

creer que accede, ya decía, confía en las primeras impresiones, pues de ellas se construye, al hacerse abierto cada parte que entra debe cerrarse para no arriesgar su lugar, cada interior vigila ahí en el exterior que no se quiebren sus barreras sabiendo que lo que se ve son apariencias, de no ser así el interior perdería su claridad. Apariencia que queda en la superficie, ahí donde ocultándonos nos manifestamos o viceversa, donde los cierres y aperturas vacilan a cada paso; adelanto aquí, es la calle el espacio de estas vacilaciones. En el interior hay tiempo para resolver estas vacilaciones que también se dan al permitir la entrada de algo o alguien de fuera, aquí está más cercana la posibilidad de conquistar certezas y entrar al espacio sin fronteras, aunque no queden excluidos los momentos de cierre y apertura. En el movimiento del verdadero adentro, verdadero por excluir las apariencias y no esconder, las fronteras no existen, ahí ya no existe el otro, las relaciones son hacia y con sigo mismo; en cambio el afuera es la presencia de diferentes y diversos otros.

Las interacciones, entonces, no se dan de la misma forma cuando estamos adentro que cuando estamos afuera, la vida que se organiza dentro de los límites del interior tiene establecidas normas (normas para la relación hacia adentro y hacia afuera) y significados que valen para él, es posible a partir de ellos reconocer las situaciones, actores, motivos, intereses, valores, significados y la forma en que se expresan. La interacción en el interior cuida que no entren simulaciones, apariencias, artificios, contradicciones, eso lo deja para el exterior, ahí no causan problemas. Por ello es más fácil saber que tipo de personas y de relaciones entre ellas son las que están en el interior que en el exterior, afuera caben todos y con ellos las simulaciones, las contradicciones, las diferencias. El interior no lo formamos de simulaciones, nos exige dejar de lado cualquier impresión que nos aparente ser algo que no somos, en cualquier momento el engaño será notorio.

Las relaciones entre el adentro y el afuera pueden ser de declarada hostilidad, por ejemplo, lo concreto del primero no le permite confiar en la vastedad del segundo, por ser preciso y por pertenecernos lo de dentro tiene jerarquía sobre lo de fuera; sin embargo estos espacios son móviles, el adentro por tener delimitadas sus fronteras hacia afuera se mueve incluso dentro de éste, el exterior participa del interior para que este pueda establecer sus contenidos, para que exista algo y pueda definirse en sí mismo requiere de la existencia de un otro y de su relación, la existencia del afuera-adentro permite encontrar la línea que separa el espacio que pertenece y se identifica de lo que no pertenece, del otro. Cada uno de nosotros entramos al espacio de los encuentros múltiples con el espacio propio que es nuestro adentro, por ello el espacio privado cabe en el espacio público; su extensión aparenta vacío y abre múltiples posibilidades de llenarlo con diversos adentros. Al contrario sucede distinto, el afuera participa del adentro cuando este último sale y necesita moverse por aquel, pero no está contenido. El adentro y el afuera siguen jugando.

Estas relaciones entre el adentro y el afuera de cualquier espacio tienen que ver con la levedad o la pesadez con la que estos lugares se definen, atrás ponía el ejemplo del duro adentro de la Edad Media, se constituyó duro y pesado (aquí lo de adentro es pesado y en la tabla lo puse del lado de afuera, pensando en que el adentro por preciso da mayor confianza y se vuelve leve, veamos como sus significados los hacen intercambiables en los extremos) pues el afuera lo percibían "...amenazante, malvado, pecaminoso y hermano del infierno... cualquiera que se aventurara al exterior, era presa de la bárbara maldad del mundo, e irremediamente se convertía en parte de ella,..." (Fernández:1994:346-347); en cambio los griegos viven la relación de forma leve, no temen al adentro, lo saben necesario, y el afuera, donde se da la comunicación, garantiza su continuidad y reproducción. En la actualidad hay grupos que se constituyen pesados hacia adentro y no permiten relación con el afuera, quizá porque éste lo motivo, algunas sectas religiosas, algunas culturas

juveniles ("bandas", punquetos), se constituyen como círculos cerrados y en este sentido desde fuera se les percibe duros, pero por ser diferentes, desde los adentros que les perciben desde fuera, son desacreditados y juzgados de leves por mostrar una lógica de estar que no se compromete y cambia a ritmos distintos de la mayoría, aunque al interior se garantice la tranquilidad, el encuentro, la levedad sin excluir una forma de compromiso.

Ante todo esto debemos aprender y decidir cómo y dónde habitar, establecernos para no vivir en constante búsqueda de afueras para a ellos huir. La cultura nos da las maneras de hacerlo y nos da también los espacio en donde debemos establecernos, cómo y para qué usarlos, sus normas y que identidades se moldean. Define, enseña y advierte (en acuerdo con cada espacio y tiempo, es decir, con cada lugar) los significados y consecuencias del pasar, de entrar y salir, de avanzar o retroceder, de subir y bajar, nos señala cuando estamos dentro y cuando nos hemos salido, nos enseña cuando estamos fuera o ella misma nos saca y la manera y requisitos para regresar.

"Existen, como es natural, muchas precauciones para aprisionar a un hombre dentro de lo que es, como si viviéramos en un perpetuo temor de que pudiera escaparse de ello, que pudiera desaparecer y eludir súbitamente su condición." (citado de Sartre en Goffman: 1971: 59).

Para aprisionar dentro de lo que se es, se requiere continua vigilancia, necesitamos para ello certidumbre en la ubicación y significado del estar dentro y del estar fuera.

La vigilancia, en los momentos que la he indicado, es necesaria para garantizar que las reglas del juego entre el adentro y el afuera se cumplan. Se vigila justo en los límites, donde se abre o cierra la posibilidad de acceder, de llegar y salir. La vigilancia es necesaria pues las consecuencias del pasar no siempre son

afortunadas; los deseos, la inseguridad, los cambios, las necesidades, el rechazo, la decepción, un error o incumplimiento, motivan a ese paso, de estos no a todos les da tiempo de valorar o no les importan las consecuencias, algunos primero las valoran y después pasan.

Es tan importante la experiencia del pasar y de mantenerse que podemos conocer un espacio (sea una persona, una identidad, una calle o una ciudad), por sus movimientos de entrar y salir. Así se construyen las identidades, con sus límites, sus pasos, sus accesos, sus entradas y salidas, lo propio y lo otro.

El adentro se presenta de maneras diferentes según los afueras de los que se llegue, igualmente el afuera es diferente según los adentros de los que se salga. La calle no es la misma para quien sale de prisión (ese adentro forzado que castiga) que para quien sale una mañana rumbo a su trabajo; los caminos, sus dificultades, los tiempos, su velocidad, los motivos no son las mismas, por tanto no llegan al mismo espacio, uno entra a su rutina otro sale a la libertad o sale a su rutina y entra a su libertad. Aunque ambos sepan que es la calle de la ciudad a la que llegan, la piensan diferente, ella como el afuera al que entran o el adentro al que regresan, se encarga de enseñarles como percibirla, pensarla y moverse con y en ella. Lo mismo cuando se llega a una reunión de negocios o a la fila de un banco o a una tocada de rock o con cualquier espacio sea conocido o rutinario o un otro radical.

Son, entonces, muchas las dimensiones en las que juegan el adentro afuera del que se forma el espacio colectivo, las resumo de la siguiente manera: el espacio existe en diversas y entrelazadas dimensiones (material, por su uso, por sus significados, cultural, simbólica), por lo tanto también sus lugares, es decir el espacio se construye de fragmentos, la distinción primera es la que define el adentro y el afuera, y de ella dependen las demás, se dibuja así una cartografía de los límites, de las condiciones y posibilidades de encontrarse, cuyo principio

no es el de la geografía física, sino el de la geografía de la cultura, la que define identidades. Me refiero al afuera adentro que se forma por la práctica de cada espacio, práctica en relación a lo siguiente: al uso, a las normas, a los valores, a los significados, a la personalidad, a los actores, a la cultura, por los que es posible establecer fronteras, distancias, vacilaciones, certezas y diferencias.

En lo siguiente presento esta cartografía tomando una región del espacio colectivo, para ello necesito explicar la fragmentación que sucede para llegar a esa región y en relación a qué dimensión. Ya dije que es el espacio y cómo se construye del adentro afuera (primer nivel), ahora particularizo en uno, la ciudad, mostrare su adentro-afuera (segundo nivel) deteniéndome en el afuera (cuarto nivel).

Sigue presentar la cartografía del segundo nivel, es decir del adentro-afuera de la ciudad, hablar de ella dentro a partir del espacio que funciona como su afuera; la ciudad, como cualquier espacio con personalidad e identidad, se forma o recibe su forma del espacio al que se opone.

III. LA CIUDAD. SEGUNDO NIVEL.

Continuo siguiendo la fragmentación del espacio, primero fue su separación general y esencial, ahora atiendo a un lugar particular resultado de esa separación. Entro a la ciudad, al adentro afuera que la construye, entro haciendo la cartografía de su movimiento, de sus límites. Primero, como para cualquier espacio, es necesario definir a la ciudad en sí misma, es decir, el espacio que ocupa sin referirme aun a sus fragmentos, como un todo que significa el adentro, cuál es la forma de sus límites al exterior, por tanto cual es su exterior. Para después pasar a su fragmentación, es decir el adentro afuera de su interior.

Se trata de la cartografía de las medidas del espacio y los acontecimientos por los que se mide la ciudad: la distancia que un habitante de Neza recorre en microbús y metro para llegar a Polanco y las calles cerradas y oscuras de Neza y lo abierto y moderno de Polanco; la extensión del supuesto vacío de un baldío y la distancia entre quienes lo vemos al pasar y de quienes lo habitan, la enorme lejanía de dos que se forman en la misma fila; la corta distancias que separa la taquilla donde se venden los boletos del camión de primera clase y los boletos del camión de tercera y la diferencia en la cantidad a pagar y entre quien la paga.

Qué significa estar en la ciudad, pertenecer e identificarnos con ella o que ella nos pertenezca y se identifique con nosotros. Para qué esto en relación a la calle: en el marco de que el espacio es todo y es totalmente simbólico, de que tiene múltiples formas y lugares donde se concreta y por los cuales se reproduce, pues se construye de movimiento; para este trabajo, el objeto del que habla y al cual mira, la ciudad es el espacio donde está contenida la calle y los lugares de ésta, ahí es donde tiene significado, así se dibujan los fragmentos. Entonces de la ciudad diré lo que me permita aclarar que es ella un espacio donde se viven límites de diversos lugares, de diversos adentro-afuera, específicamente de uno,

“de la calle”. Si ubico sus límites es posible acceder a su contenido, su uso, su movimiento, sus otros, sus posibilidades, sus condiciones, sus relaciones, su imaginario, su adentro.

1. LA CIUDAD TODA COMO ADENTRO.

De inicio consideremos a la ciudad, más allá de una forma de distribución geográfica necesaria para satisfacer necesidades materiales, como una espacialidad específica de la acción social, como un estado del espíritu colectivo que se limita por la diversidad, la densidad, la coexistencia de tiempos y espacios, el cambio, las distancias. Es una espacialidad que motiva o censura ciertas actitudes, valores, organización, relaciones, imaginarios. La ciudad como un estado o forma del espíritu colectivo, es decir, aquello que habita un espacio, lo construye y significa; el espíritu se forma de las imágenes, símbolos, motivos, intenciones, emociones; cuando son compartidos, cuando con ellos y de ellos es posible la intersubjetividad, o sea, son compartidos y comunicados, existe el espíritu colectivo. La ciudad como una de sus formas se construye a partir de sus modos particulares de ordenar, relacionar y motivar sus imágenes, sus signos, sus intenciones; de tal forma que se constituya en espacio real para sí misma.

La ciudad, su adentro y su afuera, como realidad a parte y convencida de sí misma y por estarlo relacionase con sus otros, existe por la gente que la habita a la vez que ella habita a la gente; este movimiento es el que le permite conservarse y reproducirse manteniendo su estado, sus sentidos, sus imágenes, sus motivos y sus intenciones, es decir construir su espíritu.

Haciendo un poco de historia, la ciudad nace al rededor de los siglos IV y III a.C. como negatividad, se opone a la vida natural con una vida civil y urbana que para ese momento era totalmente nueva, la relación con el territorio es de fundación, de establecimiento, de construcción a diferencia del campo que se da una

relación natural con el territorio y era lo que todos conocían. Con la fundación de la ciudad aparece el dentro-fuera, antes todo era campo continuo, ella es, como construcción, el adentro, es lo real, lo de fuera en su calidad de alrededor se descarta; con distintas formas y contenidos (según la cultura de cada época y lugar) aparecen límites y con éstos la distinción para que exista el interior como realidad completa y aparte. Una vez que la ciudad nace como espacio dentro (que es como se funda el espacio) es entonces que van sucediendo las particularidades.

La aparición de la diferencia, de límites, es lo que permite la existencia del espacio como todo lo que se construye y construye las posibilidades y condiciones de continuidad, de movimiento y de relación. Los límites suponen ubicarse fuera y frente a otro (s), es necesario para esto establecer quien es el otro a la vez que se sabe lo que es uno mismo, se reconoce la semejanza y la diferencia y la relación entre ellas. "El 'sí mismo' brota antes que de ningún sitio, del ser-para-otros, y no de una identidad previa emergente." (Marino:1992:187). De la relación surgen formas de expresarla que orientan la interpretación y representación del mundo, es decir existen símbolos compartidos, expresados y comunicados con contenidos y sentidos que muestran la forma de conocimiento y vinculación con la realidad.

Cuando se funda la ciudad aparece la diferencia, los límites y la existencia del otro, qué es lo que se limita, la vida rural y natural de la vida urbana y construida; es entonces que se actúa otorgando un sentido y valor subjetivo a la propia acción y a la acción del otro; se generan las experiencias de pertenencia, identificación, exclusión y extranjería; ideas que permiten interpretar la realidad y cuando se comparten definen el espíritu de un espacio lo que equivale a construir una visión del mundo, construir una cultura. Es por esto que el espacio se crea con la ciudad, antes todo era campo y naturaleza continuos, el campo no tenía fronteras, es a partir de que se limita "un trozo de campo mediante unos muros

que opusieron el espacio incluso y finito al espacio amorfo y sin fin.” (de Ortega y Gasset en Fernández:1994:323). Este espacio incluso y finito permite a los hombres y a su acción reconocer la pertenencia de y a un territorio y al espacio por el que significa (se pertenece a una nación, a una cultura, a una ciudad), es entonces que los modos de permanecer y reconocerse llevan a las relaciones entre los “diferentes” tomando tintes de admiración, de aceptación, de identificación, de rechazo, de exclusión, de marginación. Comienzan a existir los extraños, los extranjeros, los desconocidos, lo ajeno, los refugiados, los exiliados, lo anónimo, los que salen y los que entran, se definen las causas, mecanismos e importancia del destierro, de la expulsión, de la exclusión, del desalojo, de la ciudadanía, del pertenecer, del ser parte; es decir del estar o no estar.

Con la fundación y el establecimiento como nuevas formas de vincularse al territorio, la acción social se define a partir de intenciones y motivos; con la construcción del espacio comienza también la idea de cambio, las formas del hombre se van transformando a partir de esas intenciones y motivos. La ciudad es una acción artificial, existe la pretensión más allá de la satisfacción lineal de necesidades básicas. Ahora se requiere satisfacer necesidades que antes hubieran parecido innecesarias, veámoslo en los símbolos de la existencia de la ciudad: la permanencia (aldea, feudos, barrios, colonias), la intimidad (la casa, los grupos, el cuerpo), la diversidad (jerarquías, símbolos, normas, orden), la separación y defensa (murallas, entradas, grupos, justificaciones, cierres), continuidad (territorio, moral, cultura), organización, control y administración, acumulación de conocimientos, ampliación. Desde aquí se han enumerado los elementos materiales que componen cualquier ciudad: la casa, la calle, la plaza, los edificios públicos y los límites que la definen dentro; como elementos materiales son presencias constantes aunque cada cultura las hace estar de manera distinta, diferencia que se expresa en las formas, en las relaciones entre los elementos, en el lugar que ocupan en la jerarquía de esta relación; la

actividad espiritual es la que los construye y les da sentido, es el movimiento del que se construyen las ciudades.

La ciudad no surge ni es ahora sólo el espacio donde suceden las materializaciones del espíritu humano que se expresan en la economía, en los servicios, en los edificios, en las calles, en las plazas, en una organización social funcional con usos determinados. La ciudad sí se limita por el uso que se hace de ella como un uso material, es esto una de sus dimensiones, existe para sí y frente a un otro en distintas dimensiones: física, material, económica, política, social, cultural, simbólica, abstracta. Tiene una intersubjetividad más allá de la condición necesaria para que fluya en su aparente materialidad.

Cada cultura, una vez que existe con su espacio fundado, intenta articular en la personalidad de la ciudad lo que considera valores básicos de la sociedad. Así por ejemplo la cultura griega construye su ciudad interesada en cumplir fines militares (defensa), económicos (riqueza), estéticos (belleza y equilibrio) y de pensamiento (comunicación, pluralidad, democracia), por lo que sus partes centrales son el ejército, el arte y la plaza pública; los romanos parten de la racionalidad en los servicios y reproducción de la ciudad, la industria y el comercio, la necesidad del establecimiento de poderes y jerarquías; la Edad Media hace ciudades con una necesidad desesperada de arraigo, de distinción y defensa, además de los valores del cristianismo: retraimiento y búsqueda espiritual, fraternidad, rechazo a la propiedad, al prestigio y al poder, vida moderada, sus lugares son entonces el templo, la casa, los lugares interiores de reunión, el cuerpo; la edad moderna se basa en los valores de la cultura capitalista: comercio, producción, individualismo, racionalismo, lo pragmático y utilitario a partir del hombre, comunicación con el exterior. Si bien aspectos como la expansión del territorio, el crecimiento de la población, la circulación, la higiene, las normas, los lugares públicos y privados, el centro de poder, el centro administrativo, el centro de la vida colectiva, las relaciones entre los límites, son

desde el inicio del espacio urbano aspectos propios de la ciudad, había mayor necesidad de reflexionar sobre algunos: la distinción con el exterior, la estética y funcionalidad de la dimensión física, la construcción religiosa, la formación de una dimensión política y social que forme un espíritu ciudadano; es a partir de la modernidad que cada fragmento de todas las dimensiones son motivo de reflexión y cuidado, a pesar de la dificultad que supone mantener la unidad, ante el acelerado crecimiento y el constante cambio de los límites y de su significado. Así es como se construye la ciudad de la cultura moderna.

Es con la modernidad que la ciudad es sinónimo de movimiento y fragmentación continua; la experiencia del espacio, del adentro-afuera (de la ciudad, de sus lugares, de cada persona en sí misma y de los demás), de las posibilidades e incertidumbres, sucede en un entorno que promete poder, alegría, crecimiento, transformación de las personas y del mundo, a la vez que amenaza con destruir todo lo que se tiene, se sabe y se es, esto es la modernidad: “nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia.” (Berman:1988: 2). La diversidad, las múltiples diferencias, llevan a un juego de cierres y aperturas, de apariencias y verdades, que pueden llevar a un crecimiento y encuentros de posibilidades o a la imposibilidad de éstos, “la ciudad es un enmarañamiento de estilos, un lento mestizaje de los modos de vida.” (Joseph:1988:24). Así se define el adentro de la ciudad, afuera de ella está lo que no se ve amenazado por la acción del hombre, sino por la naturaleza, no hay transformación ni desintegración ni angustia antes de que la ciudad se acerque, ahí no existe la diversidad, no se mueven los límites si no obliga a ello el movimiento de los límites urbanos, no hay tantas posibilidades de aparentar o cerrar por lo mismo de la no diversidad; esto es el mundo rural, el campo, es el afuera de la ciudad en sus límites exteriores.

La ciudad es una realidad formada de imágenes, de símbolos, de prácticas, de funciones, de límites, de tiempos; una realidad que se fragmenta en lugares a

partir de que proyecta, ve, oye, practica, siente, se organiza, relaciona, norma. Formas que construyen los límites de sus lugares: público, privado, intimidad, tolerancia, tránsito, vida y muerte, abundancia y pobreza; formas de expresión que le hacen crecer al interior y mostrarse al exterior, a un exterior que no entiende o no comparte estos límites y por tanto tampoco sus contenidos, no se contienen en él la forma particular de hombres que habitan, viven cotidianamente, piensan, proyectan al modo urbano, esto es al modo de las opciones diversas de ritmos, direcciones, motivos, intenciones, realizaciones, vínculos, ausencias, emociones.

Es así que la ciudad corresponde a una organización cultural del espacio físico y social, por lo que tiene que vérselas con la construcción de sus sentidos en cada uno de los espacios que la construyen:

“Un espacio histórico que se relaciona con la competencia para vivir en una ciudad con la capacidad de entenderla, en su desarrollo y cada momento; un espacio tópico, en el que se manifiesta físicamente el espacio y su transformación; un espacio tímico que se relaciona con la percepción del cuerpo humano, con el cuerpo de la ciudad y con otros objetos que la circundan, y otro no menos importante, un espacio utópico donde atendemos sus imaginarios, a sus deseos, a sus fantasías que se realizan en la vida diaria.” (Silva:1992:134).

Espacios que se definen en diversas dimensiones, según este autor, histórica, tópica, tímica y utópica, existen, he insistido, en íntima relación. Por lo tanto la ciudad no es, para este autor, para mi, y creo que para nadie que la observe y viva, sólo topografía sino también utopía y ensoñación. Es la suma de opciones: es abertura, hasta donde entramos, y a la vez es límite hasta donde llegamos. Es así que la ciudad puede estudiarse no sólo según su economía, su organización social o usos sociológicos, sino en relación a los signos construidos por el espíritu colectivo en una dimensión simbólica.

2. ADENTRO DE LA CIUDAD: SUS FRAGMENTOS INTERIORES.

El saber, intención, motivo, emoción, de la ciudad se fragmenta y constituye sus lugares, estos se encuentran en algún punto y conviven en las encrucijadas que dan forma a su espacio, construyendo temporalidades, significados, culturas, identidades; se expresan en el rostro de las calles, esquinas, plazas, colonias, parques, mercados, baldíos. Habitarlas, viajar por ellas, transitarlas, significa vivir y descubrir (a manera de límites o de contenido) deseos, recuerdos, intenciones, desilusiones, normas. Pasamos por múltiples fronteras, vemos y vivimos la experiencia del subir y bajar, del entrar y salir a diversos lugares: de lo viejo pasamos a lo nuevo, de la miseria a la gloria, del moverse al permanecer, de lo propio a lo impropio, del sí mismo a lo otro, de lo leve a lo pesado, de lo rápido a lo lento, de lo público a lo privado, del reconocimiento al desconocimiento. Cuándo sabemos que hemos pasado, desde dónde, en dónde empiezan o terminan las fronteras; en el espacio social de la ciudad existen tantas respuestas como lugares de él y no olvidemos que estos lugares se fragmentan particularizándose de manera casi infinita en tiempos, culturas, visiones del mundo, pensamientos, sentimientos, es decir identidades; no olvidemos tampoco y sobre todo que estos lugares existen en relación.

La experiencia del pasar es condición de la ciudad, “estar en la ciudad no es de ninguna manera sinónimo de inmovilidad, por el contrario, entrar y salir es la rutina diaria” (Aguilar:1995:54), para ello es necesario conocer su adentro, su afuera, su arriba, su abajo, su ritmo y velocidad, sus distancias y su relación. Lograrlo (sea para quienes la habitan o para quienes intentamos conocer y comprender algunas de sus partes) requiere viajar, transitar, vivir y moverse con, por y en ella más allá de sólo conocer su cartografía física⁵ y en nuestro caso saber dónde está y cómo llegar el Eje Central o al Barrio San Lucas.

⁵Si conocemos la cartografía simbólica, aquella que muestra la acción social, sus significados, sus normas, sus intenciones y motivos, inscritos en el espacio, entonces si podemos caminar, vivir y transitar la ciudad, podemos hacerlo con, en y por ella. Si se logra, quien lo haga se convierte en el investigador ideal de

“La cartografiada superficie de calles, sitios, monumentos y edificaciones no agota el territorio chilango o neoyorquino. existen además, el submundo y el supramundo. Un submundo que no toca fondo en las galerías del metro sino más allá, quién sabe dónde. Un supramundo por encima de sus torres más altas: la de Petróleos, las Gemelas.”
(Curiel:1996:45-46).

Un mapa de la ciudad abarcaría todos los trazos sólidos y evanescentes, evidentes y ocultos que se dibujan al habitarla.

La experiencia del pasar es expresión del adentro-afuera del que se forma el espacio urbano, de la lucha por moverse o permanecer que no significa más que el intento de construir adentros o afueras alternativos. Nuestra ciudad, la ciudad de México, obliga a cada uno de sus fragmentos a vivir esa lucha, vive la experiencia del pasar haciendo muy distantes los límites y severas las formas del pasar, severas en tanto las condiciones y posibilidades son censuradas o complicadas objetiva o subjetivamente.

La ciudad como adentro general es el espacio urbano, es éste la coexistencia de múltiples límites, por lo tanto de espacios, de actores e intereses que definen el juego de adentros y afueras múltiples del que se construye, de públicos y privados, de cambios, de comunicaciones, de grupos, de diferencias, de distancias, de prohibiciones, de colectivos e individualidades, de la diversidad.

Pareciera que esa coexistencia hace de la ciudad, de su personalidad, de su esencia, una entidad fragmentaria, tumultuosa e inacabada, no se encuentra en ella una forma definitiva; no veamos en esto un tono negativo de su existencia, quizá signifique frustración e insatisfacción para el sentido estético, aquel que en otros ámbitos consigue realizaciones perfectas en el campo de la belleza (Chueca:1985). Para el sentido social, histórico, moral del espíritu colectivo,

cualquier proceso urbano o en el habitante ideal de la ciudad. Basta con que lo hagamos para el fragmento que nos interesa estudiar o habitar sin perder nunca de vista el espacio donde está contenido.

también significa a veces frustración e impedimento, pero le permite tener opciones y significados que garantizan su producción, para este espíritu es vivir en la dialéctica de sentimientos contrarios y generar de alguna forma el equilibrio, aunque no siempre se logre y existen enfrentamientos.

Por ejemplo que existan ruinas de construcciones prehipánicas en el centro de la ciudad o en Tlatelolco genera sentimientos contrapuestos a partir de sus diversos significados: para algunos no simboliza más que un museo de ocasión (es una opción), para otros es la muestra de lo que se perdió o se truncó con la llegada de occidente, símbolo de imposición y destrucción, en comparación a los vecinos templos católicos (frustración), para otros es motivo de admiración e incluso tributo desde lo que en la actualidad se vive (lucha por la continuidad del pasado), para otros es símbolo de la apertura de nuestra ciudad (posibilidades, modernidad). Observar la expansión casi arrítmica de la zona urbana genera en muchos temor ante el aparente descontrol, para otros es no tener certezas ni desde el interior ni hacia el exterior. La constante producción de nuevas culturas juveniles, sectas religiosas, corrientes políticas, motivos de protesta, ONG's, grupos marginados, nos introduce en la citada vorágine de Berman, en la perpetua desintegración y renovación, de lucha y de contradicción, de amenaza, de posibilidades, de promesas, de ambigüedad y angustia. Existen recursos colectivos para construir imágenes de la ciudad en cuanto a la segmentación de su espacio y lugares, con señales de grado de rechazo, emoción, frustración, angustia o cualquier tipo de actitud.

Caminar por y con la ciudad es observar figuras, presencias, cosas que significan otras cosas: las calles angostas con pequeñas tiendas significan zonas de residencia, un policía en la puerta manejo de dinero, un muñeco con una pequeña tanga y músculos marcados el gimnasio, una botella de plástico con agua pintada tenuemente y con un poco de espuma en la superficie limpiaparabrisas, una ropa vieja y sucia colgada de algún desalineado enrejado o

barda algún personaje o grupo de ellos que viven en la calle. recorreremos las calles como leemos un poema, interpretando metáforas; la ciudad nos enseña como pensarlas y al hacerlo reconocemos los signos con los cuales se define a sí misma y a todas sus partes. Digo un poema aunque la ciudad sea todos y no uno, pero cada habitante camina por uno, lo seleccionamos, con algún motivo e intención dentro de la máscara caótica de signos con la que se viste la ciudad.

Los signos de la ciudad se repiten a cada paso, en cada esquina, en cada rostro, en cada construcción; se repite buscando que aquellos se fijen en quienes la caminamos y con esto en ella misma, como una forma de garantizar su existencia y no perder si mismidad.

Es lo heterogéneo un elemento constitutivo de lo urbano, la contraposición participa, no existe esa forma definitiva que anhelan los estetas, existe lo normal y lo distinto, lo propio y lo impropio, lo que avanza y lo que retrocede, lo que continua y lo que muere, lo de adentro y lo de afuera no siempre en equilibrio, parece que la segunda parte de estas dualidades rompe con el equilibrio de las primeras, por ejemplo lo distinto amenaza a lo normal, lo que muere significa discontinuidad en lo que ya existe, lo que sale abandona al adentro. Desde el origen de la ciudad existen partes que no le permiten equilibrio estético según como lo construya cada cultura, para los griegos que en la plaza pública hubiera comerciantes era contradictorio y amenazaba la forma que según ellos garantizaba la comunicación. En la actualidad los *de la calle*, comerciantes ambulantes, indigentes, prostitutas, niños de la calle, no pueden permanecer al paso de un dirigente político o religioso importante, la calle es otra cuando esto sucede, su presencia contradice su discurso civilizatorio e igualitario.

La fragmentación en el tiempo y en el espacio que forman a la ciudad son producto de su movimiento, generando la diferencia al interior, la especialización y la construcción de centros efímeros. Fragmentos en movimiento y relación:

público, privado, centro, periferia. Se definen distintas y jerarquizadas formas de estar según el lugar que se ocupe: gobernado-gobernante, conocido-desconocido, superiores-inferiores, aceptado-recazado, superficial-profundo, cultura-subcultura, mayoría-minoría. Cada parte se habita de manera distinta y particular. No siempre son bandos enemigos, negocian su relación, sobre todo porque una misma persona no está siempre en el mismo lugar, en algunos es conocido en otros jamás se ha visto y si pasa por ellos no garantiza que pierde su calidad de desconocido, entra a su espacio y es aceptado, sale al espacio público y no merece más que miradas de rechazo o descrédito. Aquí no hay tiempo de que recorra todas estas separaciones y negociaciones, me quedo con una, con la distinción primera y primaria de la ciudad dentro: afuera-espacio público, adentro-espacio privado.

2.1 Público y Privado.

Lo público y lo privado son lugares del espíritu colectivo que habita y construye la ciudad, es decir lugares de este espacio colectivo, que si bien han tenido múltiples significados o matices nunca han dejado de ser una forma en que se fragmenta ese espacio, se constituyen como dos maneras de estar.

Hablar de público y privado es hablar del afuera-adentro de la ciudad dentro, es decir de la mismidad de ella, de su personalidad, ella como un espacio real y habitado: el espacio público el afuera de la ciudad, el espacio privado el adentro de la ciudad.

Los significados de público y privado están inscritos al contexto de cada cultura, se construyen, lo mismo que el espacio donde significan, la ciudad, históricamente: surgen de una manera y van cambiando según el movimiento del tiempo, el paso de un significado a otro no es de total diferencia, se van modificando, agregando o quitando cosas.

Cuando surge la ciudad, en la época de los griegos, público era el lugar común, es decir la plaza, el pensamiento, se oponen al privado doméstico y al privado gubernamental, lugares no comunes. Lo público era el lugar dentro de la ciudad, los privados quedaban fuera. Con la aparición de esta diferencia se asocian y simbolizan otras en relación a otros aspectos de la vida social además de la comunicación y el pensamiento: aparece la distinción hombre mujer en relación al uso y presencia en los dos espacios, el espacio privado es para la mujer, el espacio público para el hombre. Público-privado, hombre-mujer viven en relación de exclusión. Con los romanos esta relación se comienza a dar relativa y gradual (aunque desde entonces se mantiene, con ciertas particularidades, que lo más privado es lugar de la mujer), es decir no se limitan de una sola forma para todos y en todo, sino que tiene que ver con todos los aspectos de la acción social, no por ello deja de ser posible distinguirlo.

Lo público está asociado siempre de algún modo a todos, distancias y afuera, la definición que de público encontramos en un diccionario común dice: "notorio, común y notado por todos; lo que no es privativo de uno sino compartido por 2 o más al mismo tiempo; perteneciente a la mayoría o todo el mundo; común del pueblo o ciudad; a la vista de todos". Lo privado se asocia a pocos, cercanía y adentro, la definición dice: "apartado, particular, favorito, propio, privilegiado; que se ejecuta familiar y domésticamente, sin formalidad ni ceremonia; particular y personal de cada uno."⁶ La palabra público en el inglés de 1500, más o menos, se usa en relación al bien común de una sociedad, más tarde, se refiere a aquello que es manifiesto y abierto a la observación general. Según Sennet (1978) público significa abierto a la consideración de cualquiera y privado una región de la vida amparada y definida por la familia y los amigos.

El uso renacentista francés de público es relacionado con el bien común y el cuerpo político. Para el siglo XVIII es cuando adquiere el significado actual, es

⁶Enciclopedia General Hispano-mexicana, Ramón Llaca y CIA.

decir no alude solamente a una región de la vida social localizada al margen del dominio de las relaciones íntimas (familia, amigos), sino que alude también a la diversidad de presencias y encuentros más o menos amplia. De ahí que por ejemplo la palabra “cosmopolita”, según el francés de 1738, se refiera al hombre que se mueve cómodamente en la diversidad, donde no todo le es familiar. Por lo tanto la ciudad es el espacio donde cabe la vida pública, en el sentido citado.

Hay en relación a las formas y contenidos de los encuentros sociales una normatividad para estar o habitar el espacio público y el espacio privado, en público hay sensaciones y relaciones que deben experimentarse, pero que caben sin problema en lo privado o en algunos de sus fragmentos y viceversa. En el siglo XIX la burguesía del capitalismo de la época, entendía “en público” el lugar donde se producía y era tolerada la violación moral, en público uno podía no seguir las leyes de respeto, ahora no se debe hacer en ningún lugar, sea público o privado, aunque si se hace tiene castigos muy diferentes, en público puedo no respetar a un desconocido y como tal tomo su castigo, en privado conozco a todos si no respeto el castigo no lo puedo pasar desapercibido, aunque sabemos que hay quienes les importa más lo que muestran afuera que adentro.

Son notorias las diversas perspectivas desde las que se puede mirar la distinción, puede ser desde la condición moral de los espacios, o desde una visión psicológica o social, o buscando los orígenes y cambios históricos. Aquí conviene hacerlo de tal forma que permita entender e interpretar el movimiento y significados del espíritu colectivo, del espacio social, para llegar a una geografía de los límites de los actores sociales y de sus actuaciones en la ciudad, a esa cartografía de los trazos del espíritu sean sólidos o evanescentes, evidentes u ocultos.

Entendamos la distinción no como contrarios sino como alternativos, sirven para cosas distintas y necesarias, lo que no se puede hacer en público se hace en

privado, lo que no se hace en privado se hace en público, o mejor, se hace distinto, además de que hay prácticas que se incluyen en ambas o que se pueden mantenerse privadas en lo público y públicas en lo privado (lo que quiere decir que el privado tiene una parte pública y el público una parte privada), el límite de ambos es la normatividad y moral general, más allá de la que rige en cada espacio. Cada espacio delimita más que lo que se hace o dice, la forma de hacerlo y decirlo, los eventos que suceden deben, por tanto ser leídos desde la perspectiva de un determinado espacio, “desde la perspectiva de la casa (básicamente conservadora, renuente a los cambios, al individualismo), o la de la calle (donde existe la *posibilidad* de más apertura, hasta el desenfado).” (del Águila:1995:546). Así se entiende lo público y privado en el espacio urbano.

A los espacios públicos, en donde empiezan a serlo o en su parte más pública, se va cuidando no comprometer lo privado hasta donde la mirada, las apariencias, las atribuciones y el cumplimiento de los objetivos al salir, lo permiten. Pues el espacio público es el de la copresencia y de la conversación, de las diferencias sociales, de la vigilancia en el exterior del interior, es donde los actores se acomodan a las normas para todos sin dejar de lado las que están ligadas a su posición particular. Los encuentros entre tantas diferencias que permite el espacio público ha hecho que sus actores renuncien a encontrar sentido a cada una, tienen certeza en conocerlo de antemano, están convencidos de que sus asociaciones entre lo que ven y piensan son correctas.

“El espacio público tiene dos límites igualmente aterradores: el terror de la *identificación* -el espacio público es un espacio de traidores y de traductores- y el terror de la *invasión* (el espacio público es un espacio de reserva y de cercados).” (Joseph:1988:17).

Aunque aparentemente nuestro paso por el espacio público es confiado y seguro, estamos siempre alertas, al menos con las suficientes reservas que nos permitan continuar y no comprometer el interior, a esa invasión e identificación de la que

habla Joseph en la cita anterior. Siguiendo con el análisis que hace este autor, retomando a Goffman, se refiere, en el mismo sentido, a “dos técnicas de comunicación, dos maneras de dominar las impresiones: *el arte de las apariencias* (la cortesía como máscara de la indiferencia, la reserva como prevención contra la dispersión) y *la palabra de circunstancias* (comportamientos que sólo tienen verdad en ciertas situaciones en las que “la ocurrencia” es la primera evaluación). Entonces, ¿no son acaso las sociedades urbanas más que templos de simulacro, de falsas apariencias?. “ (Joseph:1988:29). Tiene mucho que lo importante es la presentación ante los otros, la que se da en algún nivel de publicidad, además de ser algo (correcto, educado, hábil, normal) hay que parecerlo. No por nada Goffman hace una análisis de la interacción a partir de la metáfora del teatro, intervienen la actuación, los actores y la representación, importa conocer cómo guían y controlan los actores, en este caso, del espacio público, la presentación ante otros y la impresión que ellos se forman de él, en la actuación el actuante y sus público pueden convencerse de los actos “sólo el sociólogo o los resentidos sociales abrigarán dudas acerca de la «realidad» de lo que se presenta.” (Goffman:1971:29).

Leamos el espacio público, este juego de encuentros, actuaciones y apariencias en una de las ciudades invisibles de Italo Calvino:

“En Cloe, gran ciudad, las personas que pasan por las calles no se conocen. Al verse imaginan mil cosas una de la otra, los encuentros que podrían ocurrir entre ellas, las conversaciones, las sorpresas, las caricias, los mordiscos. Pero nadie saluda a nadie, las miradas se cruzan un segundo y después huyen, buscan otras miradas, no se detienen. Pasa una muchacha que hace girar la sombrilla apoyada en el hombro, y también un poco el círculo de las caderas. Pasa una mujer vestida de negro que representa los años que tiene, con ojos inquietos bajo el velo y los labios trémulos. Pasa un gigante tatuado; un hombre joven con el pelo blanco; una enana, dos mellizas vestidas de coral. Algo corre entre ellos, un intercambio de miradas como líneas que unen una figura a la otra y dibujan flechas, estrellas, triángulos, hasta que todas las combinaciones en un instante se agotan, y otros personajes entran en escena: un ciego con un guepardo sujeto con cadena, una cortesana con abanico de plumas de avestruz, un efebo, una mujer tanque. Así,

entre quienes por casualidad se juntan para guarecerse de la lluvia bajo el soportal, o se apiñan debajo del toldo del bazar, o se detienen a escuchar la banda en la plaza, se consuman encuentros, seducciones, abrazos, orgías, sin cambiar una palabra, sin rozarse con un dedo, casi sin alzar los ojos.

Una vibración lujuriosa mueve continuamente a Cloe, la más casta de las ciudades. Si hombres y mujeres empezaran a vivir sus efímeros sueños, cada fantasma se convertiría en una persona con quien comenzar una historia de persecuciones, de simulaciones, de malentendidos, de choques, de opresiones, y el carrusel de las fantasías se detendría.” (Calvino:1991:63-64).

Se trata entonces de la distinción en las interacciones entre “lo exterior y lo interior o dicho más rigurosamente entre el ámbito público y el privado, conforme también (a su medida) con la distinción clásica entre apariencia y esencia.” (Pérez:1992:13-14). La apariencia (cuerpo), el disimulo, el ocultamiento, la manipulación son parte del espacio público, la vida, la identidad y personalidad auténtica (alma), la confianza (levedad) y compromiso (pesadez) quedan para lo privado, para los encuentros entre familiares, amigos, amantes, sin embargo no podemos dudar ahí también de las apariencias. En lo público no podemos dudar que a lo que accedemos son apariencias, en lo privado cabe la duda en todos sentidos: dudamos de que se muestre el verdadero yo, con su adentro y secretos profundos, pero también dudamos que lo que se muestren sean apariencias; regularmente dejamos de dudar de lo primero y así actuamos.

Ante esta situación de la representación y de las apariencias en el espacio público urbano, quienes nos detenemos a observar con pretensiones de entender e interpretar una forma específica de esta socialidad general que ahí sucede, no hacemos, dice Joseph, más que explorar contextos en los que éstos tienen de más superficial; sin embargo podemos desde esa superficie atender a los encuentros y observar con cuidado los símbolos contenidos en los rostros de los actuantes, sin perder de vista el contexto y entonces pasar de la superficie y llegar a los adentros (por partes, de inicio a su parte pública) que disfraza el afuera.

Desde la superficie a la que se accede desde fuera se puede pasar las fronteras de diversos adentros, digo adentros, pues cada actor del espacio público habita, incluso ahí afuera, varios espacios: el sí mismo, su esencia, su cuerpo, la apariencia, sus grupo, las atribuciones, sus lugares, las identidades. En el espacio público debemos tener habilidades para saber como adaptar cada espacio a cada situación específica y para reconocer los otros adentros o los adentros de otros.

Estos privados pueden abrirse afuera sin que nos demos cuenta, pues no conocemos sus significados; lo que es compartido y entendido en lo privado no se dice tal cual es, precisamente por ser ya compartido y entendido se cortan frases sin que para los de adentro parezcan cortadas, se hacen gestos, no es necesario hablar con precisión para que se sepa qué pasa, quizá basten dos palabras o una mirada para comunicar información en cantidad y calidad increíblemente densa o abundante, para los de afuera (cuando nos encontramos en lo público y se presentan estas situaciones) no será más que dos palabras o una mirada, aunque sepamos todos de este tipo de comunicación.

Es entonces la ciudad la “suma de sus afueras y adentros, de lo visible y lo intuible socialmente” (Aguilar:1995:54).

Hay dimensiones en las que los espacios públicos no permiten comunicaciones particulares, por eso son públicos, porque todos accedemos por el simple hecho de quererlo hacer, es posible entender y seguir su movimiento, me refiero a la dimensión física de los espacios: a la calle, a los parques, a las plazas, todos podemos entrar físicamente. Es en la dimensión simbólica donde el acceso no mantiene la facilidad en las condiciones, podemos entrar y caminar por una calle, físicamente estar, pero no entender su movimiento, nos es necesario detenernos para acceder a los sentidos que la forman o salir huyendo, hay quienes ya conocen y ahí afuera tienen condiciones y posibilidades de adentros y entonces

sí hay en lo público comunicaciones particulares. Por eso es que el espacio público permite que en él estén adentro, de ellos depende no confundirse con lo público y ser accesible a todos, que sus gestos o miradas no sólo las entiendan en privado, sino también los participantes de lo público. Ese es el riesgo de salir llevando consigo lo privado sin antes definir los cierres y olvidarse de la vigilancia.

El espacio público y sus lugares no se reservan el derecho de admisión, los que lo hacen, bajo cualquier mecanismo, empiezan a ser privados. A la calle salimos o entramos así nada más, las miradas, las atribuciones, la indiferencia no niegan la entrada; en ella los intereses no se particularizan, sucede hasta que entramos. Lo no público requiere que quien entra cumpla ciertas condiciones y a partir de ello se definen las posibilidades; en la manera de acceder y el rigor de esas condiciones se define el nivel de privacidad de un lugar. Es por esto que existen lugares públicos, semipúblicos o semiprivados y privados: los supermercados, por ejemplo, son absolutamente abiertos en su puerta física, entra cualquiera, sin embargo tienen una puerta que los hace un poco privados, quien no tiene dinero no entra verdaderamente al espacio del supermercado, pues para eso se hizo para que quien entre compre; para entrar a los teatros, cines, bares, restaurantes, además de la condición de compra, está la condición de imagen y de saber moverse en el interior, esta más adentro del teatro quien es “del ambiente”; ahora con las multicinemas además de tener el dinero para pagar el boleto debemos saber que se compra hablando por un tipo de bocina rodeada por cristal que nos separa del vendedor y que después de eso sigue encontrar la sala 8 de las 12 existentes y que eso se hace pasando por pequeños pasillos y escaleras eléctricas; a un bar o una cantina tampoco es suficiente traer consigo la cantidad de dinero para comprar una cerveza, hay que ir vestido según el bar, según quien lo frecuente, entonces además de entrar al bar o a la cantina entramos a mundo de prácticas de relación, de normatividad, de valores, de identidades distintas, por ellos tiene límites y accesos que le dan un carácter

propio y puede definirse como un lugar; a la mejor para ser fresa no baste hablar “con la papa en la boca” o para ser “dark” vestirse de negro o para ser estudiante ser parte de la matricula de una escuela o para ser de la calle dormir en ella; entonces las identidades también son privadas, tienen una parte pública, una imagen accesible a todos cuando salen, pero eso no quiere decir que no reserven el derecho de admisión. Así como si nunca hemos entrado a una de las viejas cantinas del centro de la ciudad imaginamos o atribuimos o incluso juzgamos y negamos su interior porque el acceso no se nos permite y no los permitimos y lo hacemos a partir de lo que desde afuera se ve, desde lo que permite que salga, desde los mitos o historias que existen a su alrededor, igual con las identidades, no entramos pero imaginamos, atribuimos, juzgamos o negamos su adentro aun sin jamas haber estado más allá de su parte pública, tenemos referentes para hacerlo, existen mitos, historias fundadas sobre cada una.

El espacio público se habita por esta parte accesible a todos de las identidades de cada uno que por él transita, es decir la diferencia, en un juego de vigilancias, apariencias y atribuciones, es necesario armarse para defenderse, ahí se muestran los límites, condiciones y posibilidades para relacionarse con el exterior, con los otros, invitando o alejando la entrada. En cambio el espacio privado se habita por y con la pertenencia, por lo que es accesible al sí mismo, al interior se pueden abandonar las armas y las defensas de las que es conveniente proveerse en el espacio público, ahí está lo que pertenece y no concierne a los demás, por eso las reservas y condiciones a la admisión.

Por lo tanto la identidad se adquiere cuando se posee un espacio, es decir, nos pertenece y pertenecemos a algún privado. A la familia se le ha considerado como el pilar de la sociedad y garantía de orden y reproducción social; la casa es el símbolo de esto, es el fundamento material del hogar, de la vida familiar, siendo éste el ámbito privado por excelencia; es así que desde que la ciudad

existe como espacio constituido (época griega y romana en adelante) es parte del habitar colectivo que quien carece de morada carece también *de fe y de ley*, es un *hombre de ninguna parte*, no tiene identidad pues no posee ni es poseído por ningún espacio privado, Kant afirma “la identidad del hombre es domiciliaría”, en el mismo sentido se pensaba y así es hasta la fecha, que no puede haber elector sin domicilio (Ariès P. y Duby G. -directores-:Historia de la vida privada:1991).

La identidad relacionada con un espacio privado en su evidencia material garantiza una pertenencia, igual sucede si podemos mostrar que pertenecemos a cualquier lugar del espacio colectivo, justo es esto la identidad, “aquella parte del del autoconcepto de un individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo o grupos sociales juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a esta pertenencia. (Tajfel:1981:292), “también puede derivarse del conocimiento de su pertenencia a un entorno valorativo y emocional asociado a estas pertenencias “ (Valera y Pol:1994:8). Se pertenece al interior, se es dentro; en el exterior nos diferenciamos, afirmamos y limitamos, nos relacionamos con otro fuera.

El espacio público es el afuera de las identidades, el espacio privado su adentro; así sucede en todas sus dimensiones, por ello hablo de lugares como el supermercado o la casa (dimensión material) y de las identidades o el hogar (dimensión simbólica).

3. ADENTRO-AFUERA EN EL ESPACIO URBANO.

Adentro-afuera de la ciudad dentro, esto es, del espacio urbano, la fragmentación no es definitiva, la cartografía no es simple en la convivencia de las dimensiones del espacio colectivo. Meterse en la ciudad no significa una sola cosa, pues la ciudad se construye de múltiples lugares, estar en alguno es estar dentro de ella.

Es posible definir esa fragmentación estableciendo qué está dentro y qué fuera (sin olvidar que esta condición es movable según las perspectivas).

Ahí donde evidentemente está el sustento material de la vida privada es dentro, la zona de residencia, de viviendas, de los domicilios particulares, de calles que conocen quienes por ahí viven, de las colonias, barrios, lugares de la ciudad que se apropian y son utilizados y reconocidos sólo por sus habitantes. Este adentro tiene su parte pública y su parte privada, la parte pública son las pequeñas calles de las que se dice "mi calle" porque nuestra casa da a ella, es donde nos encontramos con los vecinos, los niños juegan, estacionan su carro las visitas, sabemos, entonces, quienes son visitas, es decir no pertenecen. La calidad de desconocido o intruso no es difícil saber quien la posee, cualquiera que no sea de esa calle lo es, el otro es inmediato, no se requiere de muchas diferencias para ser de fuera, quien lo es concentra las miradas, es necesario ponerle atención. Su parte privada son las casas y con lo que se habitan, el exterior también le atribuye por lo que enseñan sus ocupantes, lo que se alcanza a ver por las ventanas.

El afuera es donde nadie se detiene, donde el desconocido son todos, el intruso nadie, el otro se multiplica y no es inmediato, hay muchos niveles de otredad: ciudadano-campesino, mexicano-extranjero, de Neza- de Santa Fe, rasta-punk, obrero-burocrata, Se forma no de pequeñas calles cuyas fachadas son viviendas, sino de grandes avenidas donde para estacionar el carro es necesario llevarlo a un lugar propio para eso y no dejarlo enfrente de a donde vamos, las banquetas no las ocupan los niños que juegan sino los transeúntes. La fachada de estas calles son las de los negocios, comercios, edificios públicos, terminales del transporte público, es decir de los lugares semipúblicos.

Estar dentro de la ciudad es participar del movimiento de su espacio público, de su afuera. Lo es también participar de su espacio interior de sus pequeños barrios y colonias. Ambas son parte de su espacio.

Pasar de adentro afuera en la ciudad no es inmediato existen espacios intermedios: antes de estar afuera en la ciudad, estoy fuera de mi casa en mi calle, llego a la esquina a la calle un poco más amplia por donde ya pasa el transporte público pero que sigue siendo de la colonia, abordo algún transporte o en mi auto sigo por esa calle y entonces llego a alguna avenida principal o eje. Es el paso por los lugares intermedios entre el espacio privado de la casa o el departamento y el espacio público urbano, se va pasando identificando en que nivel se está armándose de lo necesario para lograr el objetivo del pasar y garantizar la llegada y para no comprometer el espacio privado del que se viene. El regreso es similar pero en sentido inverso.

Continuo saliendo, ahora sigue salir o meterme al espacio público y detenerme en él, no a su generalidad, sino al espacio público por excelencia: la calle.

IV. EL AFUERA DE LA CIUDAD DENTRO. TERCER NIVEL.

Estoy ya en la calle, en el afuera dentro de los límites de la ciudad, su adentro quedo en lo privado; aunque bien puedo establecer que la calle es el interior de la ciudad, que ella constituye su esencia. Si el adentro es el alma y el afuera el cuerpo la calle puede ser ambas cosas para la ciudad, una ciudad sin calle no es posible, la calle así es esencia, una ciudad sin privados tampoco es posible, la calle es así cuerpo.

Estoy en el espacio público urbano. El espacio sin fronteras para los adentros, no las tiene en tanto no establece condiciones que niegue el acceso a alguien, todos pueden salir de cualquier adentro y entrar a ella, incluso sin abandonar del todo el interior, para llegar a donde cada quien necesite y decida; esto no significa que la calle sea sólo un medio que permite la relación entre esos adentros, en parte así sucede, de suerte que el espacio se construye de múltiples dimensiones, entre ellas sus diversos usos, la calle como medio es uno, pero no el único y todo, están las normas, los valores, los motivos, las intenciones, las identidades, la cultura.

Si de lo que estoy hablando es de espacio, de su suceder en las diversas dimensiones en las que se construye, de su forma y de su contenido, decido continuar mi movimiento de salida o de entrada por él (me permito la posibilidad de hacerlo en ambos sentidos pues así existe el espacio) y detenerme en su exceso. Es la calle exceso⁷ de espacio, la vastedad del afuera, donde el espíritu colectivo y su espacio muestran su opulencia. Significados compartidos, prácticas sociales, valores, similitudes, diferencias, motivos, intenciones, formas, imágenes, secretos, evidencias, movimientos, rincones, grandezas, miniaturas, recuerdos, ausencias, resistencias, luchas; todo está y cabe más. Es ese exceso que le

⁷No como sobrante sino como abundancia.

permite el vacío del que está hecha, “¡esta materia de la posibilidad del ser!” (Bachelard:1975:256), en ese juego de apariencias, de cierres y aberturas, de atribuciones y certezas, de todos y de nadie, de esencias y superficies, está el poder de la posibilidad. Adentro también existe pero no con las mismas magnitudes; en la calle estamos fuera manteniendo todos los adentros que queramos, incluso el de ella misma.

Entendamos cual es la posibilidad de la que se construye. No es espacio de posibilidad por no contener juicios, valoraciones negativas y positivas, reglas y la normatividad presente en todos los espacios, normatividad sinónimo de reglamentación de posibilidades, es decir de límites, la contiene. Su posibilidad se forma de esta manera: cada presencia es parte del exceso, éste se llena de diferencias, de movimientos, por lo tanto la posibilidad de la calle no es hacer y estar sin ritmo ni control, sino es la posibilidad de la diferencia, las encrucijadas y la coexistencia.

Las normas, el uso, las identidades definen en relación los espacios, definen sus particularidades, sus lugares, sus límites y accesos. En la definición de espacio, de la ciudad, del afuera, del espacio público he dicho sus normas, sus usos, sus identidades y sus relaciones; según mi objetivo, continua la calle, ya hay taras mucho de ella: si ya hable de espacio, de ciudad, del afuera y del espacio público, en su conjunción está la calle, la he dejado fluir implícita, ahora anunciándola como el exceso, el vacío y las posibilidades, la hago aparecer en la realidad y suceder de sus normas, usos e identidades; con el lenguaje que ella se explica, las imágenes con las que se expresa, las reglas con las que se mueve, las ilusiones con las que proyecta, los valores con los que practica.

El exceso, el vacío y la posibilidad son el adentro de la calle, primero, siguiendo la lógica de mi movimiento, hablare de éste como todo, sin atender aun a sus fragmentos, es decir ubicar qué espacios son su afuera, entendiéndola como

adentro, como espacio en sí, o lo que es lo mismo, si es ella el afuera de la ciudad, observar que espacios la hacen tener esa calidad de afuera, es decir, sus múltiples adentros en distintos niveles de privacidad y acceso. Una vez que indique su afuera, la relación con el, me es posible observar su fragmentación dentro resultado de la resonancia de ésta relación. Sigue entonces la cartografía del movimiento que construye a la calle, de su espacio, de su adentro-afuera.

1. CALLE=AFUERA, SUS ADENTROS O CALLE=DENTRO, SUS AFUERAS.

Una parte del exceso de espacio del que se construye la calle, tiene que ver con su facilidad para ser fuera o dentro, no nada más porque los intercambie con facilidad, sino porque al un mismo tiempo es ambos, tiene facilidad para conjuntarlo no sólo para sí misma sino para el espacio del que es lugar y para los lugares de los que ella es espacio. Su espacio es la ciudad, ya decía que ésta se fragmenta en público y privado, la calle es su lugar público por lo tanto afuera, siendo su adentro el espacio privado; por otra parte es su adentro pues por ella la ciudad se mantiene, se mueve, se transforma, en ella se expresa, se comunica, proyecta, sin dejar de ser la calle espacio público es alma, ahí la ciudad se muestra, responde y se hace concreta. Sus lugares (no los he definido, ya han aparecido por ahí, pero no los he detenido y enfocado, es lo que toca el apartado siguiente) se saben afuera, en el espacio público de la ciudad, pero saben que en ella son el adentro más profundo, tal cual deben hacerlo para no perder esa calidad en la vorágine del movimiento de su espacio. Aclarado esto, para definir a la calle y su relación con otros espacios me referiré a ella como el afuera de la ciudad, ya sin el riesgo de excluir su calidad de dentro, por lo que esos otros espacios serán adentros.

Para la calle no sucede igual que con la definición del sí mismo de la ciudad, el cual se define a partir de sus límites al exterior; la calle no tiene límites al exterior, ella es el exterior, por tanto observa y se construye de los límites de los diversos

adentros que dan a ella; cuando se vuelve interior es por que permite a sus usuarios darle significados particulares, esto es, hacer o llevar a ella lugares como adentros, entonces estos hacen límites que igualmente dan al resto de la calle, al exterior, aunque en el interior vaya ella contenida. Motivo por el que presento esos adentros y sus límites; lo hago por niveles o modos de coexistencia, es decir de posibilidades y condiciones de particularidad de esos límites, formas posibles de particularizar el estar del espíritu colectivo, lugares del espacio colectivo.

Persona.

A la calle accedemos todos, llegamos a ella habitando cada uno nuestro espacio íntimo individual, lo habitamos en nuestro cuerpo, se construye por los motivos, intenciones, pensamientos y sentimientos que son únicamente nuestros. Es el cuerpo lo que se ve cuando estamos en la calle, el límite al exterior de ese espacio particular, todos sabemos que nuestra persona aunque aparentemente ocupe el espacio del volumen de nuestro cuerpo, “el espacio individual es en realidad un poquito más grande que el propio cuerpo” (Fernández.1991:35), ahí su espacio simbólico, justo el que limita con su parte pública, la que lleva al exterior y que sabe será leída como metáfora de su adentro: la apariencia en su vestir, en los movimientos, los tonos de voz, los estilos personales, los gestos, todo a la forma de lo que en público es admitido sin censura.

Utilizando la metáfora del teatro que utiliza Goffman para el análisis de la interacción, a la calle salimos, en este nivel de persona, siendo “excelentes actores de nuestra personalidad” (Fernández:1991), representando la parte que nos permite movernos por el espacio público manteniendo las condiciones y posibilidades de interacción que establece esa personalidad y no la arriesga. Aquí un adentro que lleva sus límites a la calle y con ello la construye, así como la fachada de las casas, edificios, jardines hacen a la calle, el cuerpo, la persona

también, "a su modo tiene, tiene sus paredes, sus umbrales, sus puertas y sus ventanas que cierran el paso o lo abren" (Fernández:1991:44).

Identidad.

Se trata aquí del espacio interpersonal, el espacio que se limita con las miradas, imágenes, colores, movimientos, tono de voz compartidos, no sólo son propios de cada persona, sino de un grupo; los límites de su interior que llevan a la calle vuelven a ser la apariencia que aquéllos muestran: miramos, nos vestimos, caminamos de un modo particular que nos hace pertenecer a un grupo. Cada persona pertenece a uno de los muchos que están a la vez en la calle, coexisten como lugares en ella, aunque no anden juntas todas las personas parecidas, el espacio público las hace pertenecer a un lugar interior, a partir de su parte pública que vigila su interior, un interior ya clasificado y jerarquizado en su base material y su estructura simbólica. Aquí los límites no siempre son claros por aquello de las identidades múltiples, nuestra imagen puede dar información que nos haga pertenecer a distintos lugares, para ello también el espacio público tiene su correlación, aunque no es siempre correcta pues deriva de la vacilación, por eso es la calle el espacio de la vacilación, no es riesgosa mientras no determine o lastime algún adentro.

La casa.

El ámbito doméstico, donde se está en familia, donde caben las personas aun con distintas identidades siempre y cuando no se pierda la base de que son familia. Las casas forman la zona de residencia de la ciudad, sus fronteras, sus fachadas dan a la calle formando su distribución; forman las pequeñas calles de la ciudad, en este sentido son las calles dentro. Esto no ha sido siempre así, es con la modernidad que las casas se distribuyen formando barrios que permiten la apropiación de calles haciéndolas distintas a las grandes avenidas; la ciudad se fragmenta con un interés de orden y comunicación, así se forma la calle en líneas rectas que van de las angostas, las de la zona de casas, a la más ancha

garantizando el cumplimiento de esos intereses. La casa construye así las calles que no son tan públicas, no lo son no porque nieguen el acceso físico, sino porque se construyen por una cotidianidad que surge de las formas de quienes habitan las casas y no del movimiento continuo de la diversidad.

Por qué digo que no ha sido siempre así. La calle de la ciudad griega esta en función del elemento principal de esta cultura, de la plaza pública, de la comunicación; la calle era el lugar por donde llegar a ella, no se detenían en las pequeñas calles, la casa griega era sólo “paradero de reabastecimiento para poder regresar por las calles a la plaza” (Fernández.1994:335). La calle griega no incluye la especialización o fragmentación que sucede con la modernidad, es toda un camino por donde llegar a la comunicación.

Con los romanos la calle fuera deja de ser el lugar dentro que define a la ciudad.

“la calle deja de ser muralla, ley como le decían os griegos..., la calle no es lugar de separación de nada, sino de estancia cotidiana, razón por la cual se va abigarrando de objetos, rincones, actividades, etc... entre tienda y tienda, la calle misma es igualmente sitio de sociabilidad, que contempla y juzga todo el panorama, de modo que el qué-dirán, la opinión pública de los asuntos privados, está al orden del día...”
(Fernández:1994:341-342).

Se comienza a dar la fragmentación de la calle, no es toda la misma, se apropia se detienen, está fuera de casa.

Ahora, la calle que construye la casa, es *mi calle*, los límites del interior que hace está calle son la parte pública de la casa, la fachada hecha de rejas, de ventanas, de una puerta que puede abrirse sin temor a que se vea la primer parte del interior, el patio de la casa (el patio de una casa es la parte pública de ésta como adentro, así la calle de la casa es el patio de la ciudad); a ella entramos con nuestra persona e identidad ya conocida por quienes comparten la propiedad de esa calle, es una calle hecha de una diversidad contada, su número es igual al número de habitantes de las casas que la comparten; el número se mantiene,

pues quienes entran como intrusos sólo lo hacen de paso. Hay límites físicos que simbolizan el grado de acceso en la casa en sí como objeto material y límites simbólicos de quienes la habitan, su persona y su identidad.

Esta calle la comparten las casas con pequeños comercios, la tiendita de la esquina, la papelería, que son usadas por gente de la misma calle o por la calle siguiente que sigue siendo de la colonia.

Comercio, diversión, servicios, transporte.

El espacio urbano de la modernidad se caracteriza por tener una gran avenida, sus adentros son los ámbitos de trabajo, los lugares de reunión y espectáculo. Cuando aparece como tal trae consigo el transporte público, ambos son resultado de la expansión urbana, las distancias se alargan, es necesario salir del barrio, de la colonia, de nuestra calle para llegar al trabajo, al cine, a un parque, y para hacerlo se requiere el transporte público. Es esta la calle que está más afuera del adentro de la ciudad, está más afuera de lo preciso, de lo conocido y cuantificable, se construye con la diversidad que no se cuenta ni mantiene, no es fácil para ella otorgar la calidad de intruso, llega gente de todos lados, llegan con su persona y con su identidad.

A ella salen, además de los adentro inmediatos (comercios, transporte, lugares de reunión), de adentros superficiales y profundos, llegan de todas partes: personas, identidades, colonias, y de más afuera, provincias y países. Sucede en ella, entonces, la similitud, la diferencia, la contradicción, los niveles, lo normal, lo amoral, la verdad, la evasión, la vigilancia, el descuido, la vacilación, la comparación. En ella el exceso de espacio.

Antes de la modernidad ni siquiera se pensaba en la posibilidad de que hubiera una calle por la que se pudiera llegar de un extremo a otro de la ciudad sin entrar a los barrios, a partir de que existe es posible desplazarse no sólo dentro sino a

través de ellos. Su extensión no permite pasarla a pie, es necesario un transporte, sea privado o público, son éstos parte de los límites que dan a esta calle. Si iban a circular vehículos era necesario crear un espacio para aquellos que caminan, se crea la banqueta y los camellones. Es esta calle la conjunción de la avenida por donde circulan los vehículos, de la banqueta, de los camellones, de los que por ella caminan o circulan y de los adentros que hacen su fachada.

Los coches y el transporte público (microbús, ruta 100, taxis, trolebús, vicitaxis) son adentros que participan, con distintos niveles de publicidad, de esta calle construida de la fachada de los comercios, legares de diversión y servicios. Así como la calle, no son sólo lugares de paso, medios para un fin, pueden ser el fin en sí mismo. De hecho un elemento de la posmodernidad y del ser posmoderno es mantenerse en movimiento, “ciudadano posmoderno es aquél preparado para estar de paso indefinidamente” (Fernández:1994bis:60), para algunos el transporte es un medio, sobre todo cuando se trata del transporte público, aunque mientras lo es se constituye en lugar de significados, de identificaciones, de diferencias, de privacías, de evasiones, es parte del espacio colectivo, para otros sobre su calidad de medio está su calidad de lugar como fin, sobre todo cuando se trata del auto propio. Son adentros que participan de la calle con diferentes motivos e intenciones, por tanto con distintas velocidades y destinos; igual que sucede con las personas y las identidades, así como con el transporte, con ellas también transitamos por la calle, todas (persona, identidad, transporte) nos ayudan a movernos por la calle. Son lugares que permiten construir interiores estando el exterior, son mundos dentro que se mueven fuera.

La banqueta es el espacio intermedio entre los adentros que dan a la avenida y el movimiento de la avenida, su velocidad de traslado es menor que la de ésta.

“Es un espacio donde se -puede- tener intimidad en público, estar íntimamente juntos sin estar físicamente a solas -pueden los enamorados- mostrar su amor ante el interminable desfile de desconocidos del bulevar -...- y extraer de todo ello formas diferentes de goce.

En torno a la multitud de paseantes, -pueden- tejer los velos de la fantasía..." (Berman:1988:151).

Los enamorados de ciudad viven siempre esta situación, y no sólo los enamorados, lo hacen también los socios, los amigos, los parientes, los compañeros; para unos es perfecto el espacio público por esta calidad de intimidad en presencia de todos, pueden mantener clandestina o privada cualquier conversación. Caben, entonces, en él las conversaciones interiores, consigo mismo y con los demás, la comunicación puede ser con lenguaje hablado, siendo sus límites hasta donde se alcance a oír lo que se dicen quienes son miembros de la conversación y hasta donde se logre entender eso de lo que conversan, oír no siempre significa ser parte del espacio de una conversación hay que entender y compartir su sentido. Los espacios auditivos y los espacios de significado son adentros que pueden construirse en el exterior de esta calle a la vez que la construyen. Otro lenguaje de la comunicación que se da en esta calle es el de los gestos, el de las apariencias, éste limita espacios visuales, no con límites tan próximos y controlados como los anteriores, en ellos la participación de la atribución y la simulación en público debe ser mayor justo por la no proximidad y el no control.

Fuera o al rededor de esta avenida quedan los barrios, las colonias con sus respectivas calles, con su tranquilidad y conocimiento de cada parte, en ella hay movimiento, caos, que no está sólo en el caminar de los transeúntes o de los conductores, sino en su interacción, en el movimiento del espacio colectivo. Por lo que deben aprender a moverse y adaptarse al movimiento de todos "debe hacerse un experto...en giros y contorsiones súbitos, bruscos, descoyuntados, no sólo de las piernas y el cuerpo, sino también de la mente y la sensibilidad." (Berman:1988:160). Esta adaptación es parte de la posibilidad de su vacío, pues la calle al imponer estas habilidades para poder estar en ella abre múltiples caminos para el tráfico y para experiencias y actividades particulares y diferentes. Verse en otro o diferenciarse de él, nos permite tener opciones, nos afirma la

pertenencia a lo mismo y la diferencia respecto de otros y seguimos el mismo camino o al afirmarlo nos abre alternativas, caminos diferentes.

Por esta posibilidad de opciones, por las distintas velocidades y distintos espacios, las calles pertenecen a varios a la vez: al tráfico, a los transeúntes que la utilizan como medio y a los que la utilizan y están en ella como fin, a la coexistencia, a quienes buscan afirmarse a partir de la diferencia o de la semejanza con otros, a quienes salen y a quienes entran, a quienes escapan y a quienes buscan regresar. Cada uno debe tener claro lo que quiere y no dejarse ganar por el resto, el tráfico puede ganarle fácilmente por su dimensión a todo lo demás: cómo detenerme, por ejemplo, si todo es movimiento, los autos, las personas, los significados, no paran; como identificarme si todo es diferencia y apariencia; la calle lo permite, se hace al modo de la intención y motivo de cada uno de los que llegan a ella. Hay una calle para la sociabilidad, para detenerse y ver y ser vistos comunicándonos en una mezcla de realidad y fantasía, de simulación y verdad, de lo que somos realmente y de lo que quisiéramos ser; hay otra calle que no permite detenerse, no permite enfocar, ver ni ser vistos por la velocidad con la que se pasa por ella; otra más para los que son vistos pero no ven; otra para los que ven y no son vistos. Son calles distintas, sin embargo pueden suceder en la misma calle física, no olvidemos que el espacio está en la gente, en sus motivos e intenciones. Por lo tanto existen tantas calles como usos se hacen de ella y límites se le construyen.

Cada uno de los lugares que hacen la calle son en algún momento espacio intermedio, comunican el adentro con el afuera: la persona comunica el ser más profundo con su identidad a través de su imagen, la identidad relaciona a la persona con el espacio colectivo, la casa es un paso entre la persona y la identidad, entre lo que se esconde y lo que se muestra, las banquetas separan los comercios y lugares de reunión del movimiento de los autos en la calle, el transporte es un medio para salir de un lugar y llegar a otro, está entre el afuera

de la calle y la personas que van dentro, entre la velocidad de la avenida y el tiempo de su motivo, la calle toda comunica los adentros. Qué les da calidad de intermedio o de fin último: los objetivos de quienes lo usan, salen a ellos para llegar a otro lado o llegan a ellos, no olvidemos que el espacio está en la gente: mientras yo estoy de paso por una identidad queriendo llegar a otra, para ti puede ser tu motivo final; en la calle están los que caminamos pensando en que tenemos que llegar, hay otros que caminan y ya llegaron; al auto se suben los que salen de casa para llegar al trabajo pasando por calles angostas y grandes avenidas, otros lo hacen para estar en él.

2. NIVELES DEL AFUERA DE LA CIUDAD. FRAGMENTOS.

El adentro y el afuera son los lugares de cualquier espacio, cada uno limita y significa a su modo cada extremo. La calle como afuera también tiene su modo por lo tanto su adentro y su afuera, en lo anterior expuse sus adentros y qué es lo que queda en calidad de exterior para cada uno. Aquí quisiera presentar como estos fragmentos ahí en el exterior de la ciudad, en la calle, están más afuera o más adentro, lo cual se define por el uso, por las normas y por las identidades que en ella están o habitan.

Decía que la calle es el espacio de la diversidad y de la posibilidad y si lo que hace a la calle es su estar afuera, se está más afuera o es más calle el espacio en donde hay más diversidad y posibilidad.

Las calles de la zona de residencia no permiten o contienen un alto grado de diversidad y posibilidad, sus usos son pocos en comparación a la gran avenida, sus normas son más específicas y el acceso más condicionado. Por lo tanto estas calles no están tan afuera o lo que es lo mismo son calles dentro, funcionan sobre todo como espacio intermedios entre el ámbito doméstico y el espacio público urbano, por ellas no pasa el transporte público. Son el espacio público de la

colonia, son “lugares de encuentro y prácticas colectivas que poseen un significado reconocido y compartido por todos” (Giglia:1995), todos son los que habitan en esa zona, los encuentros y prácticas son normados en función de un acuerdo común y propio de esa zona, tienen que ver con el tiempo y espacio de formación, tiene una historia y memoria particular. Aquí aunque no se hablen, todos se conocen, saben más o menos sus actividades, sus tiempos, sus estilos.

Son calles fuera las que si se construyen de diversidad y posibilidad, a ellas llegan de todos lados y no se condiciona el acceso. Aquí nuevamente hay niveles.

1) La calle a la que dan las pequeñas calles de una colonia, es decir la avenida o calzada principal, a la que salen los habitantes de un mismo barrio para por ella llegar a la calle más afuera, aun no están todos, sólo los de ese lugar de la ciudad, por ella ya pasa el transporte público. Quienes están en ella quizá se han visto algunas veces si coinciden en horario, pero no saben de sus actividades. 2) La calle que comunica no sólo calles de una colonia sino que comunica diferentes colonias, la diversidad aumenta y la posibilidad también, ya no se sabe a ciencia cierta de dónde viene cada uno, rara vez reconocemos alguien en su particularidad, más que personas vemos identidades. No están en ella sólo habitantes de esas colonias que comunican, en ella hay lugares que llaman a otros. 3) Por último la calle que atraviesa toda la ciudad o una parte importante de ella, en ella si no es por casualidad difícilmente conocemos personas y las identidades se multiplican y se vuelven menos claras por los pocos referentes que se tienen, cualquier persona puede ser miembro de cualquier cantidad de lugares según los detalles de su imagen y movimiento, por lo que la categorización es menos particular. A ella no sólo llegan personas o identidades de la ciudad, llegan de provincia y de otros países, de adentros más lejanos. En ella están los grandes establecimientos comerciales, lugares de reunión y espectáculo, grandes edificios de empresas y negocios, grandes parques y plazas. Es esta la calle por excelencia, las magnitudes de su exceso, de su vacío y de sus posibilidades la hacen ser no más de eso.

V. FORMAS DE HABITAR LA CALLE.

FRAGMENTACIÓN DEL TERCER NIVEL.

Vacío, exceso, otredad, posibilidad son las condiciones y los límites de la calle; los niveles de éstos en la encrucijada de sus dimensiones clasifican las interacciones, la clasifican, definen sus extremos y por tanto sus intermedios en relación al adentro-afuera del espacio urbano, de sus sentidos y significados, de la ciudad y su cultura. Como cualquier espacio y lugar, la ciudad existe en el movimiento continuo, propio de cada fragmento y de la relación entre ellos. De alguna forma todos participan en una región común imaginaria de interacción, así es que si yo ahora me detengo en el interior (por tanto en sus relaciones con el exterior) de uno de estos fragmentos observo, en algunas de sus dimensiones, esta región común, una región que participa en la construcción del vacío, del exceso, de la otredad y posibilidades de la calle.

¿Cómo limitar un fragmento del vacío lleno de exceso?, ¿cómo aprehender un fragmento de la casi infinita heterogeneidad?, ¿en qué punto ubicamos las diferencias?, ¿cómo atender a las distancias?. Estas son preguntas que presenta el análisis de la calle y que requieren de un esquema conceptual para ser resueltas, hay múltiples opciones, la mía la he venido mostrando, hacerlo a partir de la fragmentación de un lugar del espacio colectivo, es decir, del movimiento relacional de las identidades en el contexto de la pertenencia y la alteridad.

¿Por qué lo referente a la identidad es un lugar del espacio colectivo? y ¿por qué ver a la fragmentariedad como una estrategia para asumir la ciudad (Aguilar:1995) como una forma de ese espacio colectivo?. Es opción desde que no veo la fragmentación como una disposición de partes que se excluyen y son ajenas, sino como ese juego de relaciones en el que he insistido; aunado a esto no hay que olvidar que el espacio colectivo se fragmenta en múltiples lugares,

tantos como practicas sociales hay en la vida cotidiana, tantos como objetos teóricos han construido las ciencias sociales; uno es el espacio de las identidades, como practica de la vida cotidiana y como objeto teórico, a él atiendo como espacio y a sus lugares.

Responder a esta fragmentariedad "requiere contar con una gama de miradas que abarquen desde lo micro social (psicología de los encuentros y percepciones interpersonales) hasta el análisis sobre la conformación socio-histórica de categorizaciones sobre otros y los efectos de poder que éstas generan." (Aguilar:1995:53). No puede ser de otra forma, las múltiples dimensiones en las que el espacio colectivo sucede así están dadas, se construye de recuerdos, de historia, de motivos, de rencores, de imposiciones, de cercanías, de ideas, de estilos, de grupos, de individuos, de condiciones, de novedades, de utopías; todos estos limitan por sí mismos y en relación los lugares del espacio colectivo, entre ellos la identidad.

La identidad define relaciones a partir de la lucha por ocupar un lugar en el espacio colectivo de la ciudad, una lucha por mantener las diferencias (con objetivos de jerarquía social o de opciones o de alternativa) y con ella la posibilidad, una lucha para que ese lugar y diferencia se muestre, se reconozca y se mantenga. Lucha que es parte de la región común imaginaria de la que hablamos. La relación de los fragmentos es, entonces, de lucha por mantener el sí mismo y la diferencia, hay un lugar donde todos se encuentran y pueden continuarla: la calle, su vacío público se los permite. Participar de ella, observarla, moverse y detenerse con ella, es acceder al espacio colectivo. En los niveles de sus dimensiones, para interpretarla, podemos quedarnos en su generalidad y hacer un análisis de su forma y contenido sin particularizar en interacciones específicas o en alguna forma de la diferencia, abarcarla por sus límites más exteriores; o podemos si particularizar y referirnos a interacciones específicas de sus fragmentos, de las diferencias, es decir abarcarla por sus límites interiores.

En ambos casos se trata de interpretar la forma, los sentidos y significados del espacio público. Yo lo hago al segundo modo, observo, si su generalidad, pero no me quedo en ella, me muevo en la fragmentación de afuera a dentro (en ese sentido) y elijo un lugar, a través del cual veo esa lucha, el juego de relaciones de adentro-afuera, y con ello la región común.

1. LUGAR DEL MOVIMIENTO DE SALIDA.

En el segundo nivel (la ciudad) afirmaba que ubicar los límites al interior y al exterior de la ciudad (de cualquier espacio) permite acceder a su contenido; ubique sus límites, llegue a uno de sus contenidos: la calle; para después ubicar los límites al interior y al exterior de ésta y poder entrar a sus lugares: por la calle, en la calle, de la calle. Me es posible hacerlo utilizando la metáfora del cuerpo humano. Esto es: pensemos a la ciudad como un cuerpo, es decir una entidad con biología, anatomía, piel, interior, sentimientos, deseos, pensamientos, motivos e intenciones, o sea, un espacio con límites, con accesos, con fragmentos, con identidad, con relaciones, con espíritu. La piel es la superficie del cuerpo, es donde comienza el afuera, su límite inmediato exterior e interior, el límite entre el yo y el otro, entre lo que produce confianza por ser propio y lo que amenaza por no pertenecer. Si los límites son la metáfora del espacio que le siguen (no olvidemos que el límite es también un espacio), la imagen de lo que se ve en la piel anuncia el contenido, ella lo forma y lo contiene, ella lo relaciona con otros, con los otros cercanos y ya contenidos y con los otros lejanos y excluidos, en ella se escriben los mensajes para esos otros en comunicación constante con el cuerpo que limita, puede mostrarse cubierta y negar el acceso o abrir posibilidades que permitan llegar a lo más profundo. La piel funciona como texto, en ella se escribe de formas diversas: se viste, se adorna, se forman curvas, se pinta, algunas permiten tatuarse; el contorno que dibuja juega con la luz y produce sombras. La ciudad como cuerpo encuentra su piel en la calle, ella es su

metáfora, su límite, anuncia su contenido, la forma, la contiene, la relaciona, la comunica, y en ella escribe.

En la piel, el cuerpo tiene esquinas, caminos anchos y angostos, avenidas principales que pueden ser recorridos por distintas miradas, con distintos objetivos y fines, algunos sólo pasan con una mirada o un pequeño rose, otros se detienen pero luego se van, otros más se quedan y la habitan; aun la diferencia de estas formas no se pierde ni se confunde, cada parte mantiene su mismidad vigilando no confundirse con ninguna otra, sabiendo que son parte del mismo cuerpo. Esta vigilancia por partes le permite al cuerpo entero también conservar y establecer sus diferencias y distancias, no confundirse con los demás y reconocer y diferenciar a los que miran, a los que se detienen y a los que se quedan. El cuerpo tiene partes públicas en la piel, en la superficie, tiene también regiones intermedias antes de llegar a lo más privado, podemos pensar en la avenida principal de nuestro cuerpo y al resto moviéndose por niveles de público y privado, niveles hacia adentro.

Es la superficie el lugar de la experiencia límite, es el límite de todos los adentro-afuera que construyen el espacio, donde está la piel termina el yo, la subjetividad, lo propio, lo concreto, lo posible, lo último de lo profundo, la verdad, las respuestas, la confianza, la certidumbre; terminan ahí donde empiezan (con distintas formas de intermedios) el otro, lo objetivo, lo impropio, lo ambiguo, lo imposible, la superficie misma, la apariencia, las evasiones, las amenazas, la incertidumbre. Se trata de la experiencia de pasar, de salir y entrar, cada una de estas experiencias se comienzan a vivir de forma distinta, el adentro se da cuenta del afuera que lo forma: el yo se afirma en el encuentro de y con los otros, la objetividad de fuera no es más que una subjetividad ponderada (moderada, discreta), lo propio se afirma, la ambigüedad tiene sus formas de concreción, las apariencias son resonancia de la verdad. Cada actor, cada persona, cada objetivo, cada motivo, cada intención debe tener su forma de pasar el límite y no

perderse en la confusión de su propio adentro con el afuera de los adentros de otros, debe sobrevivir a ese movimiento y a las condiciones de cada espacio al que accede a partir de éste. Sobrevivir, es decir, no perderse, mantenerse y en todo caso adaptarse para construir lo propio de cada lugar, por supuesto del lugar apropiado y de algún otro que desee acceder y apropiarse.

La sobrevivencia en la calle, en el espacio público es la que se da en medio del tráfico de personas, de identidades, de motivos, de intenciones, de autos, de señales, de imágenes; cada uno de sus actores con su espacio propio sobrevive en la búsqueda por cumplir su objetivo, se trata pues de sobrevivir al movimiento. Estar en la calle es adaptarse a cada circunstancia, cada forma con un tiempo distinto, de tal suerte que puedan estar de paso, detenidos o en permanencia; se trata de acceder, de apropiar, de luchar en relación a las dimensiones en que cada uno usa la calle. Algunos sobreviven al movimiento de salida con no perder los límites de su interior, otros lo hacen logrando su objetivo: entrar de nuevo, otros con ambas cosas, otros con que sea la calle una alternativa de estar detenidos en un adentro propio y momentáneo, otros obteniendo de ella lo necesario para estar en permanencia (estar como tener un lugar físico y simbólico). Todos de algún modo por estar en el límite muestran su contenido, su identidad, sin embargo no todos están de la misma forma, para los que van de paso el límite es el más externo, el contenido que muestran no permite particularizar están completamente en la superficie, los que se detienen por momentos, justo por detenerse muestran más y se particularizan, los que se detienen en la permanencia se muestran concretos y precisos, su identidad esta toda en el límite. Así es mi movimiento, el de este trabajo, para hablar del paso por la calle voy de paso, observo los camuflajes o velos de la subjetividad, es decir la superficie que se encuentra en las miradas, y como pretendo quedarme fuera no entro con ellos, sólo hasta donde su afuera lo permite; para hablar de aquellos que se detienen por momentos en la calle me detengo en sus momentos que están fuera, momentos que ahí les permite ser (para sí mismos y para los

otros) adentro más accesibles y precisos, afuera se muestran más adentro; y para hablar de los hombres de la calle me quedo en la permanencia fuera, esa permanencia que en la superficie los hace el adentro-afuera más profundo a la vez que más incierto.

2. NIVELES DE OTREDAD, DE EXCESO Y POSIBILIDAD.

Lugar común, el afuera de la ciudad dentro, existe fuera y dentro a un mismo tiempo: la calle. Como espacio se define con su uso, en éste parte de sus límites, y está en la gente, intento aquí reconstruir uno de los múltiples usos, una de esa gente, por lo tanto un lugar de lo común con límites propios.

Si vemos a la calle en su existencia física, intentémoslo por un momento, es un exterior lineal e indiferente, funciona como camino, sucede como el alrededor del espacio en donde sí se permiten los encuentros y las intenciones subjetivas, el espacio privado. Afortunadamente la calle no es eso, posee espíritu y aunque en lo físico sea lineal, permite el juego simbólico de sus verticales, horizontales, círculos, diagonales, interrupciones; además de que reconocemos su existencia material hecha de asfalto, distribuida y funcional, dándole un carácter de constancia, sabemos que sus usos y funciones se modifican, percibimos los cambios, su significado se transforma o coexisten en ella diversos significados siendo símbolo de diversas cosas. Simboliza caos, movimiento, anonimato, velocidad, manifestación, alternativas, sobrevivencia, tolerancia, privados, multitudes, diversidad; cada voz, cada actor, cada experiencia expresa algo. Estas practicas poseen significados compartidos, aunque no siempre valorados de igual manera. De ahí su doble sentido, no sólo el que permite la circulación de los automóviles y de los transeúntes, sino el que se da entre la calle física y las situaciones sociales, entre sus medidas y los acontecimientos por los que se miden, donde se cruzan los sucesos y los procesos formando el rostro y personalidad con los que sucede; ahí donde personalmente nos cubrimos con un

velo para conformar la escena pública, estableciendo un juego (con participantes, reglas, ganadores, premios y castigos) en el que participan el suceder personal y privado y el suceso colectivo y público.

En la calle, en el suceso público, participan diversos actores. Algunos pasan por él sólo para llegar a otro lado, no se detienen, puedo llamarlos actores *por la calle*, son de dentro sólo salen para llegar a otro adentro, afuera están manteniendo la diferencia, la objetividad, en medio de la vastedad e incertidumbre que forman; otros se detienen pero no se quedan, actores *en la calle*, se detienen en el afuera, pero en algún momento vuelven a entrar, son el espacio intermedio entre ir de paso y la permanencia constante; finalmente los que salen para quedarse y permanecer en todas sus dimensiones, son hombres de afuera, actores *de la calle*, ahí donde encuentro el afuera-adentro más excluido e incluido a la vez, en el espacio de la vastedad construyen su precisión. Es ésta la fragmentación de la gente que está en la calle, al interior de cada fragmento hay divisiones, distancias, lugares, es decir, identidades. Cada uno, por sus objetivos, responde de manera distinta a las normas generales establecidas para los lugares públicos, a las normas, de reserva y decoro; establece con distintas formas de relacionarse con éstas, sus normas y usos particulares. En este trabajo voy saliendo por los fragmentos, mi objetivo es llegar fuera, llegue en el tercer nivel a la calle, entro a sus fragmentos para llegar más afuera a los de la calle.

2.1 Por la calle.

Los hombres por la calle son los que pasan sin detenerse, cualquiera que salga de algún lugar privado para dirigirse a otro, adquiere esta calidad, es pues la parte más pública, por tanto común y accesible de la calle. Por una misma calle pasan representantes de cualquier identidad particular, pasan y se la llevan formando la identidad del movimiento y la pluralidad, la diversidad es la única constancia. Aquí casi nadie tiene calidad de intruso, todos muestran apariencias

normales, a menos que posea una característica notoriamente diferente y signifique una situación de alarma se distingue de los que van de paso.

La calle que estos actores forman, no asigna territorios de ella misma, su territorio es de todos y de nadie, no importa ni se requiere de apropiarlo pues sólo se está de paso. Tampoco asigna lugares de atención, pero da otro derecho "el derecho de ser desatendido y asignárselo a todos." (Joseph:1988:46).

Son ellos los que se mantienen más en la superficie, se entra a la calle sólo con la parte que garantice la función práctica, para ello no se requiere de profundidades, sino de reservas, aunque otros puedan atribuir o creer que acceden por atribuciones (las atribuciones no sólo se forman de juicios errados, pueden contener aciertos y constituirse en certezas para quien atribuye y para quien se le atribuye) a los interiores que limita su rostro y su movimiento. Atribución que surge a la vez que hace de esta calle el lugar de las relaciones sin elementos concretos, las identidades se relacionan en la superficie de su espacio, las precisiones serían imposibles sobre todo si el objetivo es práctico, no hay tiempo para precisar en la multiplicidad de formas particulares de cada identidad, entonces se construye una forma común. El movimiento y la vastedad pareciera que desdibuja los detalles, los límites particulares, los fragmentos formando la generalidad, la identidad colectiva de los que van de paso.

Es por esta razón que se cree que la calle de la ciudad es el lugar del anonimato y de la tolerancia, los argumentos de esta creencia se refieren a la practicidad y velocidad del movimiento con el que se construye, los cuales no permiten conocimiento detallado ni censura, no hay tiempo para ello. Sin embargo el anonimato y la tolerancia son parte de esta calle hasta cierto punto, se trata de un anonimato y tolerancia sutiles.

Sutiles pues la calle permite el camuflaje casi sin riesgo de ser descubierto en la mirada del otro, además de que esta mirada no se detiene pues sólo ve rostros normales, se detendría ante "situaciones de alarma". La cercanía y la comunicación constante que supone el espacio privado permite conocer de cierta forma a las personas, se trata de un conocimiento privado; la mirada, el pasar a lado de alguien por la calle supone un tipo de interacción con información de los participantes, se trata de un conocimiento público; es en efecto una interacción de lecturas de límites exteriores (que puede volverse ventajosa o lamentable según los objetivos de cada uno, no así para todos). El límite de cualquier espacio se lee descubriendo o descifrando sentidos o se hace con certezas en sentidos ya conocidos y cristalizados, por tanto esa lectura puede tratarse de textos manifiestos o conocidos o nunca antes vistos o secretos. En la calle de paso el desciframiento y descubrimiento es lo menos practicado entre sus actores, pues por el objetivo del pasar, difícilmente se da tiempo a ello y entonces hay otra opción en caso de no reconocer: la evasión de las particularidades y confundirlo con el todo. La multiplicidad de formas que permite la modernidad, hacen que incluso excentricidades pasen sin detenerse, siempre y cuando ellas también pasen y no se salgan del límite de la norma. El poco o nulo tiempo a las particularidades, no excluye los prejuicios, los señalamientos, las miradas de censura, los acuerdos, la simpatía, las correspondencias, las afinidades, todas de paso, momentáneas. No hay más que hacer, pues los hombres por la calle no tienen, ninguno, más derecho que la mirada y por su lógica practica lo utilizan priorizando ese objetivo practico⁸. No se trata de la ausencia de interacción o de

⁸Aunque todos son capaces de mirar varias cosas a la vez y hacerlo con distintos objetivos siempre y cuando no entorpezca o imposibilite llegar al lugar destino: ir por la calle, de la casa al trabajo, mirando y abriendo camino, caminar hacia la parada del microbús seleccionando cual es el que nos lleva a nuestro destino, ir del banco a la oficina o a comer no impide que de paso se lean los anuncios publicitarios, se vean los nuevos temas de las revistas o la noticia principal de los diarios, se admire la belleza de una o unas mujeres que también pasan.

la pérdida de relaciones con significado, sino que se trata de un tipo especial de interacción, que no por estar en la superficie no existe, las miradas son su base.⁹

“El espacio público no es el espacio de la intersubjetividad. Hay que subrayar, en efecto, tres puntos importantes: primero, en la reciprocidad inmediata, lo que está en juego son experiencias y no conciencias; segundo, esta reciprocidad está siempre segmentada, inscrita en un espacio-tiempo definido; y tercero, la reciprocidad es pragmática, presupone un juego de apariencias concertadas y no una lógica de la identidad y del reconocimiento.” (Joseph:1988:53).

El sentido de las relaciones sucede ahí, en la superficie, y es una forma particular del espacio colectivo construido aquí en un juego sutil de individuos y colectividad, que aunque sea de paso no es en ningún momento lineal, sino que también forma la telaraña del adentro-afuera, tiene fragmentos y un todo, cada individuo conserva su calidad de espacio en sí mismo, en el movimiento no pierde su esencia, a la vez que construye la generalidad de momentos pasajeros y repetidos a cada paso.

La superficie es un espacio, por lo tanto tiene definidos su adentro y su afuera y las cualidades que pertenecen a cada uno; lo digo de otra forma, la lectura del límite exterior de los que van de paso con y por la superficie, de las identidades de los hombres por la calle, define con ello su espacio, igual que cualquier otro establece las normas, los usos y los significados del adentro y del afuera.

En este espacio el estar ahí se establece en dos sentidos y se adquiere fácilmente. Primero, sólo hay que salir de algún lugar físico privado con el objetivo de llegar a otro y se está por la calle, no están, es decir se quedan fuera, los que no han salido o los que no van de paso. Segundo, estar dentro de la calle de paso supone y asigna un lugar del espacio colectivo, es decir una identidad, un modo

⁹En la definición de espacio señalaba la participación de los sentidos en la forma que diferentes culturas tienen para habitarlo y medirlo; pensemos en los sentidos no sólo en relación a las culturas, sino como formas de limitar cualquier espacio. Así el espacio público en general y la calle de este apartado en particular, son espacios de la vista, a través de ella se relacionan sus actores, ella es el único lugar para encontrar intenciones, para medir distancias, para mostrar sentimientos.

particular de participar de ese espacio, es un estar dentro de algún lugar simbólico referido a su lugar físico común. Por ejemplo, caminar por una avenida principal, digamos el Eje Central, es ir entre gente de diferentes colonias o barrios o de la ciudad, gente de Neza, de Polanco, de Santa Fe, del Centro, todos van por la calle, ahí están, además de que su lugar es de la colonia donde viven, lugar que se construye de clase social, de cultura, de formas de vestir, de hablar; es ir también entre estudiantes, oficinistas, obreros, funcionarios, chavos “dark”, “fresas”. La segunda forma del estar que asigna el por la calle, son los fragmentos de ese espacio, sin embargo aquí los fragmentos van también de paso y no se precisan, quedan dentro de la generalidad del pasar, el otro está difuminado, no hay tiempo de precisar.

A este espacio se entra con la parte pública del lugar propio, de nuestro cuerpo, de nuestra persona, de nuestra identidad; la parte privada quizá no se deje en otro lado, puede llevarse consigo siempre y cuando no se ponga en riesgo, este reservada para cuando se entre. Se pasa por la calle estando triste o muy feliz o indiferente o enojado y los otros a su paso lo ven, pero por ir de paso no se detienen más que quizá en pensamiento, aunque nunca sepan el motivo. Lo que los hace semejantes, más allá de sentimientos particulares, es el ir de paso, el relacionarse con superficies, el sólo mirar, por eso es que pertenecen. Esta pertenencia se construye en el juego de subjetividades -por el adentro particular de cada uno que no siempre se puede quedar ahí y por algún lugar sale y por la interacción de miradas- y de objetividades -por el fin y estrategia práctica de llegar- que significan el ir de paso; quienes así se mueven son conocidos en esta forma de la calle, entre ellos no se impiden el paso, respetan las normas de velocidad, de direcciones, de tiempos, de miradas, los que no, quedan fuera. Parece difícil dejar fuera de la vastedad y el exceso a alguien, sin embargo se puede justo porque no participe de la misma forma y con el mismo ritmo en esa vastedad y exceso.

La cercanía física que a veces supone el pasar por las banquetas o por el transporte público (como extensión de esta calle), no significa para este tipo de usuarios de la calle, cercanía en todos los sentidos: la distancia se establece en otra dimensión, en el desconocimiento preciso del interior que limita la superficie de cada persona, en volverlo cada uno imposible y cerrado a través de evasión y de indiferencia.

Los hombres por la calle son, aun estando afuera físicamente, de adentro, afuera no se permiten la proximidad subjetiva al modo del interior ni detenerse o responder más allá de la superficie, a menos que haya un acuerdo de miradas para que ahí, en el espacio público, se pase de la frontera, entonces comienzan a abandonar su calidad de paso para adquirir el nivel siguiente y estar en la calle, comenzar a detenerse. Antes de hacerlo le ceden la calle al movimiento, al tráfico, ellos deben moverse al ritmo, suceden con el tráfico, se forman, por tanto su forma de sobrevivir es no salirse de él; no se trata de abandonarse a la voluntad de los otros que imponen la velocidad y el ritmo, pues la intención y motivo de cada uno no se pierden sino al contrario por ello se cumplen.

Esta calle existe de día, cuando comienza la noche y se ilumina la ciudad con luz artificial, el paso por la calle debe concluir, debe terminar en algún adentro. “Los ancianos, los casados, las personas con hogares sólidos, a esta hora desaparecen de la calle...” (Berman:1988:202) y con ellos todo lo que les permitía el paso: el tráfico de personas, de autos, del transporte público.

2.2 En la calle.

Esta es la calle de fragmentos ya limitados con cierta detención como alternativas momentáneas del espacio dentro; cada fragmento se limita según de qué adentro sea alternativa. Desde la espera como el uso más corto en tiempo de esa alternativa hasta la economía informal como una alternativa constante son parte de los de en la calle, en ese sentido van saliendo, se van acercando a los de la

calle. En la calle se construye como un lugar que no es sólo medio, comienza a ser fin; un lugar al que se llega y no sólo se pasa.

2.2.1 *La espera.*

La primer forma de estar en la calle, primera por estar tan cerca del estar de paso, es la espera, por supuesto la que se hace en la calle y no en los lugares privados. Se espera en las esquinas, en la salida o entrada de alguna estación del metro o de algún lugar de reunión, es decir en la banqueta, lugares donde se está un poco a lado del tráfico, éste mira a quien espera por estar detenido pero no lo detiene. Puede saberse quién esta esperando pero no a quién ni para qué, es por eso que siguen dentro, continúan en relación directa a lo privado aun estando en lo público; si alguien comparte el lugar de la espera, pueden enterarse uno de otro, de la primera parte y suponer la segunda. Cuando la espera concluye en encuentro, ya no se trata sólo de la superficie de individuos sino de una relación, es un otro formado de la intención de más de uno con el mismo contenido, no es ya la intención compartida por todos los del movimiento, sino la de unos pocos que esperan encontrar específicamente a alguien.

2.2.2 *Parques y plazas.*

Los parques y las plazas son el siguiente lugar para detenerse, se está más lejos del tráfico sin dejar de estar en la calle, son una alternativa pública de socialidad más precisa, ahí si es posible establecer con mayor precisión y certeza los límites de las identidades, las diferencias son más accesibles.

Si vamos por la calle del tráfico se puede salir y entrar a la calle particular de este detenerse. Se trata pues ya de un espacio limitado y menos público, es decir, menos vasto y ambiguo. Ahí se precisa sobre sus usos, sus normas y sus significados, adquiere la calidad de lugar de reunión y encuentro, de lugar de interacción y reconocimiento, la reciprocidad ya no es sólo practica, sino que incluye, además de ésta, el compartir interpretaciones, emociones, propósitos y

motivos, sin que llegue a tener la misma esencia para todos, los otros aun son demasiados.

El estar ahí dentro de los límites físicos de la plaza o el parque es más permanente y el tener un lugar, una identidad, por ese estar ahí y el lugar propio de cada uno, permite que los supuestos en los que se basa la calle de paso se desvanezcan un poco, que la interacción no sea sólo de miradas pasajeras. Aquí se trata también de miradas, la vista sigue guiando, pero no pasajeras, además de que por estar detenidos dentro de límites físicos las distancias, el espacio ya incluye oír al otro, otro que no siempre es una persona, sino relaciones en su frontera exterior precisas: amigos, familia, parejas, enamorados; incluso un observador más detenido puede acceder, a través de ver y oír, por supuestos y certezas, a lugares que están después de esta superficie. Por lo tanto su estar en la calle es detenido y los otros se precisan, se trata ya de un espacio donde comienzan las relaciones de identidad y reconocimiento, de intersubjetividad.

2.2.3 Marchas y plantones.

En este movimiento de salida continúan los que además de tener un espacio de socialidad, encuentran en la calle un espacio político. Es decir a la calle salen con movimiento organizado y común, es la calle de las manifestaciones, de los plantones, de los mítines, de la protesta pública, ese es el espacio de una identidad ya reconocida por todos los que las sabemos, ya con un contexto específico, desde adentro. Tienen un lugar en tiempo-espacio que se precisa por sus motivos e intenciones en el momento en que las hacen públicas, con éstos se apropian de la calle quitándosela al tráfico, al ir de paso sin detenerse, a las situaciones de miradas pasajeras. Las condiciones de su adentro y del afuera de la ciudad, les dan las posibilidades de apropiarse de la calle con un espacio simbólico concreto que establece distancias y diferencias.

Forman una identidad con un adentro muy preciso en relación a los límites de todo su espacio, el de la protesta pública, y en relación a sus fragmentos: los “campesinos”, los “barsonistas”, los “maestros”, los “rechazados”, la “unión de colonos”, la “unión de comerciantes hijos”, los del “frente Francisco Villa”...

Se detienen con un objetivo, que no incluye el permanecer, en algún momento, una vez que tengan respuesta, se van, regresan. Se van cediendo el espacio simbólico de la protesta pública a otra marcha o a otro plantón, su base material, la calle física, la dejan nuevamente al tráfico.

Un adentro que las mira y no siempre puede ser de paso es la calle de paso, de los que no se detienen, la estancia momentánea de alguna marcha o plantón en la calle les impide el paso; por compartir el mismo espacio físico, en la calle entorpece el por la calle.

Comienza con esta forma de estar, la lucha de los extremos, los que fluyen según el uso normal de la calle contra los que impiden o alteran esta normalidad, mientras los segundos se mantienen buscando legitimar con sus motivos su salida, buscan que la calidad de fuera que posee la calle los mantenga aun la contraposición de sus efectos en ella: por un lado la calle, por ser pública y accesible a todos, no les impide estar a la forma de protesta en ella, de hecho es lo que les ofrece, son las condiciones que hacen posible su movimiento; por otro, ese estar fuera es el mismo que los hace perder legitimidad, que su espacio se vea como discontinuo, como un elemento que altera y contradice los intentos por mantener todo dentro de la normal y legítimo. Sin embargo algún contenido de su adentro no es continuo: falta de luz, de pavimento, de presupuesto, de salario, de justicia, de terreno; falta de lo que el espacio urbano promete. Ese contenido marca un corte que los obliga a salir, en este caso, para publicar su protesta con una doble intención: ser escuchados por quienes podrían dar solución y con el

estar fuera obtener una solución rápida; su objetivo es regresar, hacerlo a un lugar completo que puedan habitar.

2.2.4 Comercio semifijo.

Hay quienes también se detienen y luego se van, pero no ceden su espacio, ellos regresan al mismo lugar: los vendedores ambulantes o comercio callejero. Son ellos una forma dentro de la calle, tienen un lugar apropiado y en relación a él uno asignado, que no siempre reconocido, es una forma que usa transformando la calle en lugar de comercio, puede estar dentro de las plazas y los parques, a un lado o en medio de la calle de paso y de la protesta.

Su permanencia les permite constituir significados y funciones propios, más allá de ver a la calle como un lugar físico con el sentido inicial de alternativa económica, constituye para el “comercio callejero” o “vendedores ambulantes” un espacio con una dimensión simbólica precisa, por lo que es posible que existan esas identidades precisas, el otro y sus relaciones también se precisan. Su presencia en la calle es pues el movimiento de entrada al afuera de la ciudad, a su superficie, mientras ellos se salen de las normas de uso y de las formas privadas que éstas suponen.

La identidad se precisa en relación a los límites del espacio que el comercio callejero constituye como un todo y en relación a los fragmentos que pueden definirse por las diferencias socioeconómicas de las personas que venden en la calle, las formas de uso de la calle, las formas de organización, lo que venden, la zona de la ciudad. Se constituyen, entonces, con límites más concretos y accesibles, como lugar en la calle, como espacio en sí mismo y con fragmentos.

En ellos comienza (aquí en este trabajo) el movimiento de salida que significa estar en la calle. Su presencia supone cortes en algún adentro continuo que motiva la salida en diversas dimensiones: física, social, económica, política. La

calle como alternativa económica no es un uso asignado de acuerdo al espacio de la ciudad en general y a la calle en particular, sin embargo es una alternativa de sobrevivencia económica, y de ahí derivan formas de socialidad, significados. ¿Cuáles son los motivos que forman este espacio?, ¿de quién es alternativa?, ¿cuáles son los cortes?, ¿de dónde salen?:

“La persistencia y crecimiento del comercio ambulante tienen relación indiscutible con la pérdida de fuentes de empleo en el llamado ‘sector formal de la economía’ (...) y con el deterioro salarial (...). La expulsión de campesinos hacia las ciudades, la carencia de oportunidades de educación y el alto índice de deserción escolar también aparecen vinculadas al crecimiento del comercio en vía pública. Un muestreo realizado por el DDF entre los comerciantes callejeros del Centro Histórico señala que 49% arribaron por falta de recursos económicos, 25% por falta de trabajo, 8.7% para lograr un ingreso adicional o mejorar el tenían, y 6.7% por falta de estudios.” (Reyes:1992:55).

Se trata pues de un movimiento de salida para permanecer afuera, un afuera que contradice al adentro que debe ser para el espacio social; el afuera de la ciudad se junta con el afuera de éste. Ese adentro es el ‘sector formal de la economía’, que los campesinos encuentren trabajo en su lugar, oportunidades de estudio, continuidad escolar, empleo. El corte en estas condiciones y posibilidades es lo que motiva la salida y que el comercio callejero sea un elemento dentro de la ciudad relacionado siempre con esos cortes, por lo que surgen valoraciones al respecto.

El comercio callejero existe en la ciudad con la calidad de afuera pues representa la contraparte del realizado en los establecimientos que contratan a sus empleados, por tanto perciben un salario. Esta situación tiene referente en la historia de la ciudad, desde el siglo XIX los comerciantes ambulantes eran censurados y perseguidos para quitarlos de las calles.

“Trabajar en la calle, utilizarla como extensión del taller, o como mercado, estaba explícitamente prohibido por el reglamento de policía, mostrando así que se trataba de una práctica común que se quería desterrar. Con este fin, los agentes o guardias diurnos deberían evitar que los artesanos hicieran [...] algunas operaciones de su arte en las banquetas,

ni en la calle; así es que ni los carpinteros, hojalateros, pintores, harán lumbradas en la calle, no los que fabrican muebles los pintaran fuera de su taller, no los expondrán al sol en las banquetas, calles, plazuelas, etcétera, ni los talabarteros expenderán sus artículos en estos sitios con pretexto de que se sequen. Esta prevención se tomará siempre con toda latitud, y a ningún taller le es permitido estorbar las vías públicas con ningún objeto.' (Reglamento...1872: 38-39)" (Illades:1996:51-52).

Siguen siendo muchos y continuos los intentos de los de dentro por eliminar el comercio callejero, lo que genera una lucha de sobrevivencia dirigida a permanecer y garantizar las condiciones económicas en los de fuera, se trata de una lucha colectiva por la calle, una lucha, un desafío por convertirla en adentro legitimo y justificado. Mientras tanto se siguen construyendo plazas comerciales a donde se mete a los comerciantes semifijos y ambulantes, aunque ellos se vuelvan a salir, pues lo que garantiza su venta es la calle de paso, meterlos los deja fuera de ella, de la condición material para lograr su objetivo, a pesar de su deseo constante de ya no ser comerciantes callejeros o ambulantes; *si o sea está bien que nos construyan y eso, nos dejan de ver mal por estar en la calle, se acaban las broncas con los establecidos, los granaderos dejan de fregar, pero y qué adentro no pasa la gente y entonces a quién le vendemos, nos tenemos que salir otra vez,... ni modo allá adentro están los locales bonitos y tienes hasta donde recargarte, no te da el sol ni el smog, pero cómo le hacemos... si es cierto eso de que así la gente no va a dudar de la calidad y la procedencia de las cosas, ya vez que luego dicen que pura cosa chafa o que hasta robada, pero y qué que no dude si la gente va corriendo, aquí en la calle quién se va a detener para meterse a una plaza donde no sabe ni lo que hay, si andan buscando algo se van a ir a los comercios grandes y eso, bueno otra cosa si la plaza está en el centro la gente va a eso, a comprar y entonces se da chance de detenerse a ver que onda con las plazas, hay gente que si busca más barato, pero pues no es lo mismo, lo bueno es estar en la calle, aunque pues todos quisiéramos ya meternos, pero pues no se resuelve o es una o es la otra, mientras hay que seguir con la bronca de estar acá afuera.*

Su espacio es de por sí ilegítimo, no existe reglamentado el uso de la calle para el comercio; su lucha entonces es ilegítima por ser parte del mismo espacio donde y por el que sucede. Su lucha por hacer afuera un espacio comercial de adentro: con un lugar físico legítimo, que la mercancía no se piense robada o pirata o de mala calidad. Es una lucha constante por *usar la calle, estamos trabajando, la calle es de todos ¿o no?, dijéramos estamos haciendo algo malo, pero no, entonces podemos escoger un lugar y vender, escoger una buena calle y quedarnos*; ahí uno de los significados compartidos a partir de apropiarse la calle física y así constituir la calle simbólica, compartir que se vuelve constante y constituye la vida cotidiana de estos actores en la calle.

Se trata de una lucha colectiva formada de un motivo general: no hay posibilidades de establecerse; y de una intención general: vender en la calle como una opción económica; además de los motivos particulares de cada uno de los vendedores. El objetivo es mantenerla como alternativa a pesar de la reglamentación del uso de la calle y de los perjuicios que causa al comercio establecido.

En el siglo XIX era alternativa económica para los artesanos (zapateros, herreros, escultores, dulceros) que no vendían en sus talleres o estaban muy escondidos lejos del paso de la gente o el taller era muy pequeño y necesitaban extenderlo a la banqueta o hasta la calle. Ahora es alternativa casi para cualquiera que encuentre un lugar en la calle (antes bastaba con salir y caminar con su producto o establecerse en alguna esquina, ahora la calle del comercio ya está repartida y para muchos se acabó) y tener algo que vender. Poco es ahora alternativa para los oficios, pues algunos oficios se han establecido en la calles y dejan de tener la calidad de fuera, de comercio callejero: los boleros, herreros, zapateros, han logrado establecerse en alguna parte de la banqueta. Ya son pocos los boleros o zapateros o afiladores que pasan por las calle ofreciendo sus servicios, comercios establecidos que ofrezcan esos servicios abundan. Todavía hay colonias donde el

afilador, o el herrero incluso el viejito zapatero, pasan a veces, pero les damos las cosas nada más por tradición porque pues ya con tanta cosa que hay en los comercios y los super los llevamos allá y queda mejor, antes porque estaba lejos el lugar donde lo hacían y era necesario que lo trajeran, pero ahora ya esta aquí a la vuelta, además ellos, los callejeros, bueno los que pasan aquí gritando y esas cosas, como lo hacen a mano, a la antigüita, cobran más caro, luego si queda bien y el gusto de hacerlo como antes pero pues ya no; los oficios ambulantes existen en la calle de las colonias no en las grandes avenidas, ahí está el comercio de objetos, los servicios ya se metieron, se metieron a comercios establecidos o a las calles de adentro de la ciudad.

Pocas cosas son estables en el comercio callejero, de inicio la calle es alternativa, después continua construyéndose de múltiples opciones para que lo siga siendo. Un elemento estable dentro de la vida cotidiana que forman al estar vendiendo en la calle es el saber cual es una buena calle y como apropiársela; comparten el espacio con los que van de paso, con los que esperan, con los que llegan a las plazas y parques, con los que se manifiestan (parte del exceso, posibilidades y otredad de la calle), ellos hacen buena a la calle con sólo pasar siempre y cuando los comerciantes interrumpen su paso con la compra de alguno de sus objetos. Por lo tanto esta calle está diferenciada y repartida por jerarquías de venta, se trazan líneas imaginarias que forman regiones con significados y valoraciones. No es lo mismo una calle pequeña por donde pasan pocos que una calle que está en medio del paso, una misma calle se divide por la mejor zona, aquella que *les agarra de paso* y la que no es tanto porque no obliga el paso; no es lo mismo la plaza o el parque donde se entra y se detienen. Se reparte en función de sus reglas establecidas: el tiempo que llevan por ahí vendiendo, su relación con el que organiza, quien llegue más temprano, quien no ha faltado.

A veces me pongo allá, pero llego otro señor que dice ya tener tiempo ahí y me quito, ni modo allá me iba mejor porque pasa más gente, como está más cerca de

donde pasan, acá ya no se meten tanto y entonces -es necesario- el letrero y esas cosas, pero en la calle siempre hay un cachito para todos, bueno para los que ya estamos en esto, para otro si ya no hay, aunque no siempre pasa la misma gente de todas maneras pasan.

Comparten la calle donde venden, el tiempo de venta y, por supuesto, la actividad de vender, eso les permite constituirse como un lugar y decir los otros y nosotros, los que pasan; afuera de la ciudad, en la calle constituyen un adentro, se hacen precisos al compartir usos, normas, significados como límites de su espacio simbólico, de su lugar dentro del espacio colectivo. Compartir también la inestabilidad del estar en la calle, *es que hay que saberle, no siempre se vende lo mismo, de repente compras papelería y dos tres días se vende, pero al cuarto ya no y cámbiale, lo que te quedó lo guardas para después o para el año que entra, aquí le arriesgas, cuando te va bien te va bien, cuando no, para nada sale, ahorita estoy vendiendo este aparato (un instrumento para hacer ejercicio) que porque sale en la tele la gente pasa y pues ya lo vio y se detiene, pero al rato ya ni quién lo vea, entonces le metes chocolates o ropa y así te la llevas.*

Los comerciantes semifijos saben que están vendiendo en la calle y que eso no siempre les garantiza el reconocimiento en su producto, en el precio y en ellos mismos; pero cuidan no confundirse con los que están más afuera *es que esos sí quién sabe de donde traen cosas andan nada más de un lado a otro y nosotros bien o mal cuidamos que el lugar se vea bien y las cosas acomodadas y bien hechas, cosas que tengan la etiqueta para que pues se vea que el asunto es decente, luego ellos hasta al vicio, yo no digo que acá no le hagamos o le hagan unos pero pues no todos menos si estamos vendiendo, además luego ni se fijan en que las cosas tengan la etiqueta, luego hasta sucio lo traen, les preocupa ser confundidos, entonces marcan sus fronteras diciendo lo bueno de ellos y lo malo de los otros, definirse positivamente y garantizar un lugar reconocido. En el comercio callejero del siglo XIX, para los artesanos*

“aunque su condición económica y la situación de desempleado o subempleado aproximaba al artesano con el vago, el hecho de que el primero poseyera calificación y posición social establecía para los artesanos una línea de separación entre unos y otros... 'desde el momento en que el hombre abandona el trabajo para entregarse al vicio de la embriaguez, el juego u otros, pierde el derecho al honroso nombre de artesano y se hace acreedor al de vago [...] situación por la que no es ni puede[n] ser un sinónimo las palabras artesano y vago'¹⁰.” (Illades:1996:54).

2.2.5 Vendedores de crucero.

Las calles por donde circulan los autos, se forman de los autos, es decir del vehículo y de quien lo conduce, de sus tiempos, de sus motivos, de sus posibilidades, se forma también del alto y el siga del semáforo, estos dos elementos hacen otro, los vendedores de crucero, aquellos que usan esta calle para vender algún producto de fácil adquisición, fácil por el tamaño, el costo y el uso, puede ser desde *chicles, dulces, nieves, rosas, cepillos, sombras, cualquier colguijo, lo que salga, que se venda, que les llame la atención así de pronto y no cueste mucho, pues si no no compran, depende de la temporada o del clima así hay que irle viendo.*

Como los comerciantes semifijos, los vendedores de crucero definen sus límites por el movimiento de salida que los lleva a estar fuera de los mejores adentros, *o sea si está bien trabajar en un lugar estable, con salario y horario y esas cosas, bien o mal ganas seguro y tienes que llevar a tu casa, pero no se puede, si no los corrieron, no tienen papeles o no han estudiado o como yo de plano no nos gusta estar así que con horario y así como que no te mueves; lo malo es que luego la gente nos ve feo y no compran, pero pues qué la calle es libre y no estamos perjudicándolos, si ellos tienen trabajo y así que bueno, si nos quieren comprar*

¹⁰Testimonio de un miembro de la agrupación de sastres que apareció publicado en *El amigo del pueblo* en 1869, citado por el autor del texto.

bien si no ya será otro. El salario y el horario implican estabilidad, temporal y espacialmente, saben que ese es el adentro mejor reconocido, sin embargo tienen motivos para no estar ahí, no tienen las posibilidades para acceder o no las tuvieron para permanecer y entonces salen a donde el acceso es libre, a la calle, libertad que la convierte en alternativa, una alternativa no siempre aceptada ni legítima.

Ellos a diferencia del comercio semifijo no tienen que pelear por una región física y específica de la calle, se apropian de los cruceros *si no es este nos vamos a otro, cruceros buenos por donde quiera, lo malo es que la gente como que no nos quiere, no sé, piensan que les vendemos cosas chafas o robadas o piratas o más caro o que les vamos a robar, y luego cómo nos encuentran, aunque ya saben que casi siempre estamos aquí no es seguro, eso es lo malo;* carros y semáforos los encuentran fácil, son sus condiciones materiales, en cambio las condiciones que les dan posibilidades de cumplir su objetivo, también material, de vender tienen que ver con elementos de un lugar reconocido en relación a la calidad del producto que ofrecen y en relación a su identidad, a lo que representan, a lo que se atribuye; un lugar que esta entonces material y subjetivamente fuera: no hay seguridad en el producto, no hay reglamentación en el precio, están en el movimiento de la calle, su estancia no tiene garantía.

Su espacio está limitado para ellos y para los otros, por lo tanto también la relación. Dentro de la vastedad y movimiento de la calle, son ellos una identidad, un fragmento limitado en sus motivos, intenciones, posibilidades que les asigna para sí mismos, para su adentro, y para los otros, su afuera, un estar ahí que los fija en una forma, límites, cualidades concretas. Están más cercanos al de la calle, su inestabilidad y falta de referente a algún lugar como adentro aceptado dentro del espacio social, los relaciona con el ocio, lo inseguro, la pobreza sin búsqueda de mejora *no les compramos porque es fomentar su flojera y su vicio, además cómo le voy a comprar a alguien que no sé ni de donde trajo lo que me vende, si*

esta bien no hay trabajo y es difícil, la ciudad no ayuda para encontrar trabajo, pero de eso a que estén de viciosos y holgazanes, no; si les compró a ellos perjudicó a los que se han esforzado por tener un lugar donde vender, la calle no es para eso, están aquí por flojera de no trabajar en un lugar bien, porque allá no podrían seguir trabajando a la hora que quieran y con lo que quieran.

Las justificaciones que dan ellos mismos son las mismas que dan los otros, sin embargo para los primeros son válidas para los segundos no: no hay empleo y está difícil conseguirlo. Para los que es su espacio todo lo que se construye dentro se justifica con ese motivo; su inestabilidad, la flojera que otros ven, el vicio no lo niegan pero lo justifican *que hace uno... aunque tuviéramos papeles y estudio y esas cosas que te piden para entrar a trabajar, para nadie hay chamba, pues uno le busca,... ahí está la calle que te da chance, pero pues no siempre se vende entonces qué le hacemos ni modo que a fuerzas, también cansa estar rogándote entre los carros y las malas miradas y las groserías,... el sol, el cansancio, no hay dinero, vamos por unas chelas o a veces más pero pues cómo no, no es fácil estar aquí.* Se saben en ese sentido fuera, pero es necesario construir un adentro y hacerlo preciso y aceptado para sí mismo, no pueden negar la relación con los otros, pero tienen que defenderse para no perder su lugar.

2.2.6 Limpiaparabrisas.

Es esta la misma calle de los vendedores de crucero, la que está hecha de una vía, de los autos que circulan por ella, de las personas que conducen los autos, del alto y el siga del semáforo. Es la misma en elementos, sin embargo participa uno que la hace distinta, que la hace ser otro lugar en el uso de la calle: niños y jóvenes que ofrecen lavar el parabrisas de los autos cada luz roja del semáforo. También venden algo, pero aquí el objeto no sólo llega si el conductor acepta y por tanto la paga es opcional.

Son otra imagen que tiene la ciudad para reproducirse y afirmarse para sí misma en su forma genérica y colectiva y en cada uno de sus fragmentos. Vayamos en carro o no, los chavos con una botella de plástico llena de agua con un poco de espuma en la superficie, vestidos con doble pantalón, el de encima sucio y un poco más corto que el de abajo, los reconocemos, sabemos que son limpiaparabrisas, reconocemos su actitud de levantar el brazo con la botella en la mano y en la otra una cuña y la mano del automovilista diciendo que no con insistencia, si la insistencia no impide limpiar el vidrio lo harán a pesar del disgusto del conductor.

Razones del 'no', de la negación que hace estar fuera a los que limpian el auto, razones de los de adentro, en este caso, los que van en el auto, formas de situar afuera a los que limpian vidrios, distancias para hacerlos otros diferentes:

molesta que si les estas diciendo que no de todas maneras te avientan el agua y se lanzan encima del carro...;

el jabón que usan pica el carro...;

su peso lastima la lámina...;

además de que lo hacen a fuerzas y uno les está diciendo que no, se molestan si no les das dinero y ni modo que cada alto le des a uno, hay veces que 5 o 6 veces me limpian el carro en un mismo viaje y pues a los primeros les doy pero a todos es imposible...;

a mi no me molesta que me lo limpien, lo que me molesta es que los chavos estén de viciosos, el dinero que les da uno no es más que para su vicio y les das es para el vicio, no les das y qué hacen de dónde sacan si no tienen otro modo... me molesta que en esta ciudad no puedas dar un paso sin encontrarte con alguien que te pida, vas en la calle, vas caminando y no falta el niño que te pida dinero o lo que vienes comiendo, no falta la señora que está pidiendo limosna, vas en el carro y que te limpian el vidrio, te venden chicles; de verdad desespera ya no poder pasar así solo con lo que tu traes, a fuerzas tienes que distraerte con ellos, voy caminando pensando que voy a llegar tarde al trabajo y todavía te detienen

porque quieren dinero, voy en el carro platicando o escuchando música y de momento te sacan de la platica porque un chavo se te lanza al carro, la verdad es que si fastidia y a la mejor ellos no tienen la culpa, la crisis, su familia, esas cosas, pero es a los que yo veo...;

no tolero la gente que está en la calle, no me importa que no sea su culpa y la crisis, si están ahí es por vagos y viciosos no quieren trabajar en nada, a mi que me ha costado trabajo tener lo que tengo y mantenerme bien no voy a solapar a esos que no buscan estar bien y hacen concha en la calle, hacen como que trabajan y al rato los ves tirados de drogós o borrachos..., hay chavos que de verdad se ve que están trabajando y no traen vicio ni nada, se acercan al carro y bien respetuosos te preguntan si quieres que te limpien el vidrio, pero uno ya no puede saber quien es quien entonces jalas parejo y a todos les dices que no aunque no estén con el vicio o sean groseros... no queda otra que aventarles el carro, poner los limpiadores del carro o dejar que te limpien, no darles y decir a la vuelta, aunque cuándo es la vuelta, quién sabe.

Son una forma de usar la calle, la calle que se forma del paso, ella es la mejor alternativa para quienes por diversos motivos no acceden a trabajos formales: la edad, la falta de estudios, el desempleo, el no aceptar un horario pagado con el salario mínimo, el ambiente de exigencia que supone el ser empleado, la libertad de la calle, el ambiente con los demás, la facilidad para hacer esta actividad, no se necesita más que una botella de plástico con tapón, un shampoo de bolsita, tener un crucero, una cuña, la inversión material es mínima; todo a pesar de las dificultades y cierres que supone: ser agredidos por los de los carros, no garantizar la ganancia, la inestabilidad del estar ahí, la constante agresión de los judiciales, el ocio en la vía pública es delito y mientras esperan que se ponga el alto aprovechan para una chela o una mona, están más afuera su aspecto, su actividad, su forma, sus relaciones, los hace ser un otro preciso, las diferencias y las distancias son igualmente más precisas, están fuera de toda formalidad.

Estar en la calle los lleva a veces a quedarse a *dormir ahí, las chelas y la mona, ya sabes se antoja, hay veces que de verdad no dan ganas de regresar, a qué regresas si no llevas lana, si de por sí el rollo de que andas en la calle no les gusta, menos si no llevas dinero*, empiezan a ser de la calle, se constituyen en un fragmento intermedio entre el ir de paso y ser de la calle. De hecho en la definición que se hace de la gente de la calle para su estudio estas personas se cuentan dentro de la categoría de niños en la calle, aquellos que por necesidades económicas salen a buscar dinero a la calle con el riesgo de no regresar pero que todavía mantienen relación con la familia, tienen casa, la comunidad los reconoce (Segundo censo de menores en situación de calle:1996).

La mayoría de los limpiaparabrisas buscan un cruce lejos de su casa *es que luego si te ven acá, van a decir que pinche vicioso o que nada más andas de vago, por eso yo no les digo que trabajo en esto, mejor invento que soy mensajero o chalan o algo, porque no les gusta que ande en la calle aunque acá saque más dinero, y luego como aquí si hay chavos que le meten pues nos ven a todos parejo, yo no digo que no, pero si estoy chambeando qué problema, deberían de ver que no todos somos iguales, hay gente que nos trata chido, saben que si estamos aquí no es porque no queramos trabajar, sino porque no hay, si hubiera yo soy el primero en querer irme, tu has visto como nos la pasamos buscando chamba o luego mejor vendemos algo, luego por que te ven mugroso ya piensan lo peor de ti, pero pues que agarren la onda, si andamos así no es porque queramos, es porque estamos trabajando*. Así se delimitan como una identidad con motivos que los justifica, saben como son vistos por los otros y lo que deben hacer para que esa condición de rechazo no impida que cumplan su objetivo. Así también fragmentan su identidad, no son lo mismo los chavos que andan de viciosos, que los que aunque limpien no lo hagan, tampoco es lo mismo limpiar un vidrio que vender algo.

2.2.7 Chavos de esquina.

Existe una categoría que está en la calle, pero su calidad intermedia los hace no esclarecer sus límites, su pertenencia juega casi sin ninguna concreción en relación al estar fuera o el estar dentro. La calle que ocupan esta de por sí en el intermedio de la calle dentro y la calle fuera de la ciudad, están en la calle del barrio, de la colonia, pero su práctica está fuera y es casi la misma de los de la calle; quizá sólo les falte pasar a la otra esquina o caminar una calle más o perder el acceso a su casa o dormirse en ella para perder su calidad de en la calle y adquirir el de la calle. Es un caso especial porque en relación a su barrio son los de más afuera, pero cuando se consideran los límites del espacio siguiente, de la ciudad, y se ve que hay otros más afuera pareciera que aun se mantienen dentro. Dos espacios los reclaman y ellos pelean por no pertenecer a ninguno y esclarecer que al ser intermedio se constituyen como una identidad aparte: no están en su casa ni con su familia, pero permanecen en el barrio, este puede aun referirlos a ese lugar, saben donde esta su casa, su familia, a que se dedican *cuando no andan de vagos*, el adentro al que deberían pertenecer pero ya no están todo el día, están en la calle, son parte ya de ella, del afuera de la colonia *son los vagos, puro chaco checo o mariguano, hasta de su trabajo se salieron o trabajan de vez en cuando cuando les dan ganas o necesitan para su vicio*; empieza la negación del espacio dentro que se limita por las normas y usos de estar en casa, de ir a la escuela, de trabajar, de no tener vicios; ellos cortaron, pero dejan abierta la posibilidad del regreso, tienen un lugar que al menos físicamente les pertenece. Su identidad pues es de reclamo y de lucha por afirmar su intermedio por no abandonar completamente el adentro pero salir sin estar totalmente fuera. Su identidad así y sus significados así se forman. Pareciera un error en la construcción de índices de la metodología del espacio colectivo para definir sus fragmentos y las relaciones, pero más que un error es su calidad de intermedio su juego constante de adentro afuera, de estar dentro estando fuera y estar fuera estando dentro.

Se reconocen a sí mismos como usuarios especiales de la calle, reconocen su relación con los distintos niveles de la calle: *si luego vemos a los chavos, esos que les dicen niños de la calle, cuál, es el mismo relajo, bueno ellos están más pesados porque pues ni a su casa regresan, están ahí siempre...; luego también vemos a los teporochitos nos ven acá y se acercan a pedir, andamos en lo mismo y les damos, luego dan tristeza porque pues ellos si ya se clavaron en esto de andar en la calle, no tienen a donde regresar, no se quedan aquí en la cuadra, pero pues ya saben que estamos y le entran, luego se vuelven a ir y al otro día quién sabe donde están; pero pues igual son chavos que les gusta el relajo y meterse cosas, pero ellos se clavaron y ahí se hacen viejos.* La diferencia está en la duración de la permanencia, aunque estén en lo mismo, unos lo hacen sin quedarse, regresan a su casa, a la escuela, al trabajo, con su familia; otros pierden esa posibilidad y se quedan, "se clavan".

2.3 De la calle.

Aquí llegamos al fragmento último del movimiento en doble sentido entre el afuera adentro de la ciudad; último según la forma que he seguido en la exposición y por ser el adentro más preciso del estar fuera. Esto es, después del espacio, seguido de los fragmentos, es posible aquí concretar los límites, los contenidos, los tiempos, las relaciones, los motivos y las intenciones de una forma de habitar, de una forma de actuar, es decir, de una identidad, los de la calle.

Es un lugar de tantos posibles donde el espacio, las relaciones, la identidad se concretan, y permiten ser observados e interpretados en el suceder de sus contenidos. Del espacio social son un fragmento; tienen lógicas, ritmos, inicios, motivos, intenciones, imágenes, argumentos propios y particulares. Como lugar, independientemente de su ubicación y valoración respecto al resto del espacio, tienen momentos, un inicio, procesos, movimiento; es por poseer una forma

particular que es posible distinguirlos, juzgarlos, señalarlos, estudiarlos, relacionarnos, así como con cualquier identidad.

La existencia de los que pasamos por la calle como medio para llegar a algún lugar privado o semiprivado, de quienes nos detenemos por momentos y de los que permanecen se garantizan mutuamente su existencia, la existencia del otro es su condición, las distancias, las diferencias, los juicios, las señas, las relaciones permiten afirmar su espacio. Los de la calle se afirman a partir de estar fuera, de concretarse a partir de que construyen sus límites en la calle, en el espacio público, hacerlo sin seguir las normas establecidas para el uso de esa parte de la ciudad. Al afirmarse lo hacen para los miembros de esta identidad y para los que somos extraños, muestran sus formas (condiciones, normas, momentos, practicas) de entrada y de salida y a partir de ello es que se constituyen una realidad completa, en tanto es posible reconocer las distancias, las posibilidades de contacto, sus alternativas.

Un elemento que los limita a la vez que los contiene es su condición de paso, de dónde vienen, por qué llegan, por qué es alternativa la sobrevivencia; salen de la vida privada, de la familia, de las relaciones continuas y con perspectivas, de los compromisos, de los horarios, de las practicas medidas por periodos de tiempo. Salen evadiendo, huyendo, olvidando un adentro que en el momento del paso queda en pasado, queda como el espacio que motivo su nueva forma de habitar, por tanto es justificante de lo que se hace y de lo que no se hace. Los motivos de salida la mayoría los tiene claros, la intención general de estar en la calle no es la calle en sí misma, sino salir y ella existe como opción. Es entonces que en el espacio público van construyendo su habitar, lo hacen a partir de las condiciones materiales, sociales, simbólicas, de salida, de los espacios intermedios que viven antes de llegar a la condición de calle. Es así que van formando los límites del lugar que habitan, de la calle como el espacio físico donde ahora duermen, del

que viven, y como espacio simbólico, la identidad que adquieren por dormir, vivir, permanecer en ella.

El paso cambia las formas de estar y los significados de éstas, modifica las relaciones, las conductas. En la calle sobreviven en una persistencia que no significa lo mismo que la persistencia para los que permanecemos dentro, incluso la contradice; su persistencia no es una lucha de resistencia eficaz, estable y firme que garantice en sí misma el cumplimiento de un objetivo, de hecho no hay objetivo claro, lo que hay es un motivo: escapar, evadir, negar, enfrentar algún adentro donde quisieran permanecer. La calle es para los que en ella permanecen a veces un medio, otras un fin y algunas más la única forma de habitar.

Por qué hablo de sobrevivencia y persistencia. Los testimonios de los de la calle así lo muestran, son pocos los que viven en la calle sin verla como algo “no bueno”, algo que sea para ellos continuo. Hablan del paso, de cual era su adentro, por qué están aquí, por qué aguantan, se justifican, su relación con lo que “debe ser” los limita y los contiene. Algunos cuando salieron cerraron materialmente el adentro del que lo hicieron, ya no tienen posibilidades de regresar, lo niegan, lo desprecian, aunque en su discurso quieran regresar. Hay quienes salieron sin perder todas las posibilidades de regreso, aunque no sea este el momento para hacerlo. Otros prefieren olvidarlo y ni siquiera lo utilizan como justificación.

La relación de deseo respecto al espacio de donde salieron, desde los comerciantes semifijos existe, pero para los de la calle parece más difícil el regreso, en ellos ya no hay intentos estables por regresar. Esta relación simbólica sucede también por niveles, los niños de la calle siguen anhelando el regreso y construyen el adentro ideal, imaginan su familia, su trabajo, sus amigos, su estabilidad, siempre con el referente de lo que marcan las normas, aunque en su

práctica nada hagan por que así suceda; en cambio los indigentes aniquilan en imagen, en conducta y los que aun tienen en discurso el regreso, la distancia material y simbólica es profunda, su relación con el adentro no es más que la del evadido adentro de los de paso, lo evaden con la ausencia e indiferencia, luchan por permanecer fuera.

La condición de paso, el espacio del que salieron, la relación con éste, los motivos y las intenciones de salida, es lo que limita el espacio de la calle como una forma general de estar, es decir define los límites de los de la calle respecto de quien no lo son; son los mismos elementos los que definen los límites interiores, es decir los fragmentos de esta identidad, al interior se particularizan. Así es que dentro de los de la calle existen identidades exclusivas, comparten una generalidad, pero en algo se distinguen: niños de la calle, fuereños, teporochos, indigentes; son los fragmentos que identifico al entrar sin ser miembro a ese espacio. Me refiero primero a la generalidad y después atiendo a particularidades.

Comparten las condiciones materiales de estar fuera, duermen, comen, trabajan, se relacionan en la calle. Sea en un baldío, en un parque, en la banqueta, en una coladera, en una plaza, en un puente, están en la calle. Comparten el constituir en el espacio público su espacio privado, lo hacen en la materialidad que me refería antes y en sus contenidos simbólicos; su anonimato no es sutil, saber que pertenecen a la calle abre la posibilidad de saber más de lo que su imagen informa, su presentación ante los otros la hacen siempre en público, sin embargo tienen una vida privada que se reserva con lógicas muy distintas. Comparten a la calle como tarjeta de presentación, cada fragmento con su forma particular la obtiene en el movimiento y caos de todos los que transitamos y detenemos en algún adentro (sea el monologo de algún solitario o la platica de una pareja o algún café). Comparten la sobrevivencia permanente afuera como sello de anatema.

El de la calle como identidad constituida significa entonces el afuera como realidad material y simbólica colectiva y fragmentada, con relaciones, por tanto como personaje vivo; a la cual se lanzan los hombres, se despiden y separan del adentro para entrar a la permanencia del sobrevivir; lo hacen de inicio sin otra compañía que sus reproches, sus cortes, sus discontinuidades, sus caminos sin dirección predeterminada, sus recuerdos de los pasados adentros (adentros que pueden ser la casa, la familia, la esposa, los amigos, un trabajo), su deseo de aventura; de qué se acompaña se forma la forma del pasar y los límites por los que pasan, ahí parte del nuevo adentro y de los límites interiores de éste, es decir de los fragmentos del salir dependen los fragmentos del estar fuera. Conforman en lo público la otredad tan radical que representa mantenerse afuera con una lógica de reserva muy distinta que los hace aparecer como sombras o tatuajes, parece que en ellos, como prolongación en lo público de lo más íntimo, permanecer y vivir, se expresan los límites de lo inmoral, de lo prohibido, del retroceder, del estar fuera.

La relación de la calle con quienes la habitan deriva en un estigma, para explicar esto utilizo la imagen del tatuaje; los de la calle son uno de los tatuajes de la ciudad, de sus formas de escritura ninguna tan inquietante, porque su recipiente es lo que funciona de metáfora a su interior y se trata de una escritura indeleble, permanente, no se borra pero si se reproduce. La calle como la piel de la ciudad, tiene en la presencia permanente de gente que contradice la civilización (o lo que se supone ella garantiza), tatuajes, una escritura que significa algo no dicho.

Tiene mucho en la historia que los tatuajes tienen una doble valoración: para los que lo poseen significa encontrar la diferencia, para quienes los miran es motivo de censura y estigma, la marca en el cuerpo, los hace ser una marca negativa en el espacio que se relacionan. "Goethe en su *Máxima* 104: 'Eso de pintarse o tatuarse el cuerpo es un retroceso a la animalidad.'" (Rivas:1996:48). La ciudad se

tatúa en la calle, lo hace en el movimiento cuando algunos se detienen dentro de él.

Ante un tatuaje hay dos opciones: escandalizarse ante la presencia de una imagen en la piel, en lo que anuncia el interior, de una imagen que se puso para que permanezca; o preguntarse los motivos de la marca. Quien posee el tatuaje se enfrenta con estas dos reacciones, para la primera evade o pelea o celebra la evidencia de la distancia; para la segunda argumenta, justifica, utiliza. Los de la calle son una marca que la ciudad no decidió a consciencia poseer, pero están y la forman, la presentan; significan para muchos situaciones de alarma que rompen la normalidad de la superficie. Otros, en distintos niveles de acción, se detienen en la calle para conocer sus motivos y quizá borrarlos. La ciudad en sus múltiples marcas se dedica de manera distinta a entenderlas y comunicarlas; los de la calle, con esta concepción de tatuaje, al modo de anatemas, la marcan, la anuncian escandalizando o cuestionando sobre sus condiciones y posibilidades, sobre sus motivos e intenciones, sobre lo que debe ser el estar en la ciudad, se lo cuestionan quienes lo miran de fuera, en perspectiva.

La permanencia, la sobrevivencia dentro del de la calle le hacen tatuajes a la calle, a la vez que la calle los marca a ellos: el de la calle los estigmatiza, escribe en su piel, en su apariencia, su condición; no se trata de una escritura provisional, sino de la marca que indica su entrada y permanencia a otro espacio, a un espacio fuera.

Una vez que la calle y sus habitantes se marcan, no basta el cambio en la apariencia, en el vestir, en los modales, en las formas del decoro, no bastan para olvidar o borrar la marca. Cuando se apropian uno de otro se escriben ambos, en su piel ponen el tatuaje.

El de la calle como tatuaje existe como señal del cambio, del salirse de adentro definidos por las normas del espacio público y privado, de las exigencias de reserva y continuidad. Poseerla los hace un otro diferenciado y diferenciable.

Los de la calle, sobreviven “en lugar de vivir y esta sobrevivencia se está dando en un contexto en sí demasiado concreto, del cual hay una parte muy objetiva y visible, que es la calle. Mas hay un mundo por detrás de aquél, que genera ciertos valores, ciertas creencias, ciertos «haceres» y la propia forma de sobrevivirlos” (Freire:16). Conforman así una cotidianidad que sucede dentro del movimiento de los que van de paso, dentro de la diversidad y lo normal, dentro sin ser parte del espacio simbólico del paso ni de la diversidad y la normalidad, este dentro es porque comparten los límites del espacio físico, nunca del simbólico, de él están totalmente fuera, si consideramos que el paso es el adentro. La relación es de conveniencia para los de fuera, están dentro si requieren de ser vistos y ayudados con dinero o algún trabajo, se mantienen fuera, lo esquivan y de cierta forma luchan contra él cuando no quieren ser vistos y no moverse a su ritmo.

Convive con la cotidianidad de los comerciantes, de los vendedores, de los limpiaparabrisas, de los chavos de barrio; de estos espacios si está dentro simbólica además de físicamente, si comparte usos, formas, normas, significados, cortes, alternativas.

El afuera de los de la calle se forma por el recuerdo de los adentro de los que salieron y de las formas que estos establecían; toman conciencia, entonces, de la calle de diversas formas constituidas por los umbrales que pasaron antes de llegar a ella, por la manera en que lo hicieron, por las fronteras que desean pasar y las que ahora construyen y mantienen. Tiene que ver entonces con el significado que temporal y espacialmente le otorgan a la calle: es ella su casa, se han adaptado, es un momento y lugar de tránsito que conduce a la conquista de espacios mejores (mejores en comparación a la calle misma y de lo que

vienen), representa huida, lucha, afirmación, competencia, desafío, evasión, alternativa.

Su permanencia en el espacio público los hace participar del fluir de las intenciones y las relaciones que constituyen las demás formas de estar en la calle, nunca como presencias autónomas sino como presencias en relación, participan por tanto de similitudes y oposiciones que dan certezas y vacilaciones que motivan a los que van de paso a continuar y evadir o emplear explicaciones construidas y cristalizadas, pocas veces a detenerse y descubrir al otro¹¹, aun su radical diferencia, parece que renuncian a conocer el sentido de esa diferencia o creen conocerlo previamente al evadido encuentro. La renuncia es al encuentro, y lo que este puede implicar, de los otros diferentes por la distancia que los hace ser "otros", con el contexto en el que esas distancias se viven y tienen sentido, es decir, el contexto de la interacción, los significados, motivos e intenciones del espacio público. "Esa es la razón por la cual la experiencia del espacio público requiere menos un guía para la acción que un guía para la atención" (Goffman), atención a la que para garantizar el paso funcional por la calle (es el medio que me permite acceder a un fin) o de la espera o algún encuentro, renunciamos y cuidamos que nadie lo entorpezca, al menos no más allá del pensamiento.

La renuncia a no detenerse no excluye entonces siempre el pensamiento ni tampoco el sentimiento, no lo excluye pues se trata de identificarse, de construir certezas de la similitud y de la diferencia, aunque ahí comiencen las vacilaciones; hay otros de los que nos quedan claros los límites y por lo tanto los accesos,

¹¹Ninguna de mis afirmaciones juzgan para acusar o loar las acciones a las que se refieren. Tengo claro que mi trabajo no tiene intenciones de reprochar o reivindicar a nadie, hablo de diferencias, de renunciadas, de búsquedas, de prejuicios, como elementos que moldean el movimiento del que se construye la calle, y como es que ahí surge y permanece la identidad de quienes le pertenecen "los de la calle". Es común que los estudios sobre identidad estén relacionados con prejuicios, estereotipos, atribuciones, con un fuerte contenido de censura a esas prácticas intentando darle un lugar "digno" en el espacio social a grupos que se evaden, juzgan, estigmatizan: negros, judíos, indígenas, drogadictos, prostitutas. No es aquí mi intención, busco los significados del afuera de la ciudad particularizando en quienes lo habitan en relación con los que por el horario, por las exigencias o por los intereses entramos; significados que incluyen distancias, estigmas, atribuciones.

sobre todo si se forma parte del mismo espacio, sea el ir de paso o el detenerse por momentos o el permanecer, sin embargo si sucede un encuentro con alguien que no es de nuestro espacio puede éste tener formas ya construidas de relación si la diferencia es clara, si no lo es será difícil establecer los límites y los accesos. Hay entonces dos opciones: ignorar y continuar o aprovechar la posibilidad de lo público a entrar o invadir, comenzando por la apariencia, el espacio del otro.

Cuidamos de acomodarnos a las normas particulares marcadas por nuestra posición, no alejadas de las normas generales; sin embargo la condición y posición de los de la calle, parte detenida evidentemente en lo público, posee normas que no concilian con el decoro y reserva de la generalidad. Es así que la experiencia con ellos de la diferencia, no siempre admite vacilaciones, sobre todo porque su apariencia da índices claros de ésta; no se necesita invadir pues ya se sabe quienes son, que espacio habitan. Sus reservas son otras, en ocasiones son las mismas que los delatan, conocer al otro por lo que esconde y no por lo que muestra, pocos deciden tenerlas en su apariencia o en la localización de su lugar para dormir o incluso en sus practicas que se suponen íntimas (dormir, bañarse, pelear, llorar, amarse, huir, vacío, desesperanza), las hacen con el silencio, con el no moverse al ritmo de los transeúntes, con su mirada sin dirección aparente, con su otredad radical; algo tienen claro como todos los demás, el espacio de los encuentros y la interacción se hace al modo de reservas y lugares cerrados.

Para conocer los significados de estas relaciones, me es necesario acceder a la calle, pasar sus fronteras, por supuesto hacerlo desde mi espacio, acercándome al mundo de quienes habitan permanentemente la diferencia de la calle, del espacio público, a partir de sus circunstancias, trivialidades, testimonios, motivos, intenciones, metáforas; explorando las negociaciones (implícitas casi siempre, quizá por cotidianas) del adentro y el afuera de la ciudad, es decir del adentro-afuera del espacio colectivo que la habita, con sus partes determinadas y las que aun no lo son tanto. Se trata pues de analizar este movimiento, las trayectorias o

caminos sociales de esa relación, que pocas veces permite limitar concretamente los contextos y actores, precisamente por la existencia de múltiples encrucijadas, encuentros, diferencias, accesos y el continuo movimiento de esto, que son posibles pues la ciudad permite a cada uno de sus habitantes relacionarse con su lugar de forma particular (cada avenida, cada colonia, cada calle, cada esquina, cada casa, se habitan de formas propias) sin excluir totalmente a los otros.

Así es que la ciudad es imagen enmarañada, el estilo de los de la calle participa con un modo propio en la negociación de fronteras; conocer la vida en la calle permite conocer esa negociación y quienes participan en ella, conocer lo público nos muestra lo privado. Es interesante reconocer en los de la calle cuales son las uniones de estos espacios.

Es por esto que los lugares del espacio colectivo, de la ciudad como un estado del espíritu colectivo, es decir, las identidades - la identidad - no puede ser el estudio de continuidades en sí mismas, sino de sus relaciones, uniones, rechazos, resonancias; son ellas parte del espacio intersubjetivo e interrelacional, es necesario "concebir el fondo de las cosas como discontinuo...; concebir lo social partiendo de sus intervalos, como los turnos de la palabra en una conversación." (Joseph: 1988: 26). Entre el espacio público y el espacio privado, entre el afuera y el adentro, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la pertenencia y el otro, entre la similitud y la diferencia; existen espacios intermedios que marcan la discontinuidad necesaria para la negociación que permite las identidades. Ya en los de la calle, en su permanencia, observo esta negociación.

Los espacios y sus lugares, cómo pasar de unos a otros, pertenecer a más de uno, reconocer los intervalos; requiere aprendizaje. Aprendemos a vivir en lo privado y en lo público, qué les pertenece y qué no, aprendemos sus trayectorias y a movernos por ellas; todo a la manera propia de nuestro lugar. Cómo entonces los de la calle cuando comienzan a serlo, con el referente de habitar lo privado,

aprenden a vivir en la calle, a pasar sus umbrales, a reconocer cuándo están y son de ella, sus conversaciones, sus emociones, sus intercambios, sus ceremonias, es decir, la manera de habitarlo, su cultura. Cuáles son los intermedios para pasar de vivir en lo privado y ahí permanecer a ser de la calle y así reconocerse. Tiene que ver con una práctica de adaptación formada de la negación de lo privado, pero por no tener otro referente llevar éste a lo público. Cómo pierde la calidad de intruso en ese lugar de la calle, para adquirir su membresía. Cómo es que ellos si son actores privilegiados del espacio público, pues ellos si concentran la atención, en la vastedad construyen la precisión de su adentro, qué pasa aquí con las diferencias y apariencias; todos sabemos que al paso de algún personaje representante de alguna institución importante, no pueden en ese momento ser los de la calle parte de la imagen de la ciudad. Responder esto es lo que continua.

2.3.1 Niños de la calle.

Un lugar del espacio social delimitado a partir de dos formas particulares: la calle y la corta edad: niños de la calle. Un lugar que se constituye y es una realidad reciente en la ciudad, antes había vagos, teporochos, indigentes, pero a partir de la segunda mitad de este siglo¹² aparecen como lugar delimitado, se constituyen como

“una **cultura de la banqueta** porque en ella viven, trabajan, recrean, sobreviven ... Por ello su presencia es una realidad, que algunos investigadores consideran debería borrarse para regresar a la estructura de las viejas ciudades, pero ello equivaldría a prohibir el metro, la electricidad de las ciudades, o las vías rápidas para volver a la carretela, al alumbrado con bencina o apacibles callejuelas de empedrado. No hay vuelta atrás.

Son un nuevo continente, recién descubierto. No sólo es geográfico sino social y simbólico. Contiene formas de vida *sui generis* que a pesar de ser estigmatizadas, devaluadas o rechazadas, están presentes y crecen.” (Gomezjara:1995:12).

¹²Taller “Niños de la calle en la ciudad de México”, UAM-I, septiembre 1994. Un índice de la reciente existencia de esta realidad es el hecho de que sólo existan datos oficiales de ella a partir de 1992 cuando se realiza el primer censo de niños de la calle en la ciudad de México.

Se trata de un lugar que contradice la forma normal de estar en la ciudad, en la calle y en la infancia, y a pesar de contradecirla es un lugar que forma parte de la imagen global del espacio que constituye la ciudad. La contradicción es motivo para que constantemente se busque regresar a los niños de la calle al lugar común y conocido: la vida familiar, el estudio, el desarrollo, la continuidad; la vida dentro. No sólo lo buscan los investigadores, lo hacen también el gobierno, la sociedad civil, las organizaciones mundiales. Por lo que además de la calle y la corta edad, esta búsqueda es parte del espacio de los niños de la calle, es la relación que existe entre algunos fragmentos del espacio social.

En el nombre se indica la pertenencia: niños de la calle: ellos pertenecen a la calle a la vez que se van apropiando de ella, se adaptan, en ella se forman, de ella viven, les garantiza una forma, dudosa y preocupante, de habitar algún lugar. Les da un lugar físico donde dormir, donde estar, de donde obtener dinero o ayuda; les da además un grupo, una identidad, significados, practicas. Si bien esta forma de nombrarlos es cuestionada, está ya cristalizada tanto en quienes no pertenecemos como a los que sí, sirve a ambas partes de distintas maneras, a los primeros para referirse a una realidad sin mucho problema de concepto y situación social, los segundos la utilizan a conveniencia, negocian con ella, cuando se utiliza para señalarlos y juzgar su estar fuera no la aceptan, pero cuando a partir de ella es que garantizan su permanencia al modo que los mantiene, entonces hasta la defienden.

Yo no entiendo eso de 'niños de la calle', yo oigo que niños de la calle y que la fregada, la calle no nos parió, yo tengo mi madre, así se refieren a ella cuando buscan salirse, cuando el estigma provoca rechazo, enjuiciamiento negativo o no obtienen apoyo para permanecer fuera. Si de la calle y qué, aquí hago lo que quiero y a la hora que quiero, nadie me manda, si quiero estoy y si no quiero no, cuál es el problema, así, cuando es suya, cuando es su adentro.

A mi casa no puedo regresar porque aunque yo quiera ya no es lo mismo, me tratan diferente, de drogadicto y vago no me bajan, por eso me voy a la casa hogar, ahí está bien, comes, te bañas, estudias; así cuando ya no quieren la calle, pero les da posibilidad de acceder a lugares donde, aunque sea por periodos cortos, consideran pasarla bien; quienes buscan acabar con la existencia de niños en la calle apelando a su condición de abandono y maltrato, situaciones que según indica la vida civilizada nadie debe vivir, construyen lugares para reintegrarlos, es decir para enseñarles que vivir dentro es opción y no lo es permanecer fuera, quienes están fuera utilizan esta búsqueda y encuentran ahí una manera de permanecer en la calle pues van y vienen a conveniencia. Una conveniencia que no siempre es a conciencia pero finalmente es parte de su espacio, uno de sus elementos por los cuales sucede.

No yo no me meto, ahí todo el día te están mandando, desde las 7 te levantan, y luego luego a bañarte, desayunas y tu quehacer, luego la escuela aunque no quieras, a comer, la tele y a dormir, la calle es libre, tu te mandas, qué más quieres; así cuando les da las posibilidades y condiciones de ser al modo que prefieran: no comprometerse, no cumplir horarios, no depender de las ordenes de otro (o al menos no de alguien que no es de la calle), ir y venir según se les ocurra; en la calle son vistos por todos, cualquiera que pase puede observarlos y censurar o juzgar, sin embargo en una casa hogar la censura se practica y en la calle pocas veces pasa de la mirada de tal suerte que a las miradas se acostumbran y poco importan mientras puedan seguir realizando lo que cada momento y situación les sugiere: dormir, comer, drogarse, pelear, trabajar, irse a otro lugar (incluidas las casas hogar).

La calle por un lado me gusta, porque ahí nadie te dice nada, puedes hacer lo que quieras. Pero por otro lado no me gusta, porque te tienes que quedar en el suelo y entre la basura y además pasas frío, bueno que cuando nos pasamos de chemo ya ni sentimos. Aquí las razones del movimiento; la calle a pocos les permite

continuidad al modo de los de adentro, su continuidad es ir y venir, hoy estar convencido de que la calle es lo mejor y mañana ver en ella lo peor que puede pasarle a alguien. Por momentos aseguran *esto es vida, qué más quiero, soy libre, gano lo que quiero, si ahorita se me ocurre me voy al otro lado o a donde me guste, si quiero me pongo hasta atrás y nadie me dice nada*. Así definen lo que es una buena vida, aunque muchas veces no es más que un autoconvencimiento mientras lo que creen es que no es lo mejor. Después recuerdan su casa, o se los llevan al ministerio público o al consejo de menores o discuten o les toca obedecer a alguien y entonces la calle es *pura chingadera, nada bueno encuentras, vicio, pleitos, miserias, reclamos, todos te ven como si fueras el peor...* De cualquier forma la autocensura es constante, la continua presencia de gente que busca convencerlos de regresar a casa o entrar a una casa hogar, las miradas de reproche, la gente que evade siquiera mirarlos, hace que se juzguen como algo malo, *total qué ya me chingue, por más que haga nunca me van a dejar de ver como algo malo y pues si porque pues el vicio no es bueno, no trabajo, está chido no tener que ir a un lugar y que te estén gritando, pero pues sabemos que no hacerlo no es bueno, por eso le rezamos a Dios para que nos perdone y por eso a veces hasta nos vamos a las casas aunque ya sabemos que en un rato nos vamos a salir, ya si así eres pa'qué le haces...* hay quienes si se aferran y se salen de esto, pero de todos modos ya estuvieron aquí, mis respetos porque está canijo irse y no regresar, poquitos se van, te acostumbras a estar en la calle, al frío, a pedir, a que te vean feo y luego hasta te gusta, a quien no si hay vicio...

Cómo así mugrosa, nada más me pongo a la línea y qué, nadie se da cuenta, aunque cuando saben que estas o estuviste en la calle, aunque andes limpio te ven mal, además la banda siempre sabe que eres de ellos, lo de que andes limpio ahí no vale si de todas maneras andas en el vicio y cotorreando, es lo mismo; a los otros los engañas pero entre nosotros cuando. Conocen las formas de los que no son de la calle, pueden confundirse en una relación de momento, si se obtiene

la información de su verdadero espacio ya no se confunden aun la apariencia; a los que son miembros de la calle no los engañan con la apariencia, no hay cambio si se siguen compartiendo las prácticas y la forma de estar; la identidad es en mucho una cuestión de imagen, sobre todo frente a quienes no son miembros, podemos mantenernos en la superficie y simular no pertenecer o pertenecer a un lugar. Los niños de la calle saben como aparentar no serlo y juegan con ello, lo hacen sobre todo cuando buscan algo de adentro, pero lo hacen también para ellos sentirse bien y convencerse de que aun pueden parecer normales *ves, ni quien se de cuenta, tu porque me has visto hasta la madre de viciosa y ahí tirada en la calle, pero ahorita que ando a la línea y no me he metido nada qué hasta parecemos amigas.*

Ese es su movimiento, entran y salen continuamente, lo hacen jugando con sus dimensiones: entran a la calle física cerrando el adentro del que salen, pero abren otro, el de las casa hogar, los albergues; ya afuera, en la calle, adquieren una apariencia que los ubica desde la superficie en el espacio de la calle, basta con que lo modifiquen y lo hagan al modo normal y ante la mirada de los demás se salen, aunque no para los que comparten el lugar, por sus emociones a veces están dentro de las prácticas y significados de esta calle y las afirman, justifican y disfrutan, otras las niegan, las evaden, desean otro espacio. Es esta la calle de los niños de la calle, una forma, identificada dentro y fuera, del estar en permanencia fuera. Una forma de mantenerse, sobrevivir y afirmarse habitando continuamente la calle, habitar fuera es su alternativa.

Esta calle es una presencia constante en el espacio de la ciudad, se ha convertido en parte de su lógica; lo ha hecho a la forma de mito. Se manifiesta a través de múltiples imágenes que se ven, se oyen y se escriben; ha logrado, no por intención propia, al menos no de inicio, atravesar todos los lugares de la ciudad; por distintos medios y motivos participan de la vida fuera que representa la calle, de la vida dentro por la preocupación constante de ésta por meterlos, el

modo es encontrar los motivos de salida y los motivos de permanencia. Existen concepciones profundamente arraigadas, a pesar de lo reciente de la situación, en el imaginario colectivo acerca de esos motivos: maltrato, violencia familiar, abuso sexual, pobreza, explotación, abandono, como causas de salida, y como causas de permanencia: encuentran una identidad que los detiene, vicio, el no responder a ningún tipo de obligación, diversiones que no les cuesta obtener, dinero fácil a partir de su imagen. Construyen así un espacio que se dice y supone y otro que se vive y aprovecha la suposición. El mito manifiesta las aspiraciones colectivas y la necesidad de mantenerse dentro, la relación de los dos espacios define un filamento por el que fluyen en los dos sentidos esas aspiraciones. Este filamento también delimita los dos espacios, lo hace al punto de generalizar cerrando posibilidades de fragmentación, así aunque los “chavos de esquina” compartan en mucho contenidos de este espacio, nunca son tratados de la misma forma. El espacio dentro de los que no son de la calle, hace la identificación negando el movimiento de fragmentación, por tanto la relación.

Es una alternativa para los llamados niños de la calle¹³ en un sentido general: de huida, ese es un modo de pasar, *me salí de mi casa porque mi padrastro me pegaba mucho y a mi mamá también, ella que se deja, ella lo quiere, yo por qué;* una alternativa que además les da las justificaciones precisas de su espacio: libertad, no hay compromiso. Las circunstancias, el medio, nuestros temores, nuestros intereses, la manera de enfrentarlos, definen nuestras alternativas, algunas nos son dadas, otras las buscamos, otras más las construimos y otras sin explicación aparente llegan. Alternativa no siempre supone huir de algo o de alguien o liberarse de un problema, son opciones que permanecen latentes y bajo

¹³La forma de llamarlos como una forma de hacerlo no lo cuestiono, son niños, es decir menores de 18 años, y habitan la calle, lo que quizá es un tanto cuestionable es el uso y delimitación que se hace del término, una delimitación que pocas veces permite la interpretación de esta realidad atendiendo a particularidades y experiencias, se tiende a generalizar, lo que motiva que los métodos y soluciones planteadas no sean del todo propias para casos particulares. Esta discusión no la encuentro apropiada para lo que aquí vengo desarrollando, pero si me parece preciso aclarar, aunque de manera breve y no muy profunda algo de lo que implica el término.

ciertas circunstancias decidimos o llegamos a alguna; mis alternativas no son las tuyas, desde mi visión la tuya puede ser el afuera, lo impropio, lo lejano, lo que detiene, lo que destruye, desde la tuya sucede lo contrario. Ambos necesitamos afirmar la propia como válida, verdadera, normal, posible, lo necesitamos para mantenerla como espacio propio, como adentro. Los niños de la calle, encontraron una alternativa en la posibilidad del afuera, a partir de ello construyen ahí su adentro.

Los cortes por los que pasan antes de llegar a la calle, los espacio intermedios, comienzan en el adentro del que salen, siguen cuando llegan; dejan de ser miembros de una familia, de una comunidad, para ser miembros de algún lugar de la calle. Su movimiento es de salida, por lo tanto se definen en negativo: salen del maltrato, de la sobre exigencia, del abandono, de la pobreza, entran a la sobrevivencia, a la drogadicción, a la vagancia, al robo, a la prostitución, al abuso (Gabarrón:1993). Esta es la visión de los que están fuera de su espacio, materialmente ellos no niegan estas condiciones, pero en las valoraciones y significados no los aceptan. El espacio del que salen lo aceptan así: maltrato, sobre exigencia, abandono, pobreza, *mi padrastro me pegaba de todo, no creas que así poquito, eran madrizas en serio, nada le parecía, me tuve que salir; mi mamá quería que yo hiciera todo, la escuela, el trabajo, cuidar a mis hermanos... mi mamá es especial, quiere todo ordenadito, un traste sucio en la mesa y no sabes grita, se enoja mucho, ni que decirle; todos se van a trabajar desde temprano, cierran la casa y yo me quedaba ahí en la calle de mi casa, un día me aburrí y me vine acá, acá hay cuates, cotorreo, si de todas maneras voy a estar en la calle; en mi casa no había dinero, me tuve que salir de la escuela y a chambear si no no comíamos, pero pues ya me gusto la calle y me quede.*

Al espacio que llegan no lo pueden aceptar como se define; comparten el discurso de huída, del reproche por un lado y la justificación por otro. La causa de lo que los demás valoran como negativo, ellos también en alguna parte lo hacen,

es lo que los justifica, ellos lo saben y lo repiten. Su discurso es pues el de la justificación y defensa; su sentir dentro de la calle los hace en relación al adentro de los otros víctimas y en relación a su propio adentro combativos.

Pa'qué te saliste te hubieras quedado, quieres que te traten como si estuvieras en tu casa, no aquí te amachinas, pareces señorita, la calle no es para chillar, te aguantas o te vas. El adentro que significa la calle lo van reconociendo a partir de la relación con los que tienen más tiempo en la calle, como grupo al interior tienen alguien que manda y que enseña como hay que estar en la calle, hay un modo: *te amachinas, no se chilla, te aguantas.* Son las normas al interior, cada grupo de niños tiene las propias y formas de hacerlas cumplir, logran pues constituirse como una realidad aparte que se aprende, sus límites físicos son amplios, la calle y la edad; sus límites simbólicos están en la forma de pasar los anteriores, de asumirlos y de relacionarse con ellos, son las prácticas que les da la pertenencia a esta identidad que sucede fuera de lo normal o establecido.

2.3.2 Indigencia.

“En la ciudad de México vive la quinta parte de la población de nuestro país, es aquí donde se manifiestan con mayor intensidad las desigualdades que enfrentamos. En una situación como la que vivimos actualmente se ha incrementado la economía informal y han aumentado las situaciones de indigencia, marginación y desamparo social, por lo cual existen mayores necesidades y nuevas demandas en el espacio urbano.”¹⁴ A este espacio pertenecen una parte de los de la calle, aquellos que según la cita constituyen las situaciones de indigencia, marginación y desamparo social; los indigentes, los marginados y los desamparados son parte de las nuevas demandas del espacio urbano y una de las fuertes desigualdades. Ya es común oír esta explicación, la calle es una alternativa para los que son más afectados por la mala situación y sus consecuencias, la solución es ofrecer albergues, lugares donde mejoren sus condiciones, para que el espacio urbano siga siendo símbolo de modernidad y civilización.

Quisiera irme, dentro de esa indigencia, a observar su espacio, los significados con que lo construyen, las imágenes, las acciones, los movimientos.

Así como el transeúnte, las parejas de enamorados, los voceadores, el bolero, las prostitutas, el ruta 100, los bicitaxis, los limpiaparabrisas son personajes que forman el espacio público de la ciudad, tienen un lugar asignado y apropiado y una forma de estar en él y de relacionarse con los demás, por lo tanto una forma de ser reconocidos; así los “indigentes” son parte de ese espacio, se reconoce su forma y sus lugares, se ha construido y cristalizado su contenido. Indigencia es el sinónimo exacto del estar fuera de las normas, usos, posibilidades, condiciones, tiempos, límites del espacio colectivo, en relación a cada uno hay un adjetivo que los hace el negativo de un positivo del adentro de ese espacio: mísero, carente,

¹⁴Albergue de invierno. Diagnóstico situacional y propuesta para reorientar el servicio. Departamento de Distrito Federal. Secretaria de educación, salud y desarrollo social. Dirección General de Protección Social. Febrero 1996.

desnudo, necesitado, desdichado, miserable, desprovisto, mendigo, pobre, hambriento, triste, infortunado, pordiosero, ahogado¹⁵. El concepto de indigencia más común es “la falta de medios para procurarse, por sí mismo, alimentos, vestido y techo” (Enciclopedia Universal Ilustrada), por lo que este concepto se aplica a los adultos de la calle, en mucho comparten el modo de los niños de la calle, de los teporochos, de los fuereños, lo que los distingue es que son adultos que han perdido posibilidad de procurarse; se señala que *por motivos de salud física o mental o por la edad se pierden de la vida normal, ya no tienen posibilidades de regresar a ser personas comunes, son los que ya se les va la onda y algunos ya ni siquiera saben donde están* (así los define un transeúnte elegido al azar). Yo los distingo si por la edad y por ser adultos que viven siempre en la calle y llevan ya mucho tiempo en esa situación y no buscan cambiarla. Su vida no proyecta, regularmente manifiestan mucha tristeza por algún motivo, la mayoría de las veces es la causa de su salida. Esto lo se de quienes aun es posible platicar con ellos, muchos no lo permiten o ni siquiera responden.

Cómo es que llegan a eso: sus motivos son a partir de un corte, de un cambio que los lleva a otra forma de actuar, sus intenciones anteriores se destruyen o cambian, salen por alguna discontinuidad y necesitan apropiarse de otro espacio. Salen pero no se quedan afuera, de entrada se saben fuera, pero no pueden mantenerse así, entonces ahí mismo construyen su adentro, un adentro que los hace parecer míseros, carentes, etc. No pueden evitar la relación con el pasado adentro, sea de huida, de decepción, de ausencia (ahí los motivos) lo recuerdan y saben de sus normas, de sus significados, de sus relaciones, de sus distancias; en la búsqueda de una alternativa, lo público, común, accesible de la calle es lo que encuentran, es largo el camino por delante, llegan a algo muy distinto, largo es también el camino que dejan atrás, la distancia entre necesitar y no, entre la dicha y la desdicha, entre la fortuna y la desfortuna, pareciera que es un momento, sin embargo en el espacio social y cultural significa una gran distancia.

¹⁵Sinónimos de indigencia referidos en el diccionario de Microsoft Word 6.0.

Salen para continuar en el juego de interiores y exteriores, lo juegan en el exterior de los demás. Salen a partir de un corte, la calle los lleva a una serie de estos, viven entrando y saliendo; lo hacen en varios niveles: primero del espacio de los de la calle, de los que habitan el afuera de la ciudad, entran a ese mundo y se van particularizando, van entrando a una identidad específica saliéndose de otra; segundo del espacio colectivo, dejan de ser normales para ser de la calle. Los indigentes comparten el **de la calle** (su territorio la calle y el espacio simbólico de habitar ese territorio) con los niños de la calle, con los chavos *“que tienen su dormitorio en alguna parte... ellos son drogadictos o alcohólicos o alguna cosa... van a pedir esa es su manera de vivir”*, con *“las locas”*, con *“los que trabajan... tienen sus rancherías... no tienen para pagar el hotel”*; la calle la comparten (el espacio físico, su movimiento, sus atribuciones, sus distancias) con los que caminan, los que compran, con su velocidad y miradas.

Hay diferencias entre los que de alguna forma estamos en la calle, en los de la calle, también las hay en los indigentes, cada uno define y limita un espacio, que a su vez es un lugar de los muchos donde se concreta y se reproduce la calle como un lugar de la ciudad. Hay indigentes que se preocupan, dentro de sus posibilidades, por su apariencia (para quien no lo hace estos no son indigentes), sus posibilidades se las dan los lugares que les permiten entrar, exclusivos para ellos, albergues de asistencia pública y privada, a pesar de su imagen menos sucia y menos desarrapada siguen estando en la calle, caminando a un ritmo distinto del de los transeúntes, cargan su bolsa o costal de ropa y recuerdos, sus únicas pertenencias, su adentro siempre lo traen consigo, sólo se trata de *“andar, pues por lo menos lo más limpio que se pueda dentro de la posibilidad”* para evitar los malos tratos de la gente que pasa *“ por lo menos una muda de ropa y cambiarnos, total la ropa pues se puede conseguir, por donde quiera se consigue ropa.”* No dejan de ser indigentes aunque por momentos sus condiciones y posibilidades sean las de adentro. Quienes no entran a esos albergues se

mantienen en el afuera extremo, no les importa la ropa y mucho menos entrar a comer o bañarse su forma es otra y lo de menos es lo que los demás opinen. Al interior de este fragmento de los de la calle, de estos personajes de la ciudad, como al exterior o sea ante su propia mirada y la de quienes somos otros frente a ellos, hay una clasificación de los indigentes que mucho tiene que ver con una dificultad en definir con precisión sus límites y contenidos, pero logra ubicarlos al menos en relación a ciertos elementos de esta forma de estar.

Comparten el espacio de forma general aquellos que viven en y de la calle por haber perdido relación (en posibilidades y condiciones) con un modo de vida que incluía casa, trabajo y familia; lo han perdido sin tener ningún tipo de vínculo material, el vínculo puede ser el recuerdo de las causas, de los motivos. Comparten el deambular por las calles y dormir en ellas solitarios, pocos son los que se relacionan con alguien más de forma continua, esto los diferencia de los teporochos y fuereños. Ya dentro de esta situación se atiende a particularidades de esta forma general y es entonces que encuentro a los que aun les preocupa su apariencia y buscan los albergues, tienen una actividad más o menos fija que puede ser vender latas o cartón o pedir limosna; otros a quienes ya no piensan en cambiarse de ropa y que para vivir piden dinero o de vez en cuando trabajan en algo, además de que hay gente que ya los conoce y les da, *los del mercado o gente que siempre pasa, a veces me dicen que haga algún mandado sencillo y me dan de comer o nada más así*; quienes son la imagen clásica de la indigencia, visten ropa muy sucia y maltratada, sólo caminan de un lado a otro o siempre están en la misma plaza o parque, pero no establecen relación con los demás, caminan con la mirada aparentemente perdida o hablan solos. Quienes argumentan su situación de indigentes me plantean estas formas como niveles, asumen que empiezan del primer modo, pasan al siguiente hasta ya no saber ni importarles nada, *todos vamos para lo mismo ahorita yo entro al albergue y me baño y eso, cuando me aburra me quedo afuera y hago mi casita de cartón o en*

una banca como sea y de tanto andar solo y pensar en lo que me paso poco me importa la gente, entonces voy a andar como loquito, quién sabe...

En lo que sigue me detengo en uno de estos lugares de la indigencia, el señor Juan, es decir un lugar del espacio de la calle; su forma es una particularidad del todo que es el de la calle, a la vez que es un nivel del espacio de la indigencia, su particularidad es haber sido un afuera extremo y ahora entrar un poco (tener apariencia menos sucia, no dormir en la calle durante la noche, desayunar y cenar, chequeo médico, todo lo que le ofrece un albergue), según los niveles, él los vive en sentido opuesto, así son los niveles cada quien decide vivirlos o interpretarlos del extremo que prefiera. Me detengo y entro pasando por el movimiento que motiva su estar en la calle, es decir de los cortes que lo hacen entrar y salir constantemente de tal manera que no mantiene la constancia, su constancia es no serlo. Movimiento de su entrada a la calle y a sus fragmentos interiores, profundos.

PRIMER CORTE.

“Por qué estoy en la calle, pues me separe de mi familia, bueno mi esposa murió, mis hijos ya están grandes, y entonces pues ya no tiene caso que estemos juntos, por eso ahora vivo solo. Ya hace más de 10 años por eso andamos por aquí.” De qué sale: de la vida familiar, de la vida privada, de las relaciones cercanas y comprometidas, su adentro vive una discontinuidad; a qué entra: a la calle, a la soledad, a la vida pública, a las relaciones distantes y sin compromiso, la discontinuidad es ahora su continuidad. Cómo entra, *“le busque por mi lado y vi a un amigo que estaba por ahí en una banca acostado y dije ‘si el puede, yo también puedo’”*. Cómo limita y valora el nuevo adentro: *“me la pase bien desde el principio, el primer día tuve mucho frío porque no sabía cómo hacer la casita...hacia frío...y busque una casita, por ahí por donde se ponen los vendedores ambulantes y cuando ellos se fueron hice mi casita de cartón... pero creo que le quedaron muchos agujeros por eso pase mucho frío, pero ya la*

siguiente noche ya arreglamos eso y la pasamos bien.”. Cómo vive: “un tiempesito vendiendo cartón y vidrio,... lavaba carros, cuidaba carros”, entra al mundo de las “nuevas demandas en el espacio público”, a la protección “de la población indigente de las inclemencias del frío, evitando... duerman en la vía pública... a la población que deambula y pernocta en las calles de la ciudad,...”¹⁶, come en el DIF “el DIF me regaló un triciclo y tenía pensado meterlo como bicitaxi,..., nada más que en el zócalo no me aceptaron, tenía que pertenecer a la unión y entonces no me permitieron trabajar y como ya no querían dar de comer en el DIF... y entonces dije me tengo que ir a otro lado... vendí lo que tenía, otras la regale y me fui a Veracruz en el triciclo...”.

SEGUNDO CORTE.

“Y me fui a Veracruz”, se sale de la calle de la ciudad, entra a otro espacio que está más adentro, en el espacio colectivo, que la calle: “por allá trabaje como pescador unos meses, allá se nos daba la comida y un poquito de dinero y lugar donde dormir”, trabaja en algo formal, gana dinero, come de su trabajo, tiene un lugar donde dormir, ya no esta en la calle.

Un corte parcial del segundo corte: *“después como a los tres cuatro meses de andar por ahí abandone eso y me puse a vender periódico y luego vendía pan también... tenía rentado un cuartito... Ahí estuve como año y medio..., nada más que por algún motivo no sé por qué... empezaron a ir un poquito mal las cosas y entonces decidí venirme para acá otra vez, regresarme...”. Así sigue en los cambios constantes, la constancia ya no es parte de su adentro. por lo tanto tiene que salir (lo hace ante la mirada de los demás y ante la del el mismo).*

TERCER CORTE.

“...cuando regrese aquí no tenía yo dinero para nada, no tenía nada junto porque nunca junto y entonces fue cuando me quede 6 meses a dormir en la calle, ahí

¹⁶ibídem.

dormía yo, en el zócalo, en alguna tienda por fuera donde cierra o en el metro Allende.” Cuando fue a Veracruz se había salido de la calle, regresa a no tener dinero, a dormir ahí, a comer de lo que otros le dan “ahí donde trabajaba gente del departamento del distrito federal a veces le recogían a los vendedores ambulantes, les recogían tamales, elotes, atole y me lo pasaban a mí, me pasaban alimentación y entonces sobraba en abundancia y se la llevaba a mis amigos...”. Recuerda que la calle era una alternativa, que salió “buscando otra cosa... cuando murió mi esposa pues yo deje todo incluso me fui a los Ángeles, estuve por allá dos años,... gane buen dinero,...pero todo me lo gaste, nunca me gusto economizar nada, me lo gaste en el juego, me gustaba ir a los casinos... Tenía un cuartito de renta junto con otro compañero, después de los dos años me enfado estar allá y me regrese para acá para México... para acá me vine y seguí igual en la vida desorganizada, vendí el carro... estuve incluso unos años viviendo en el juego y por ese motivo, bueno no por ese motivo sino por unos errores que cometí, fui a dar a la cárcel...”. En ese movimiento continuo de entrar y salir no dice él momentos en el tiempo, parece que es lo de menos, cuándo fue, a veces dice que primero fue lo de Veracruz y Luego lo de los Ángeles, a veces al contrario, sin embargo yo encuentro por las platicas que tuve que es en ese orden y si no lo que importa es ver los cortes que definen su movimiento, a partir de qué va construyendo sus certezas, sus límites sus condiciones de estar, de mantenerse, las intenciones al salir y regresar.

CUARTO CORTE.

“... fui a dar a la cárcel. Estuve allá 3 años 9 meses”, su estar fuera lo lleva al adentro más duro (física y simbólicamente): la cárcel. De él poco dice pues ya lo filtra por el siguiente adentro.

QUINTO CORTE.

“... ahí -en la cárcel- tome un curso de metafísica que se llama curso de milagros que me hizo cambiar mi mentalidad y es por eso que ahora practico la meditación

y cambie totalmente... mi sistema de vida y el juego ya está abandonado completamente y pues ahora me dedico más bien a la meditación y a esperar lo que nos depare el destino.” Sale de la cárcel, regresa a la calle, pero con un modo muy distinto, cambia su visión del mundo la calle a la que regresa es otra “cambia tu mente y el mundo cambiara”. Regresa por el camino de Dios a una calle que no es diferente, más o menos, a ningún otro espacio “pues es lo mismo dormir en la calle que dormir en un hotel de 5 estrellas se dice, pues porque ya dormidos ya qué puede importar... pues qué importa de donde somos... no hubo tal viaje sino quizá sólo un cambio de mente, lo que importa es con lo que habitemos el lugar,... puede vivir bien lo mismo en un palacio, lo mismo en la calle o en una choza, estando en paz contigo y con Dios es suficiente”. El camino de Dios lo hace habitar sin diferencias sociales sólo con diferencias espirituales, los de la calle no existen como el creía antes “cuando tu tienes tu paz interior pues no importa que seas rico o pobre o de la clase media o de cualquier clase...”, por lo tanto el de la calle dejó de ser una ofensa “para mi no es una ofensa mientras vivamos bien, ...cuando uno tiene comodidades, cuando tiene una forma de vivir mejor, lo que tenemos en la vida diaria, o sea lo que entiende este mundo por vivir mejor, pues a la gente de la calle quizá lo vea como menos,... que no valen nada se podría decir, incluso yo así pensaba también antes de conocer a estas personas... simplemente unos están más evolucionados espiritualmente, pero al final todos vamos por un mismo camino y todos vamos a llegar al padre otra vez de regreso, pero el que está un poquito más atrasado creo que debemos ayudarlo y orientarlo,...”.

Desde este modo de pensar, con estos significados del estar, lo que hizo antes al salir a la calle fue alejarse del padre, ya no de su familia y de la vida constante y organizada, está incluido, pero sobre todo se había salido del mundo de Dios, ahora que regresa no importa que sea en la calle, todo se lo da Dios, comida, donde dormir, buen trato, por qué, por el albergue, así es que integra y hace preciso y coherente su adentro. Por ese camino para él deja de estar en la calle,

cree que aunque el albergue no le pertenece no está del todo afuera *“por el momento este vendría siendo mi hogar, pero más bien me siento en la calle porque este no es un verdadero hogar de familia donde pueda estar uno cuando quiera, sino tiene sus horas, más bien es un hotel, aunque el trato que se nos da... es bueno... tempranito se tiene uno que salir y ya regresa uno tardecito... pero pues en realidad no hace falta pues la calle podemos considerarla como nuestro hogar porque una gran familia, la calle sí es de nosotros.”*. Si bien decía que lo que ahora lo guía es el camino de Dios y con el habita y construye su espacio, no que da de lado la situación general de estar en la calle, para vivir dentro necesitamos apropiarnos y limitar nuestro espacio, los que no somos de la calle lo hacemos en espacio privados, en la casa, construimos nuestro hogar, los que sí lo son hacen lo mismo en la calle, se apropian de ella, la limitan y hacen su hogar.

El movimiento de entrar y salir no es sólo por cambios de lugar físico y de actividad, sino en todas las dimensiones y contenidos del espacio: se mueve en los significados de ser de la calle y no aparentarlo, de estar en el albergue y ser de la calle, de estar solo y en la calle tener una gran familia, de estar en la calle viviendo distancias espirituales pero ser todos de la calle y no ofenderle.

Este movimiento lo integra y lo habita como adentro, en el tiempo y en el espacio físico, social, colectivo y cultural, pues su visión de Dios lo hace *“ya no vivir en el pasado porque lo que hacemos es vivir en el pasado y eso es lo que nos recuerda nuestros errores o pecados... y entonces con el pasado estamos construyendo el futuro que va ser igual que el presente,...”*, la calle deja de ser un infierno a partir de este corte *“por ese lado mi caída en la cárcel fue muy fructífera, pues mi vida en la calle sería pienso yo lo que fue antes, un infierno... tenía mucho rencor con mucha gente que pienso me había hecho mal... cuando tu perdonas a todos los demás el perdón llega a ti automáticamente,...”*.

El espacio está en la gente, el espacio de Juan es el que ve y significa, lo hace en relación a sus tiempos, a sus espacios, a sus cortes, a su pasar múltiple de adentro a fuera distintos, su conclusión su lugar de ahora es el que no importa en las dimensiones que existimos, física, social y culturalmente, para él *“el lugar no importa, es más, tiempo y lugar son una misma ilusión, en realidad ya estas en Dios.”* Estar en Dios es el único espacio real, de ahí sus motivos e intenciones, sus expectativas.

CONCLUSIÓN.

Termino en las formas de habitar la calle, en un nivel o forma particular de hacerlo como uno de los torrentes que fluyen para que la ciudad suceda y se reproduzca, una de sus partes que cuida evadiendo la incertidumbre. La certidumbre la encuentra al modo propio de cada lugar, de ella derivan maneras de relación al limitar las posibilidades de acceder y de intercambiar; es entonces que la certeza, aunque sea acerca del desorden, permite que fluyan los espacios.

Ahora aseguro que este trabajo termina en la calle, siendo que en mis motivos es el origen; es un límite de este espacio, es el final así como aparecen numerados los capítulos, sin embargo es posible colocarlo al inicio y que sea el primer nivel. Los fragmentos, en relación y por ella, de cualquier espacio tienen una estructura reconocida por cada uno de ellos y una interpretación particular a partir de la cual sucede la relación, se forman límites a la forma de cierres construyendo mundos privados, límites a la forma de accesos construyendo mundos públicos, límites a la forma de paso construyendo mundos intermedios.

Cuando el objetivo es interpretar en el contexto de la investigación lo hacemos desde el fragmento particular que se construye de las certezas en el método, en la manera de suceder del objeto de estudio, en el planteamiento del objeto teórico y en nuestros motivos personales; así constituimos el espacio total de la investigación, dándole cierres, accesos e intermedios. En este momento tuve una forma de construir este espacio, atendí de una forma particular lugares del espacio social, lo hice teniendo al espacio y a la identidad como sus lugares, como los lugares teóricos desde los que interpreto al espacio y a la identidad como formas que tenemos los hombres de habitar el mundo. Mi forma me limita, construye el adentro de esta investigación dejando fuera lo que en este momento aparecía lejano, escondido, diferente e, incluso, amenazante. Mientras definía el adentro y el afuera formaba el adentro que constituye este trabajo.

Colocada frente a la vez que dentro del maravilloso mundo de lo diverso, tenía un objetivo: encontrar, interpretar y mostrar la forma del espacio social, para ello tuve que mirar un lugar y encontrar esa forma en la particularidad de éste. Ahí la intención y parte de los motivos, el resto están en el espacio, en la ciudad, en la calle, en los de la calle y en mi habitar en ellos. Este objetivo y motivos constituyeron las condiciones y posibilidades del movimiento, del fluir de este trabajo, de lo que piensa, de lo que comparte, de lo que ignora, de lo que comprende y de lo que desea. En ello las dimensiones por las que se distinguen las partes y su relación, construyendo los niveles en los que se presenta. Cada fragmento tiene su propia introducción y conclusión y no necesariamente al inicio y al final respectivamente, pues en el movimiento constante inician se concluyen y continúan. Hablando de espacio, definiendo los límites, el adentro y el afuera, la forma que aquí seguí deja fuera fragmentos que también lo constituyen; no atiendo a algunas dimensiones y de ahí que se plantee la continuidad. Así con cualquier espacio, por momentos se construyen de formas particulares sin excluir o aniquilar la posibilidad de movimiento, movimiento que se da por descubrir dimensiones, otros intereses, abarcar otros niveles, conocer otros símbolos, interpretar desde otro lugar.

Insisto en los fragmentos y en su relación de niveles porque encuentro en ello una forma de observar e interpretar los espacios, finalmente la investigación, la vida cotidiana con sus creencias, valores, significados, expectativas; nosotros mismos con las múltiples identidades que nos constituyen, la ciudad, la familia, un amigo, un gusto, un recuerdo; todo sucede fragmentado, el movimiento y la relación son quienes lo garantizan. Nuestro modo de habitar es una telaraña, filamentos que unen las partes formando vacíos, adentros y afueras.

Concluyo así acerca de la forma que construye este espacio. Es la forma, la cartografía de todos los lugares del espacio social: con certezas en la manera de

la acción social, con certezas en que sobre cada cosa de la que estamos seguros sobre nosotros mismos y sobre los demás hay resonancias que dudan y vacilan, con certezas en sus motivos e intenciones definen los límites y con ellos fragmentos que en relación de tiempo y espacio se particularizan formando un adentro propio, cuidando dejar fuera lo desconocido, la diferencia; aunque se sepa que también por ello es que sucede lo propio.

Nada existe si no es en relación, en movimiento, si no reconoce la diferencia ante lo de afuera y en sus niveles interiores. Relación y reconocimiento que se da en lo material, lo temporal, lo cultural, lo social, lo simbólico. Tanto la relación como el reconocimiento no son necesariamente en positivo, es decir, sucede también la negación, el rechazo, además de la aceptación.

Así la calle se forma de quienes la utilizan como camino, como vía, de quienes se detienen en las partes que lo permiten y de quienes a pesar de no haber sido contemplada como un lugar para habitar en permanencia, hacen de la calle su lugar. La existencia de estas maneras y de la relación al interior de cada una y hacia afuera garantizan el movimiento de la calle y con ello de la ciudad como una forma del espíritu colectivo.

Se que este espacio puede continuar, por fortuna decido terminarlo, el movimiento que continua se vera en otros espacios y entonces este será un lugar en relación a lo que continua.

BIBLIOGRAFÍA.

- Aceves L. (compilador). Historia oral, antologías universitarias, Inst. Mora, UAM, México, 1993.
- Aguilar D. Miguel Angel. "La cultura urbana como descubrimiento del lugar", en Ciudades, RNIU, julio-septiembre, México, 1995.
- Augé Marc. Los no lugares. Espacio del anonimato una antropología de la sobremodernidad, Gedisa, España, 1994.
- Bailly, Antoine S. La percepción del espacio urbano, nuevo urbanismo, Instituto de estadística de administración local, Madrid, 1979.
- Berman Marshal. Todo lo sólido se desvanece en el aire, la experiencia de la modernidad, siglo XXI, México, 1988.
- Calvino Italo. Las ciudades invisibles, Minotauro, México, 1991.
- Chueca, G. Fernando. Breve historia del urbanismo, 10 edición, el libro de bolsillo, Alianza, Madrid, 1985.
- DDF, Secretaria de educación, salud y desarrollo social. Albergue de invierno. "Diagnóstico situacional y propuesta para reorientar el servicio, febrero, México, 1996.
- Fernández, Ch. Pablo. La Psicología colectiva. Un fin de siglo más tarde. Su disciplina. Su conocimiento. Su realidad, Anthropos, 1994.
- Fernández, Ch. Pablo. El espíritu de la calle: Psicología política de la cultura cotidiana, Universidad de Guadalajara, México, 1991.
- Fernández, Ch. Pablo. "El espacio urbano finisecular", en Ciudades, num. 22, abril-junio, RNIU, México, 1994bis.
- Fundación Encuentro de Caminos, A.C. Reportes de la 2', 3' y 4' etapa, México, 1995-1996.
- García Cacclini N. "Los presagios de Moctezuma, Ciudad de México, 1994", entrevista a Paolo Gasparini, foto mural y audiovisual, UAM-I, México, 1996.

- Curiel Fernando. "Niveles", en Universidad de México, revista de la UNAM, núm. 542, marzo, México, 1996.
- Florescano Enrique (coordinador). Mitos mexicanos, Nuevo siglo, Aguilar, México, 1995.
- Goffman, Erving. Estigma, identidad social deteriorada, Amorrortu, Buenos Aires, 1963.
- Gómezjara Francisco y otros. Los niños del sexto continente, Teseo, México, 1995.
- Echebarría, Agustín. Psicología Social sociocognitiva, Biblioteca de Psicología, Desclée de Brouner, Bilbao, 1993.
- Hall, T. Edward. La dimensión oculta, siglo XXI, México, 1972.
- Illades Carlos. Hacia la república del trabajo, UAM-I, El colegio de México, México, 1996.
- Johansson K. Patrick. "El ser y el espacio-tiempo prehispánicos", en Universidad de México, Revista de la UNAM, núm. 543, abril, México, 1996.
- Joseph, Isaac. El transeúnte y el espacio urbano, sobre la dispersión y el espacio público. Gedisa, Argentina, 1988.
- Krotz, Esteban (compilador). La cultura adjetivada, UAM-I, División CSH, Antropología, México, 1993.
- Kerik, Claudia. (compiladora). En torno a Walter Benjamin, UAM-I, Cultura Universitaria, Filosofía, México, 1993.
- Quiariarte Vicente. "La urbe y sus escrituras", suplemento de uno más uno, 18 de noviembre, 1995/946.
- Reyes, D. Guadalupe. "Comercio callejero y espacio urbano", en Alteridades, UAM-I, México, 1992.
- Rodríguez, G. Luis. Metodología participativa: infancia callejera y programas de atención, Paspertú, Xalapa Veracruz, 1993.
- Rossi Aldo. La arquitectura de la ciudad, 6 edición, Barcelona, 1982.

- Safa Patricia. "Vida urbana, heterogeneidad cultural y desigualdades sociales: el estudio en México de los sectores populares urbanos", en Alteridades, UAM-I, México, 1992.
- Schwartz H. y Jacobs J. Sociología cualitativa, Método Para la reconstrucción de la realidad, trillas, México, 1984.
- Sennet, Richard. El declive del hombre público, ediciones península, historia, ciencia y sociedad #151, Barcelona, 1978.
- Silva, A. Imaginario urbanos, "Bogotá y Sao Paolo: una cultura y comunicación urbana en América Latina", Tercer mundo ediciones, Bogotá, 1992.
- Simmel, Georg. Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización, Alianza, Madrid, 1986.
- Sweet G. David y Nash B. Gary (compiladores). Lucha por la sobrevivencia en la América colonial, FCE, México, 1987.
- Torregrosa J. R., Bernabe y Sarabía. Perspectivas y contextos de la Psicología Social.
- Valera, S. y Pol, E. "El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre Psicología Social y la Psicología Ambiental", Anuario de Psicología, Núm. 62, Universidad de Barcelona, 1994.
- William, F. La sociedad de las esquinas, Diana, México, 1971.